

QUE SEAN UNO PARA QUE EL MUNDO CREA

(Jn 17,21)

Asamblea Diocesana de Laicos



Carta pastoral del Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Edita

Archidiócesis de Sevilla

Maquetación

Future Design Sur S.L.

Fotocomposición e Impresión

Alfecat Impresores S.L.

Depósito legal: SE-4180-04

Aunque sois muchos y diferentes, todos habéis recibido el mismo y único Espíritu. Y si variados son los dones de Dios y las funciones que gracias a ellos se han de realizar, todo ha de hacerse pensando en el bien común, vivir lo más cerca posible de Cristo, oír su palabra y dar testimonio de que vive, nos acompaña y nos salva. Si muchas y grandes pueden ser las dificultades por las que atravesamos, mayor es la fuerza y la esperanza que se nos ha dado.

Hemos sido llamados en Jesucristo para formar una familia, un solo pueblo, una Iglesia a la que hemos de servir, cada uno con las gracias y cualidades que de Dios ha recibido. Una Iglesia, la comunidad de los que siguen a Cristo, que camina por este mundo entre las dificultades que ponemos los hombres y las gracias que Dios nos da. Una Iglesia que “mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro” (Benedicto XVI, a los Cardenales 20-4-05).

En esta Iglesia, los obispos, los sacerdotes y los diáconos forman el clero, y son los encargados de servir con la palabra de Dios, los sacramentos y el ejercicio de la caridad. Para ello, reciben gracias particulares que no tiene el común de los fieles.

Otras personas han recibido una vocación particular de Dios, que les llama a dejarlo todo para seguir fielmente

a Cristo, consagrando su vida, en formas diferentes, a la alabanza de Dios y al ejercicio la caridad fraterna. Son, estos fieles, los que forman la gran comunidad de la vida consagrada.

El grupo más numeroso es el que constituyen los fieles laicos, que han recibido el bautismo, igual que todos los que forman la Iglesia, y que están llamados a vivir identificados con Cristo y a dar testimonio del Señor, con obras y palabras, en medio de la sociedad en la que viven.

La variedad es grande, pues no sólo hay que hablar de características y situaciones personales diferentes, sino de los dones que se han recibido de Dios, además de la vocación a la que cada uno es llamado.

Pensemos en ese mosaico admirable que forma la Iglesia con los sacerdotes y los diáconos, las personas consagradas, los movimientos apostólicos, las comunidades y asociaciones de fieles, la vida y el testimonio cristiano. Todos hemos sido llamados a evangelizar y a dar testimonio de Cristo. Pero Él ha puesto una condición de eficacia: si queremos que el mundo crea, tenemos que mantenernos unidos. Esta fue la oración al Padre: "que sean uno para que el mundo crea" (Jn 17,21).

Esta carta pastoral quiere ser una invitación a participar activamente en la Asamblea diocesana de laicos, que ya hemos puesto en marcha, y que fue anunciada solemnemente a toda la diócesis en la Vigilia de la pasada solemnidad de Pentecostés.

Deseo recordar y animar, a los fieles laicos de nuestra diócesis, a asumir su propia vocación como miembros plenos de la Iglesia, y participar en esa ineludible misión

de vivir y anunciar lo que se ha visto hacer y decir a Jesucristo. Y todo para que el mundo crea.

Quiero, también, que esta carta sirva, en alguna manera, de “directorio” para preparar la Asamblea diocesana de laicos. A ello se debe, tanto la necesaria extensión de la carta, como la incorporación de algunas ideas provenientes de otros escritos pastorales, que me parece oportuno recordar de nuevo.

Gracias a Dios, contamos con documentos importantes sobre la vida y misión de los laicos en la Iglesia, y que será oportuno tener cerca en este tiempo de preparación y celebración de la Asamblea. De forma particular, quiero recordar los siguientes:

- Lumen gentium (LG), Constitución dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia (1964).
- Gaudium et spes (GS), Constitución pastoral del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual (1965).
- Apostolicam actuositatem (AA). Decreto del Vaticano II sobre el apostolado de los seglares (1965).
- Evangelii Nuntiandi (EN), Exhortación apostólica de Pablo VI (1975).
- Christifideles laici (ChL). Exhortación postsinodal de Juan Pablo II sobre la vida y misión de los laicos en el mundo y en el momento actual (1998).
- Testigos del Dios vivo. La misión evangelizadora de la Iglesia y la identidad de la comunidad eclesial dentro del conjunto de la sociedad. Conferencia episcopal española (1985).
- Católicos en la vida pública. Presencia e intervención de los cristianos en la vida social. Conferencia episcopal española (1986).

- Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo (CLIM). Líneas de acción propuestas para promover la corresponsabilidad y participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en la sociedad civil. Conferencia episcopal española (1991).
- Testigos de la esperanza. Congreso Nacional de Apostolado Secular (2004).
- Los laicos y su participación corresponsable en la Iglesia diocesana. Documento del Sínodo Hispalense (1973).
- Los seglares en la vida de nuestra Iglesia. Carta pastoral del Arzobispo de Sevilla (1985).

El Código de Derecho Canónico, el Catecismo de la Iglesia Católica y el Compendio de Doctrina Social de la Iglesia, son otros textos y documentos esenciales para conocer el papel y el lugar del laico en la Iglesia y en el mundo.

Tenemos, pues, un magisterio abundante para iluminar nuestras reflexiones. Así que bebamos el agua de nuestro propio pozo, y no pretendamos dar otro pan sino aquel del que Dios mismo nos alimenta. Son buenos consejos de nuestros santos maestros, que nos recuerdan que el agua y el pan de nuestra mesa no pueden ser otros que los que nos ofrece la misma Iglesia.

Se constata, con gozo y esperanza, cierto despertar de la conciencia sobre la responsabilidad de los fieles en la Iglesia, la integración en la vida parroquial, el deseo de formación y la valoración de la espiritualidad secular. En la actualidad son muchos los movimientos, asociaciones y comunidades que desean responder, siempre desde el Evangelio, a las múltiples exigencias pastorales del mundo y de los hombres de hoy. Cada movimiento o asociación tiene su finalidad, sus objetivos concretos.

Unos a otros se complementan y ayudan mutuamente y se ofrecen colaboración. Todos están en la Iglesia, sirven a la Iglesia, persiguen idénticos ideales de santificación personal y anuncio del Evangelio. Cada uno tiene su carisma, su estilo y sus métodos de evangelizar. Unos y otros son complementarios. Todos colaboran en la misma y única misión de la Iglesia.

Una especial referencia a nuestras laicas, al trabajo que muchas mujeres de forma desapercibida y constante realizan en la Iglesia es hoy por hoy una tarea no sólo necesaria sino difícil de sustituir, son "protagonistas en primera línea" (ChL 49). Por ello, es necesario pasar del reconocimiento teórico de la dignidad y responsabilidad de la mujer en la Iglesia, al reconocimiento práctico (CLIM 34, ChL 51). Buscaremos las maneras para conseguirlo en nuestras comunidades eclesiales. Estas están animadas ya por la participación de numerosas mujeres en tantos servicios, por ello, es conveniente promover su participación plena, sin discriminación, en los cauces de corresponsabilidad, en las consultas y tomas de decisiones, confiándoles asimismo todas aquellas tareas posibles de acuerdo con las normas canónicas vigentes (ChL 23). Benedicto XVI acaba de decir que "las mismas mujeres, con su empuje y su fuerza, con su superioridad, con aquella que definiría su "potencia espiritual", sabrán hacerse espacio. Y nosotros deberemos intentar ponernos a la escucha de Dios, para que no seamos nosotros a impedirlo, es más nos alegramos de que el elemento femenino obtenga en la Iglesia el pleno lugar de eficacia que conviene, comenzando por la Madre de Dios y de María Magdalena" (A la radio y televisión alemanas 13-8-06).

Contamos con seculares bien formados en el campo de la teología, de la cultura, de la presencia social de

la Iglesia. Sin embargo, nos parece que los laicos no han asumido todavía, al menos en el nivel deseado, el papel que les corresponde como cristianos en la Iglesia y la sociedad. A lo más se limitan a una actividad dentro de la misma Iglesia o a la participación en campañas puntuales.

También puede ser que los sacerdotes no dejen el suficiente espacio para una participación consciente y responsable del seglar en la vida y misión de la Iglesia. A ello hay que unir la falta de consiliarios, el recelo recíproco hacia algunas asociaciones y movimientos y la apatía e indiferencia ante el compromiso apostólico.

Con alguna frecuencia oímos de nuestros seglares las mismas palabras que relata Jesús en la parábola de los jornaleros: Estamos aquí con los brazos cruzados porque nadie nos ha llamado a trabajar en la viña. Porque aún no hemos recibido la misión, el envío; nadie nos ha invitado a trabajar en la Iglesia.

Quiero, pues, en esta carta que os dirijo a vosotros, los seglares de la Iglesia de Sevilla, invitaros a trabajar en el campo del reino de Dios, asumiendo vuestra propia responsabilidad de laicos en la Iglesia, siendo los primeros encargados de transformar las realidades temporales con el testimonio práctico de la fe que habéis recibido en el bautismo.

I

ASAMBLEA DIOCESANA DE LAICOS

Si muy amplio y heterogéneo es el campo donde tenemos que trabajar, no son menos los enormes retos que debe afrontar la Iglesia en su misión evangelizadora. Por tanto, grande y entusiasmado ha de ser el empeño de todos para asumir nuestra responsabilidad como bautizados, y seguir con gozo la llamada de Cristo a trabajar en la viña y rebaño que Él cuida.

Teniendo en cuenta todo esto, queremos reunirnos para leer juntos el Evangelio, prestar atención al magisterio de la Iglesia, acercarnos a la realidad de este mundo, y poner allí el mensaje de Cristo como levadura que transforma la masa y la convierte en Reino de Dios.

Si hemos tenido nuestra Asamblea Diocesana del Clero, con sus trabajos, reflexiones y conclusiones, queremos ahora convocar a todos los laicos y laicas de la diócesis a participar activamente en este proceso de oración y reflexión, de sensibilización con la vocación cristiana laical, de elaboración de propuestas para un futuro programa de acciones pastorales. Todo ello impulsados y dóciles al Espíritu. Así queremos que sea nuestra Asamblea Diocesana de Laicos.

1.1. QUE SEAN UNO PARA QUE EL MUNDO CREA

Siguiendo el esquema propuesto por el Plan Pastoral Diocesano 2004-2008, comprometiéndonos con las palabras de Jesús al Padre “que sean uno en nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado” (Jn 17, 21), y fieles al objetivo prioritario del tercer año: “promover la formación de los laicos, animando su corresponsabilidad y compromiso en la Iglesia y en el mundo” y preparar y celebrar la Asamblea diocesana de laicos.

La finalidad de esta Asamblea es la de hacer una reflexión del papel y de la misión del laicado en la diócesis de Sevilla, de tal forma, que al profundizar “acerca del laico que necesita nuestra Iglesia”, respondamos de forma adecuada al momento actual desde nuestra Iglesia y en nuestra sociedad, al hilo de las conclusiones del Congreso Nacional de Apostolado Seglar: “Testigos de la esperanza” (Madrid 2004).

Protagonista: el Pueblo de Dios

Queremos acercarnos, de la mejor manera posible, a los que debe ser el perfil y la misión del laico en esta Iglesia de Sevilla al inicio del nuevo siglo, y al hacerlo, ser capaces de promover en la diócesis un proceso de formación polivalente, gradual e integral para todo el Pueblo de Dios, teniendo en cuenta nuestra realidad histórica, cultural, económica y social.

La Asamblea, enmarcada en el Plan Pastoral Diocesano, necesita del protagonismo de todo el Pueblo de Dios, los sacerdotes y diáconos permanentes, los miembros de los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de

Vida Apostólica, los miembros de las Movimientos y Asociaciones Laicales, los Movimientos eclesiales y las nuevas Comunidades, los miembros de las Hermandades y Cofradías, así como, de todos los hombres y mujeres de buena voluntad que buscan a Dios con sincero corazón y aquellos que quieran trabajar por el bien común de nuestra sociedad. De ahí que la participación, aportaciones y sugerencias de todos sean de gran valor en el desarrollo de la Asamblea, ya que a todos nos interesa y necesitamos saber qué piensan de nuestras comunidades y cómo podemos establecer tareas comunes que a todos beneficie, como se subraya en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010.

Asamblea diocesana

La Asamblea es una acción diocesana que tiene como objetivo el afianzamiento de una comunidad responsable. La sociedad nos demanda que estemos abiertos y seamos diligentes. Hemos de hacer de la realidad que nos envuelve un medio eficaz para que “el conocimiento de Dios llene la tierra” (Is 11,9), promoviendo en todos y para todos el mandamiento de amor, que nos lleve a “ser casa y escuela de comunión”. Ello debe ayudarnos a fortalecer nuestros compromisos, potenciar nuestras vivencias y abrir grandes avenidas por donde la Palabra de Dios se haga presente en el mundo de hoy, y comprometa a la sociedad futura.

No se trata de complicar la Agenda Pastoral Diocesana. Ni de hacer más cosas, al contrario debemos simplificar nuestras tareas, persiguiendo todos los mismos objetivos y metas, cada uno desde su quehacer. Es invitación a trabajar desde la creatividad, desde la ilusión y la espe-

ranza. Ver lo que hacemos, e inspirados por el Espíritu Santo, caminar hacia el futuro, hacia la Nueva Jerusalén. Es llamada a la participación de toda la Iglesia de Sevilla en las tareas que se nos muestren esenciales. Es abrir un proceso que necesita una decidida apuesta de todos los que formamos la Iglesia de Sevilla y de cuantos nos quieran ayudar. "Porque evangelizar no es gloria para mí, sino un deber. Ay de mí si no evangelizara" (1 Cor 9,16).

De laicos y para laicos

En forma alguna pretende la Asamblea dar la palabra a los laicos, simplemente porque es suya, porque la han recibido en el bautismo con la gracia de ser cristianos. El Espíritu de Dios está con ellos, si bien han de tener siempre en cuenta la conocida expresión de san Agustín: nosotros somos la voz, pero solamente él, Cristo, es la Palabra, la Verdad y la Vida.

Lo que sí hay que tener en cuenta es que, aunque todos sean seglares, sin embargo el laicado no es una realidad uniforme. Unos están asociados, otros no. Algunos tienen ya importantes puestos de responsabilidad en la vida la Iglesia. Otros viven una consagración especial dentro de las distintas instituciones... Valga lo mismo para el laicado asociado en movimientos, comunidades y grupos distintos.

Queremos con interés que aquellos bautizados no asociados, que asisten ordinariamente a nuestras celebraciones y de alguna forma participan en la vida de la parroquia, del colegio, del centro asistencial o social, se sientan también llamados a participar en esta Asamblea. De todos depende buscar las formas, los estilos, las oportu-

tunidades para llevar la Asamblea y sus reflexiones a estos laicos, a todos los laicos.

Que sea una Asamblea de laicos y para laicos, no quiere decir que se excluya a los sacerdotes y a los diáconos, a los religiosos y religiosas. Al contrario, éstos han de asumir responsablemente su oficio de acompañamiento y de animación, aparte del ministerio de santificación. En suma, es una Asamblea para toda la Iglesia de Sevilla que como Cuerpo de Cristo, celebra, reflexiona, santifica, y abierta al mundo muestra lo mejor que tiene: Jesucristo vivo y presente en nuestra realidad social y cultural.

1.2. UN ITINERARIO PARA LA MISIÓN

Las distintas fases por las que va a pasar la Asamblea, ya nos indican que no se trata de un encuentro, una celebración puntual en un día y acto determinado. Es un proceso, un itinerario, el desarrollo de un proyecto en el que se va a unir el encuentro, la formación, la participación y la celebración y que se ha de conectar con las futuras iniciativas y trabajos que se propongan.

Fases de un proyecto

Hemos querido recorrer este proceso de vida a través de diversas fases, que han de ayudar a todos a profundizar en esta tarea esencial a la que nos vamos a dedicar como establece la tercera línea de acción de nuestro Plan Pastoral.

Fase previa (marzo-junio 2006): Constitución de una Comisión preparatoria, diversas reuniones con los estamentos diocesanos para presentar un Documento base.

Fase de anuncio e implementación (junio-septiembre 2006): Anuncio de la Asamblea, se constituyen los órganos de la Asamblea y se preparan los documentos de trabajo de la misma.

Fase primera (octubre 2006-mayo 2007): Se comenzará el trabajo a través de las distintas unidades de acción pastoral de la diócesis. Con las Asambleas de Zona comenzarán en las distintas Vicarías los trabajos. Se iniciarán y renovarán distintas iniciativas de comunicación para una pastoral más global. Se celebrarán la Jornada sobre el Laicado (2 de diciembre 2006) y los Encuentros en la Vicarías de Zona (17 de febrero de 2007).

Fase segunda (mayo-junio 2007): Celebración puntual de la Asamblea con un Encuentro festivo y testimonial.

Hemos de tener bien claro y presente, en todo el proceso de desarrollo de nuestra Asamblea de laicos, el propósito que se pretende alcanzar, y que no es otro que el de subrayar la misión del seglar cristiano como apóstol que habla y actúa en el mundo según lo que ha visto y oído de Cristo. No se trata de hacer un análisis de la situación, aunque también en alguna forma tendrá que realizarse, sino de animar a asumir la propia identidad y misión como seglares cristianos.

Si se tiene bien claro y presente este objetivo, se evitará la dispersión y se aprovechará mejor el tiempo de que disponemos. Por otra parte, la consecución de este objetivo prioritario, no terminará con celebración puntual de la Asamblea, sino que ha de ser tarea permanente de la Iglesia.

1.3. CON LA AYUDA DE LOS MAESTROS

Vamos a contar, para nuestro trabajo con dos inestimable maestros: los retos que se presentan actualmente a nuestra responsabilidad como cristianos, y aquellas líneas de orientación que nos ofrece el Plan Pastoral diocesano (2004-2008) y el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española (2006-2010).

Los retos del momento

No se pueden olvidar las no pocas dificultades que encontramos actualmente en nuestra acción pastoral, así como tampoco se pueden soslayar los grandes desafíos a la misma evangelización. Entre otros retos, subrayamos los siguientes:

- Reto de Dios. Ante los desafíos pastorales que nos presenta el secularismo, no podemos responder con simples palabras acomodaticias, ni la ausencia de Dios pretendamos llenarla con algo que no sea Dios. Al reto del ateísmo o del agnosticismo solamente puede responder el testimonio creíble y confesante de la fe en Dios. En un mundo en el que se ignora o se desprecia a Dios, solamente cabe el lenguaje transparente, sincero, religioso y testimonial de Dios, que ponga al hombre cerca de Dios, que haga ver a Dios.
- Reto de la contracultura. Necesitamos acciones evangelizadoras que den respuesta a los planteamientos, a los desafíos de la contracultura actual. Una actitud abierta a los valores de la cultura contemporánea no implica un acatamiento incuestionable, sino discerni-

miento crítico. Porque dialogar con la cultura actual no consiste en una mera acomodación externa a las formas y lenguaje en uso, sino que es una transformación interior en la que se siente implicado el individuo y le lleva a una participación activa en la sociedad. Esa participación es, para nosotros, exigencia de evangelización permanente.

- Un testimonio abiertamente confesante de la fe en Jesucristo, como revelación del Padre, será la mejor respuesta al desafío de la contracultura del agnosticismo. Igual que la aceptación y la valoración del hombre en su personalidad total, con la proclamación y el respeto a su libertad personal y su derecho a vivir como hombre, constituyen la mejor respuesta cristiana a la subcultura del fatalismo, del hedonismo y de la idolatría materialista.
- Recibir con gratitud aquello que se nos ha dado. Posibilidad de poder servir a nuestros hermanos y de manifestar en ellos el amor que tenemos al mismo Cristo. Poder compartir con generosidad lo que se tiene y dar a conocer la insondable riqueza del amor de Jesucristo.
- Pedir confiadamente lo que necesitamos. La gracia de Dios, para poder caminar siempre en fidelidad a su voluntad, y los recursos que se requieren para atender a los necesitados. El amor no lo pueden dar las cosas, sino las personas.

Nuestro Plan Pastoral Diocesano

Nuestro plan pastoral no puede tener otro objetivo que no sea el de evangelizar. Es decir: "llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad (EN 18).

Para realizar tan importante trabajo, hemos de emprender aquellas acciones con las que llevemos a cabo el misterio profético de evangelizar con la palabra, con la catequesis, con el estudio y la reflexión teológica; con todo lo que se refiere a la vida sacramental, en la que celebramos la muerte resurrección de Cristo; con la caridad fraterna, que es forma de vida y compromiso de ayuda a los demás. Y la misión, como obligación de anunciar y compartir con todas las gentes la vida de Jesucristo que hemos recibido.

Dentro de todas esas acciones y ministerios, habrá algunos que pueden ser más urgentes y necesarios; unos grupos de personas que requerirán particular atención; proyectos a los que se debe prestar un cuidado preferente. Este subrayar ministerios y acciones es lo que constituye nuestro plan pastoral. Es decir, que dentro de todo el conjunto de la acción evangelizadora y pastoral, queremos prestar una particular atención a unos asuntos, a unos sectores, a unas personas.

Líneas de acción, de nuestro Plan pastoral (2004-2008), son las siguientes: 1) Acrecentar nuestra vida eclesial, fortaleciendo la comunión para la misión y dando respuesta con la caridad cristiana al desafío de la pobreza. 2) Arraigar la vida comunitaria en la vida sacramental y en la oración. 3) Optar decididamente por la formación del

laicado en nuestras parroquias, movimientos y asociaciones. 4) Primacía de la evangelización.

La Conferencia Episcopal Española ha presentado su Plan Pastoral (2006-2010): "Yo soy el pan de vida" (Jn 6, 35). Vivir de la Eucaristía. Tres son los objetivos que se proponen: Del misterio de la fe a la transmisión de la fe. De la celebración de la Eucaristía a la vivencia de la esperanza. De la comunión eucarística al servicio de la caridad.

Con fortaleza y esperanza

Queremos llevar fortaleza en nuestros convencimientos y un gran respeto a la forma de vivir y de pensar de los demás. Este debe ser el estilo de la Asamblea.

Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como más importantes y ayudándoles siempre. Este es el ejemplo que aprendimos de Cristo, que nos recuerda San Pablo. (Fip 2, 3).

En vuestra oración, preguntad a Dios acerca de cuál sea lo que más agrada a su voluntad. Ciertamente que no será el mal, la presunción y el orgullo. Por el contrario, siempre es grato a Dios el perdón, la misericordia y la paz. Más que vuestro gusto y propio interés, pensad en lo que es grato a los ojos de Dios.

Este es nuestro estilo y camino. El que hemos aprendido de nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen María. No queremos tener otros modelos de comportamiento, ni

otros criterios que no sean los que en su ejemplo y palabra hemos aprendido.

Habrá que pedir al Espíritu el don de la fortaleza, que es de fidelidad y constancia en el mantenimiento de la llamada del Señor para trabajar en la misión de la Iglesia. Y si en algún momento llega al cansancio y la desilusión, al parecerle a uno que no se alcanzan los objetivos deseados, tened en cuenta que este encuentro-asamblea tiene ya un valor de comunicación e intercambio, de animación recíproca y de celebración. Además, cuando nos reunimos en el nombre de Jesús, Él está a nuestro lado.

II

IDENTIDAD APOSTÓLICA

El cristiano, en razón de su bautismo, no es un simple número más en la lista de quienes componen la Iglesia Católica, sino que estar bautizado implica un comportamiento leal y consecuente con la fe que se ha recibido y del Evangelio como forma de vida. Por tanto, el dar testimonio, claro y convincente, de la propia fe es un deber que arranca de la misma pertenencia a la comunidad de los seguidores de Jesucristo. También es un derecho, pues quien está convencido de la verdad, ha de tener la libertad necesaria para poder vivir en conformidad a ella, tanto en la intimidad de lo privado como en el testimonio público.

Cada día es mayor el número de cristianos que son conscientes de la obligación de guardar con fidelidad y de transmitir a los demás el mensaje de salvación que han recibido. Es decir, que son muchos los que están trabajando en ese campo de la viña del Señor, pero individualmente o en multitud de pequeños grupos. Se echa de menos una acción más global, más organizada, más unida.

Debe pasar definitivamente el tiempo para esa mentalidad privaticista, que considera, todo lo referente a la

fe y al comportamiento cristiano, como algo individual y que ha de quedar en la intimidad de cada uno. Es querer, a toda costa, vivir la fe en el anonimato, sin práctica ni testimonio, por miedo a recibir el rechazo, la burla o la marginación social que puede acarrear el ser cristiano y vivir como tal.

La identidad, la razón de ser y de actuar como apóstol de Jesucristo, nace de la misma vocación cristiana del bautismo. Por tanto, si bautizado, también misionero, anunciador de Jesucristo. Las formas de hacerlo pueden ser diferentes, la misión igual para todos: dar a conocer a Jesucristo y poner el Evangelio en todas las realidades en las que viven los hombres.

El Evangelio de Jesucristo, palabra y comportamiento, no va a dejar indiferente a la persona. Esa doctrina y ese ejemplo de Jesucristo provocan una transformación de mentalidad y de vida. Y no solo en los individuos, sino también en la sociedad. Buena prueba de ello es todo el cambio que se fue realizando en la historia con la llegada del cristianismo.

2.1. UN TIEMPO DE GRACIA PARA LOS SEGLARES

Desde hace tiempo, parece que se está abriendo camino una cultura que quiere caracterizarse por un mayor desarrollo de la responsabilidad y el convencimiento de lo que significa y a lo que obliga la dignidad humana. Una cultura que reconoce la tensión interior que llama a lo trascendente, la necesidad del testimonio confesante de la fe, el permanente diálogo y presencia en todas las realidades en las que se mueven los hombres, el ofrecimiento convencido y sincero, por parte del creyente, de

las razones y esperanzas en las que apoya la vida, del servicio comprometido y solidario a los demás, de la valoración del hombre por encima de las cosas...

Momento importante

La Iglesia quiere responder, con los movimientos laicales, a esa situación en la que, detrás del valor simplemente cultural, hay un misterio irrepitiblemente nuevo: el de la presencia y la acción del Espíritu de Dios. Entre muchos problemas, dificultades y angustias, el camino no puede ser otro que el de la esperanza. Los seglares cristianos tiene una oportunidad providencial. Por nuestra parte, en el clero y en los dirigentes seglares, estará el compromiso y la responsabilidad de saber orientarlos en el sentido que exige la comunión y la misión en la Iglesia.

Con alguna frecuencia, suelen presentarse resultados de sondeos y encuestas realizados acerca de las creencias, la práctica religiosa, la vinculación y pertenencia a la Iglesia. Todo ello se hace con alarde de números y ofrecimiento de garantía estadística. Esos datos ayudan, y pueden orientar nuestras acciones, pero la Iglesia, más que a los números, mira las personas y tiene en cuenta el diálogo de Abrahán con Dios acerca de la misericordia y el perdón: por un solo justo, Dios perdonaría a todo el pueblo. Son otras cuentas, en definitiva, las que se hacen en el Reino de Dios.

La situación del mundo y la invitación de la Iglesia a una acción evangelizadora hacen por demás oportuna la acción seglar. Se necesitan auténticos seglares comprometidos en el anuncio del Evangelio, que sepan responder con su fe a los enormes desafíos que presenta

una sociedad donde no privan precisamente los grandes valores morales, ni una visión trascendente de la vida. Si se ha recibido el mandato misionero, ir por todo el mundo anunciando el nombre y la salvación en Jesucristo, hay también un derecho de fidelidad: poder vivir y comunicar a los demás las insondables riquezas del conocimiento y del amor de Cristo.

Cuando se habla de que el mundo es cada día menos cristiano, no se piensa en el número de los que componen la lista de los bautizados en la Iglesia, sino del reconocimiento práctico de Jesucristo en obras y en palabras. Por otro lado, se sospecha que la Iglesia, clérigos y seglares, jerarquía y militantes, no hacen resonar la voz de Cristo. No se oye el mensaje, la palabra de la Iglesia, ante los grandes problemas de la humanidad. Esta opinión no es muy exacta. La voz y el mensaje de la Iglesia se difunde constantemente. Otra cosa distinta es que se le preste atención. Aquí es donde puede estar la misión del cristiano: ayudar a que se oiga ese mensaje.

Un tiempo de gracia especialmente para los seglares, pues la Iglesia está siempre atenta a los signos de los tiempos, actualizándose continuamente, formando a sus miembros para que puedan dar adecuada respuesta, desde el Evangelio, a las interpelaciones de la realidad de cada día.

El Espíritu Santo nos acompaña

Cristo envía el Espíritu Santo prometido. Y la Iglesia comienza su andadura evangelizadora. Siempre animada por ese Espíritu que le da a la Iglesia carismas y ministerios distintos. Todo para realizar una misión común:

hacer presente la fuerza liberadora de la buena noticia de Jesucristo. Para vivir la responsabilidad de ser testigo de Jesucristo en medio del mundo, y de contribuir a esa ansiada "civilización del amor", de la justicia y de la paz.

Es el Espíritu Santo quien suscita, en cada momento, aquello que la Iglesia necesita. En este tiempo ha querido que el apostolado seglar tomara, no solo un impulso nuevo, sino también un estilo más adecuado conforme a lo que el Concilio y el magisterio pontificio desea para los seglares y su misión en la Iglesia y en el mundo.

Nada es imposible con la gracia del Espíritu Santo. Con ese impulso y esa luz del Espíritu habrá que poner en marcha toda una campaña de presentación de este renovado apostolado seglar. Ofrecer información, deshacer prejuicios, animar a la participación, ir formando los diversos movimientos. Es un trabajo que tenemos que realizar sin demora.

Con el Espíritu Santo prometido por Jesús, llega el momento de la Iglesia, de la comunidad de los que había reunido el Señor resucitado. De los discípulos de entonces y de la humanidad entera que ha sido llamada a la salvación en Jesucristo. Con la efusión del Espíritu, y para que pudiera realizar su misión, la Iglesia recibe, dones, carismas, funciones y ministerios. Todo, siempre, para el bien de esa misma comunidad universal y sin frontera alguna.

Todos cuantos componen el pueblo de Dios han recibido, por el bautismo, la misión de ser apóstoles de Jesucristo. Es una consecuencia de la fe recibida. Sin

embargo, la Iglesia siempre ha promovido asociaciones seglares especialmente dedicadas al apostolado.

El apostolado seglar, el compromiso con la evangelización del mundo, no es una actividad para privilegiados, ni un adorno para elegidos, sino obligación de responsabilidad individual y comunitaria de todos los que han sido llamados a trabajar en la viña del Señor. A cada uno el Señor le invita en su situación personal, pero siempre para contribuir a que todos los hombres y mujeres del mundo lleguen al conocimiento de la verdad al encuentro con Dios en Jesucristo.

En la misión de la Iglesia

Es en el campo de este mundo donde se debe sembrar. Pero llevando a cabo la misión de la Iglesia. Así es como se debe hacer. Pues solamente Cristo es el propietario del Evangelio. Como bautizados, en Él nos hemos unido y con Él evangelizamos.

La mayor parte de la comunidad cristiana está formada por laicos, por personas seglares. A todos, sin excepción, incumbe la obligación de anunciar a Jesucristo, de evangelizar, de ser apóstoles. Y de hacerlo en la sociedad concreta en la que se vive, muchas veces ajena a cualquier referencia a Dios, a lo trascendente, a lo moral, a lo cristiano. Hay amplios sectores sumidos en el letargo de la indiferencia. Pero, se debe reconocer que subsisten unos valores que acompañan a las personas y desde los que se puede tender un puente hacia lo religioso.

Existe un serio y positivo interés por cuanto se refiere a la evangelización. Es decir, por hacer presente la doctrina

y la vida de Cristo en medio de los más distintos ambientes de este mundo. La Iglesia tiene el cometido de predicar el Evangelio de Jesucristo. Esto es evangelizar. Pero resulta completamente impensable suponer que se puede hablar explícitamente de Jesucristo, el hijo de Dios, y no ofrecer una conducta, un testimonio coherente con aquello que se está proclamando con las palabras.

Con frecuencia, ni los laicos asumen completamente su responsabilidad evangelizadora, considerándose únicamente como colaboradores del obispo o del sacerdote, ni éstos aceptan de buen grado la autonomía de los seglares.

La misión es de la Iglesia. Y es la misma Iglesia la que la lleva a cabo por medio de sus bautizados; la que encarga a cada uno las funciones y ministerios que deben desempeñar, conforme a los carismas que han recibido.

Ocurre, también, que son los mismos seglares los que no siempre aceptan de buen grado que sean otros seglares quienes los evangelicen. Quieren que sean los clérigos.

Si todos somos Iglesia, a todos nos corresponde dar y recibir. La diversidad de funciones hace brillar más la misma unidad de la Iglesia en esa explícita misión de hablar y vivir, sin ambigüedades, conforme la doctrina de Jesucristo, y de la que la única depositaria es la Iglesia.

El secolar no solo debe sentirse miembro de pleno derecho de la Iglesia, sino responsable de participar en su misión evangelizadora.

Un tiempo nuevo

El apostolado seglar asume la fuerza que llega del Espíritu, que llama a construir el reino de Dios. El primer objetivo no puede ser otro que la evangelización. Buscar a Jesucristo y hacer presente su vida, su mensaje, su Evangelio en medio de cualquier situación en la que se encuentren los hombres y mujeres de este mundo. Este es cometido imprescindible en la vocación de cualquier cristiano, pero, como laicos, unen a esa vocación general de toda la Iglesia, la particularidad de su protagonismo seglar. Primacía de lo secular, que no solo no aparta de la Iglesia, sino que hace resaltar más la generosa diversidad de los dones del Espíritu en la comunión de una misma fe.

No podemos ignorar que son muchas y graves las pruebas a las que la Iglesia está continuamente sometida. Desafíos y provocaciones que nos llegan desde la misma realidad de la situación en la que viven los hombres y mujeres de nuestro tiempo, y en el lugar concreto en el que se vive. La secularización de la vida y de las costumbres, lleva a vivir como si Dios no existiera. Ni se tiene en cuenta la ley del Señor, ni se hace referencia alguna a la trascendencia y al destino final de todo, que es el mismo Dios. El materialismo, en formas muy variadas y seductoras, hace que el bienestar individual se ponga por encima de cualquier otro valor. El egoísmo mata la iniciativa para la solidaridad y conduce a la indiferencia ante el dolor o la carencia de los demás.

Se necesita una actitud abierta y llena de esperanza. Nada es imposible con la gracia del Espíritu Santo. Un tiempo de gracia es el que vivimos. Y tiempo favorable especialmente para los seglares, para el cristiano comprometido con su fe que quiere formarse adecuadamente

para responder, desde el Evangelio, a las interpelaciones de la realidad de nuestros días.

En este tiempo nuevo, el nacido en la historia con la resurrección de Cristo y la venida del Espíritu Santo, el cristiano quiere buscar el Reino de Dios, ocuparse de las realidades temporales, ordenarlas según la voluntad del único Señor. Así queda definida la vocación eclesial del seglar. Siempre la primacía es de Dios y del Reino que Jesucristo que se nos anuncia y promete en las bienaventuranzas. Con esta luz del Evangelio, en la mente y en el corazón, habrá que llegar allí donde están las ideas y el trabajo, la familia, el barrio, la educación, la cultura, los compromisos sociales, la solidaridad... Y poner en todo el mensaje de Cristo. Sin imposiciones obligadas y contundentes, pero con la fuerza de un amor convencido e identificado con Jesucristo. La Iglesia existe para evangelizar. Los seglares, no quieren ser otra cosa que un movimiento de la Iglesia, un movimiento evangelizador.

Ser testigos de Jesucristo

Esta invitación a vivir consciente, activa y responsablemente en la Iglesia y a participar en su misión evangelizadora, no proviene originariamente de una súplica, ni de un favor que se pide, sino que dimana de la misma pertenencia a la comunidad de los que han manifestado su adhesión a Dios y quieren vivir conforme al Evangelio. Quien ha conocido a Jesucristo, se siente en la grata e ineludible obligación de ser testigo, de manifestar ante el mundo, con señales inequívocas, el camino de la salvación en Dios. Pues los cristianos, la Iglesia, no vivimos sólo para nosotros mismos, sino para llevar la buena noticia de Jesucristo a todos los hombres, sintiendo predilección

por los más alejados, los más débiles, los más indefensos, los más necesitados.

La participación, pues, de los seglares en la vida y en la misión de la Iglesia no es benévola concesión que se os hace, sino reconocimiento del derecho que les asiste como bautizados y como exigencia del propio deber como creyentes en Jesucristo, que no vino a este mundo para ser servido, sino para dar la vida por todos.

Una llamada imperiosa y urgente a la participación apostólica del seglar que nos llega de la misma situación actual de la sociedad. Sin caer en la tentación de la nostalgia, ni en la de predecir catástrofes inevitables, hemos de reconocer que se ha adueñado de muchos católicos un generalizado sentimiento de frustración y desánimo ante el crecimiento de la irreligiosidad, por la incoherencia entre la fe y la vida de quienes se llaman creyentes, la ausencia de lo cristiano en la vida pública, y la falta de responsabilidad y de acción eficaz en el terreno social y político.

Nuestra fe cristiana nos exige una fidelidad sin condiciones al Evangelio de Jesucristo, pero también una lealtad al hombre con el que vivimos. Por eso, la misma situación preocupante de los hombres y de la sociedad actuales urgen, aún más si cabe, al empeño apostólico del seglar cristiano, ya que es a los seglares a quienes principalmente corresponde, como obligación propia, el instaurar el orden temporal y el actuar directamente y de forma concreta en dicho orden, dirigidos por la luz del Evangelio y la mente de la Iglesia y movidos por la caridad cristiana (AA, 7). Estas palabras del Concilio Vaticano II recuerdan, una vez más, que la vida pública

está reclamando la presencia de los principios cristianos para que sean como levadura en la masa.

Uno de nuestros pecados puede ser el de la debilidad y el encogimiento para eludir el valiente y honroso, pero difícil compromiso de dar ante los hombres testimonio de Jesucristo. Tenemos que huir de la arrogancia y del orgullo, pero también de la cobardía, del ocultamiento de la propia fe, de la negación práctica y del desprecio a Cristo, con la duda sobre la eficacia del Evangelio para transformar al mundo, o con el alejamiento de la Iglesia.

Junto a la debilidad puede estar el abstencionismo y la no-participación. Esconder los talentos y dejar que se vayan olvidando los valores que Dios puso en las manos de cada uno para que pudieran fructificar en beneficio de todos. No participar en la vida y en la acción de la Iglesia, equivale a renunciar por anticipado a la esperanza de un tiempo nuevo.

Esta llamada que hacemos ahora a nuestros seglares, no nace tanto de un deseo de aunar energías ante la necesidad apostólica urgente, ni mucho menos procede de un inexistente subterfugio para eludir responsabilidades y trabajo a los pastores, a los sacerdotes. Es invitación y recuerdo de un deber de corresponsabilidad, y del reconocimiento de un derecho de participar en la vida de la Iglesia.

Por otra parte, en un tiempo como el nuestro, de evidente crecimiento del secularismo, hemos de recordar insistentemente la necesidad de un testimonio confesante del cristiano seglar en medio del mundo.

En la documentación preparada como instrumento de trabajo para la décima Asamblea general ordinaria

del Sínodo de los Obispos, hay dos ideas que merecen nuestra atención: el puesto de los laicos en la Iglesia y su participación en la misión redentora . 91-94). “Un laicado adulto bien formado no solo doctrinalmente, sino también eclesialmente, es esencial para el ministerio de la evangelización (...) Se pide una mayor confianza de parte de los obispos y de los presbíteros en los laicos, que frecuentemente no se sienten apreciados como adultos en la fe y quisieran sentirse más partícipes en la vida y en los proyectos diocesanos, especialmente en el campo de la evangelización” (ib.). .94).

Se ha insistido mucho sobre la importancia y responsabilidad de los laicos en la actividad de la Iglesia. Su participación en el anuncio de la fe aparece en todas las épocas de la historia de la Iglesia. Incluso, algunas Iglesias han tenido su origen gracias a ellos. “Todos los fieles compartan tal responsabilidad no es sólo cuestión de eficacia apostólica, sino de un deber-derecho basado en la dignidad bautismal, por la cual los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio -sacerdotal, profético y real- de Jesucristo. Ellos, por consiguiente, tienen la obligación general, y gozan del derecho, tanto personal como asociadamente, de trabajar para que el mensaje divino de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres en todo el mundo; obligación que les apremia todavía más en aquellas circunstancias en las que sólo a través de ellos pueden los hombres oír el Evangelio y conocer a Jesucristo. Además, dada su propia índole secular, tienen la vocación específica de buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (Redemptoris missio 71).

Multiforme variedad

Como una familia numerosa, variada, universal, metida en las realidades concretas de este mundo, iluminada y dirigida por el amor y la fuerza del Espíritu Santo, así aparece la Iglesia. Hombres y mujeres de toda raza y nación han sido llamados. Cada uno aporta su diferencia y recibe dones y favores distintos. Son los carismas, las fuerzas y la gracia que se necesita para llevar a cabo una misión en favor de toda la comunidad, de todos los hombres y mujeres que forman la gran familia de Dios.

Con frecuencia, los cristianos seculares evitan el testimonio. Unas veces por prejuicios sociales; otras, por avergonzamiento de aparecer como miembros de la Iglesia de Jesucristo; los más, por miedo a tener que asumir los compromisos que acarrea necesariamente una conducta explícitamente cristiana.

Ningún cristiano puede eludir su responsabilidad de ser apóstol. Ahora bien, es imposible que uno sea buen apóstol si antes no acepta el ser evangelizado, dejarse llenar del amor de Cristo, celebrar la fe en la comunidad cristiana, vivir y practicar la caridad fraterna, recibir la formación adecuada y recibir de la Iglesia la misión, el encargo de evangelizar.

Como las funciones a desempeñar son distintas, también las responsabilidades que se asumen, es lógico que haya formas distintas, no sólo de actuar, sino de estar comprometidos en la Iglesia con una misión determinada y concreta. Hay seculares que asumen cometidos tan específicos como el de ser profesor de religión, catequista, dirigente de asociaciones, responsable de un grupo de caridad, de liturgia, de oración, de apostolado... Todos

son fieles seculares. Cada uno distinto en esta variedad de carismas y ministerios que hay en una sola Iglesia.

Identidad laical

Llegados a este punto, podríamos hacer un perfil del cristiano laico con sus propias señales de identidad secular. Entre los rasgos fundamentales que distingue su vida y su función en la Iglesia, destacaríamos los siguientes:

- Pertenencia al pueblo de Dios por elección de Dios en el bautismo.
- Como cristiano, participa en el sacerdocio común de todos los bautizados.
- Está llamado a la santidad de vida. Se siente acompañado en todo momento por el Espíritu Santo.
- Es testigo e instrumento de la misión de la Iglesia.
- Alimenta su vida cristiana con la palabra de Dios y los sacramentos.
- Es testigo fiel de Cristo en medio de la sociedad.

La identidad del cristiano secular viene, pues definida por el bautismo que ha recibido y por su situación en medio de una sociedad concreta. No puede ni separar ni prescindir de cada una de estas dos realidades. Pertenecer a la Iglesia y vivir como cristiano auténtico en medio de la ciudad secular. Y en un momento concreto de la historia, que, para los cristianos es siempre tiempo de Dios.

2.2. VIDA Y ESPIRITUALIDAD DEL SEGLAR CRISTIANO

El Catecismo de la Iglesia Católica dice: "Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios

ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios... A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor" (898).

Es decir, que no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son Iglesia de pleno derecho y, por tanto, participan de su misión.

Con el testimonio de la propia vida

El testimonio de la propia vida cristiana, es el primero y más eficaz de los apostolados, pues está recordando, de una forma explícita, la identificación con el Espíritu y la obra de Cristo. Un testimonio activo que es consecuencia de mirar el mundo con los criterios de Cristo.

Con el Espíritu Santo, que habían recibido el día de Pentecostés, emprendieron una nueva vida y una nueva tarea, no sólo los doce apóstoles, sino todos los discípulos del Resucitado, la comunidad cristiana, la Iglesia. A cada uno había llegado la gracia del Espíritu; cada cual tenía su don y su carisma, más todo lo que el Espíritu había dado era en beneficio de la Iglesia y de todo el pueblo redimido.

Servidores somos, por tanto, de los proyectos que Dios tiene sobre el mundo. Para poder realizar esa misión se nos ha dado el Espíritu, y la Iglesia nos envía para "decir" a todos los hombres y mujeres lo que hemos visto y oído y ofrecer aquello que tenemos, que nos es otra cosa que la fe en Jesucristo, el Evangelio.

Ir al mundo sin mirar a Dios antes, es tanto como confundir el camino desde el comienzo, perder el horizonte y privar a los hombres que viven en ese mundo, al que se pretende salvar, de un valor y de un derecho que les pertenece: conocer a Cristo y vivir según su Evangelio.

Querer acercarse a Dios y olvidarse del mundo y de los hombres es intento vano y presuntuoso, pues el que quiera amar a Dios tiene que buscar y servir a su hermano. Tendremos, pues, que acoger la realidad de este mundo, de esta sociedad concreta y actual, y hacerlo con un sentido de gran esperanza, convencidos que los hombres y mujeres, creados por Dios, tienen sobrada capacidad para poder recibir el Evangelio. Lo nuestro es sembrar. Lo de Dios, recoger el fruto de los merecimientos de su hijo Jesús.

Si el Espíritu ha dado gracia y don, es para anunciar el Evangelio. Algunos han recibido también el carisma de la secularidad. Es decir, el ser testigos del Señor como seglares y entre las realidades temporales de este mundo.

Espiritualidad laical

De una manera genérica, podemos decir que la espiritualidad es el modo de seguir a Jesucristo, de estar identificados con él, de hacer presente el Evangelio en la vida. Siempre Cristo es el modelo y el centro. Pero, junto a Cristo estuvieron los apóstoles y los discípulos, las gentes que le acompañaban y seguían su doctrina, los que lo abandonaron todo para estar a su lado y los que continuaban en sus tareas, pero siendo fieles a la enseñanza de Jesús.

La espiritualidad seglar podría enmarcarse dentro de unas líneas que decidirían su “personalidad espiritual”:

- Primacía de Dios en todo. Hacer de la propia vida un culto permanente a Dios, honrándolo con el ejemplo la palabra. ¡Que vean vuestras buenas obras y alaben la bondad de Dios!

- Encuentro con Dios en todas las cosas. Si el seglar vive en el mundo, allí ha de encontrar la huella de Dios en cuanto de justo y bueno hacen los hombres. No se aleja del mundo sino que vive en él y allí busca la presencia de Dios.

- Conocimiento de Cristo y deseo de imitarle. Es la santidad personal, identificación con Cristo. Una comunión viva y personal con el Señor.

- Docilidad al Espíritu. Solo poniéndose a disposición del Espíritu se puede vivir con fidelidad el Evangelio. El apóstol seglar, por tanto, debe ser consciente de que su primera vocación y llamada es a la santidad. Como dice Juan Pablo II: "la santidad se ha manifestado más que nunca como la dimensión que expresa mejor el misterio de la Iglesia. Mensaje elocuente que no necesita palabras, la santidad representa el vivo rostro de Cristo (...) En realidad, poner la programación pastoral bajo el signo de la santidad es una opción llena de consecuencias. Significa expresar la convicción de que, si el Bautismo es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y la inhabitación de su Espíritu, sería un contrasentido contentarse con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial" (Novo millennio ineunte 7, 31). Esta docilidad al Espíritu es garantía de la auténtica libertad cristiana.

- Santificación del mundo. Muy lejos de cualquier espiritualismo evasivo, el Espíritu conduce al desierto este mundo, pero para santificarlo. "Hay muchas formas de desierto: el desierto de la pobreza, el desierto del hambre y de la sed; el desierto del abandono, de la soledad, del amor quebrantado. Existe también el desierto de la oscuridad de Dios, del vacío de las almas que ya no tienen conciencia de la dignidad y del rumbo del hombre. (...) La Iglesia en su conjunto, así como sus Pastores, han de ponerse en camino como Cristo para rescatar a los hombres del desierto y conducirlos al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, hacia Aquél que nos da la vida, y la vida en plenitud" (Benedicto XVI, Homilía inicio pontificado 24-4-05)

- Asumir el Evangelio como levadura eficaz. El mundo se santificará, pero desde dentro. Actuar evangélicamente, como fermento que transforma y libera la masa de las ataduras del mal y del pecado.

- El apostolado como pasión. Es decir, como entrega incondicional a la obra salvadora de Jesucristo. No se trata de una acción simplemente social, sino de llenar los ambientes e impregnar todas las realidades con la savia y la fuerza del Evangelio. Anunciar el Reino de Dios y ordenarlo todo según el Espíritu de Jesucristo.

- Un claro testimonio de catolicidad, es decir de sentido eclesial, de pertenencia a la Iglesia de Jesucristo. Participación en la acción evangelizadora de una manera directa, inmediata bajo la orientación y la guía del ministerio pastoral del Papa, de los obispos y en la Iglesia local.

–Armonía y coherencia entre la responsabilidad social y la fe cristiana. El seglar “edifica el mundo según el Espíritu de Jesús: hace capaces de mirar más allá de la historia, sin alejarse de ella; de cultivar un amor apasionado por Dios, sin apartar la mirada de los hermanos, a quienes más bien se logra mirar como los ve el Señor y amar como Él los ama (...) Los fieles laicos deben fortalecer su vida espiritual y moral, madurando las capacidades requeridas por el cumplimiento de sus deberes sociales. La profundización de las motivaciones interiores de adquisición de un estilo adecuado al compromiso en el campo social y político, son fruto de un empeño dinámico y permanente de formación, y dado sobre todo a armonizar la vida, en su totalidad, y la fe. En la experiencia del creyente, en efecto, no puede haber dos vidas paralelas: por una parte, la denominada vida espiritual, con sus valores exigencias; y por otra, la denominada vida secular, es decir la vida de familia, de trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura (...) La síntesis entre fe y vida requiere un camino regulado sabiamente por los elementos que caracterizan el itinerario cristiano: a la adhesión a la palabra de Dios; la celebración litúrgica del misterio cristiano; la oración personal; la experiencia eclesial auténtica, enriquecida por el particular servicio formativo de prudentes guías espirituales; el ejercicio de las virtudes sociales y el perseverante compromiso de formación cultural y profesional” (Compendio de la doctrina social de la Iglesia, 545-546).

–La oración, como experiencia de Dios y relación permanente con Cristo, será condición indispensable para el apóstol seglar, que habla a Dios del mundo y tiene que hablar al mundo de Dios.

–Estrecha vinculación diocesana y parroquial. Es el ámbito propio de la vida y de la misión. Aquí es donde se nutre y celebra la fe, donde se reciben las orientaciones del magisterio y el envío para evangelizar en los diversos y variados campos que necesitan ser iluminados con la presencia de Jesucristo.

La fe del creyente ya no puede refugiarse en el ámbito de lo privado. El que cree en Dios y en Jesucristo, llevará ese convencimiento interior al ámbito propio de la vocación del laico que es el mundo, allí es donde debe actuar como fermento, con su peculiaridad secular. Encarnándose en lo temporal y participando en las actividades sociales, pero sin olvidar, en momento alguno, la vivencia del misterio en el que cree y que trata de vivir con su encarnación en el mundo. No se trata de conquistar el mundo, sino servir al mundo con criterios evangélicos.

Personalidad apostólica

El seglar cristiano lleva siempre consigo una motivación radical e imprescindible: el Evangelio de Jesucristo. Lo cual no quiere decir que no existan otras nobles motivaciones, pero siempre vividas y reforzadas desde la fe. Tiene sus señas propias de identidad, unos rasgos definatorios que lo distinguen. En primer lugar, se trata de una vocación. Es decir, sentirse llamado, desde el Evangelio y la fe en Jesucristo, a servir a quien necesite ayuda. Sus motivaciones, por tanto, no son meramente culturales o sociales, sino incuestionablemente evangélicas. El seglar cristiano es un testigo del Evangelio, un seguidor de Jesucristo. No es un mero cooperador social, sino un verdadero agente pastoral que ofrece, con su comportamiento de

servicio a los demás, la bondad de Dios manifestada en Jesucristo.

Es condición inexcusable la fidelidad al Evangelio. También hay una exigencia de fidelidad a los signos de los tiempos, a las realidades culturales, sociales y temporales, a lo cambiante, siempre estando atentos para ver lo que Dios quiere decirnos en cada momento por las situaciones en que se encuentran los hombres. El apóstol, en este caso seglar, ha de ser un verdadero profeta en medio de sus hermanos. Ahora bien, solamente puede ser profeta del Reino de Dios el que escucha a Dios. Pues no se trata de anunciarse a sí mismo o a una determinada ideología, sino a Jesucristo, el único enviado del Padre.

El apóstol seglar se define, no por unas notas de pertenencia a una determinada asociación, sino por el interés en participar en la obra evangelizadora de la Iglesia y bajo la dirección inmediata de los pastores. Por tanto, la fe y acciones de la Iglesia - Palabra, sacramentos, caridad - configuran la personalidad apostólica del seglar.

El seglar cristiano, lleva consigo el convencimiento de la fe y la urgencia de llevarla a todos los ámbitos sociales en los que viven los hombres. Misión propia del apóstol seglar es la de saber descubrir, con la iluminación del Evangelio, todo el valor que Dios ha puesto en el hombre y en todas esas realidades humanas.

La personalidad apostólica seglar tendría estas características:

- Incuestionable coherencia y unidad entre la confesión práctica y personal de la fe y el testimonio público,

- el anuncio del mensaje de Jesucristo y el compromiso en la edificación del Reino de Dios en el mundo.
- Abierta y positiva disponibilidad para la participación en el ministerio apostólico y pastoral de la Iglesia.
 - Compromiso seglar, asumiendo como algo propio e ineludible la responsabilidad apostólica y misionera de la Iglesia.
 - Perfecta comunión con el magisterio del Papa y el ministerio pastoral del Obispo, no como algo impuesto desde un imperativo de obediencia, sino como libre y gozosa respuesta al compromiso eclesial del bautismo.
 - Disposición positiva, exenta de prejuicios y condicionantes de otros tiempos, para asumir la novedad apostólica y emprender una necesaria etapa de formación inicial.
 - Sentido de Iglesia, con la ilusión de participar en la vida y en la misión de una comunidad universal, que vive en la historia de este mundo concreto y en la esperanza de la realización definitiva del Reino de Dios.
 - Saber dar "razones para vivir y para esperar" con las obras, pero también con las palabras. Lo cual exige una seria formación cristiana. Y con la fuerza de la esperanza, que radica en la confianza en los valores más genuinos del hombre: capacidad para el bien y libertad para llevarlo a cabo, y sobre todo en al presencia providente de Dios.

Característica y sobre todo un valor tan importante como imprescindible del apostolado seglar es la secularidad. Una vivencia profunda de las consecuencias dimanantes de la fe en el misterio de la encarnación del Verbo: asumir la realidad temporal y llenarla de Dios. Es encarnarse, no sólo en una realidad sociológica de presencia en medio del mundo, sino acercarse al mundo para salvarlo. El Verbo se hizo carne, para salvar al hombre.

Ante el desencanto, el ofrecimiento de un retorno a lo que puede llenar las mejores aspiraciones del hombre; ante el agnosticismo práctico que no cree porque no busca, el encuentro con unos testigos existenciales, y inmediatos, fascinantes. Contra el subjetivismo alienante, la objetividad del bien, el valor de la comunidad con capacidad de encontrar caminos que liberan y salvan al hombre. Contra la comodidad y el hedonismo materialista, la fuerza del Espíritu y de la gracia que empuja al hombre hacia el encuentro con los más altos y nobles ideales.

El crecimiento del hombre como persona y como cristiano, implica la formación de una conciencia moral y de una responsabilidad social, pues la madurez personal y la "edad adulta en Cristo" no pueden realizarse sin una dimensión social, abierta a la relación con los demás, y sin una comunidad en la que se vive y se celebre la fe y el amor fraterno.

La responsabilidad social del cristiano nace de la caridad que, asumiendo y superando los límites de una estricta justicia, es más exigente en el compromiso de unión en Cristo con todos los hombres, y el esfuerzo, consecuente responsable, de construir una sociedad en la que el manifiesto y el programa sea la fidelidad al Evangelio.

Es incuestionable una concepción cristiana del mundo y del hombre, el respeto a la libertad personal, la infatigable capacidad creativa para dar la respuesta adecuada, la fidelidad a la vocación peculiar de cada uno, la responsabilidad para captar la situación los problemas de los hombres, el amor práctico a una Iglesia que mira con serenidad al pasado y no tiene miedo del futuro, y que quiere llevar el Evangelio al mundo actual y hacer que resplandezca la luz de Cristo, no la propia luz. Hay que adentrarse en el mar de la historia y echar las redes. Colaborar con el auténtico desarrollo social, respetuoso de la dignidad del ser humano. Sacar del desierto de la pobreza, de la pérdida de la dignidad humana, de la oscuridad de Dios. Una Iglesia que no puede claudicar de su fe ante un mundo que parece exigir el tener que adaptarse obligatoriamente a unas estructuras y a unas categorías de pensamiento extrañas a la misma dignidad de la persona. La Iglesia está en el mundo para evangelizar y que, por eso mismo, debe conocer y sentir como propios los problemas, las angustias y las aspiraciones individuales y sociales de los hombres (Cf. Benedicto XVI. Homilía en el inicio del pontificado).

Participación activa y eclesial

Como una obligación y como un buen y eficaz deseo. Así es la participación seglar en la vida y misión de la Iglesia. Y con un imprescindible elemento vocacional: He sido llamado por Jesucristo a trabajar en su Casa! El cristiano se siente interpelado por la situación de necesidad, por la coherencia con sus ideas, con la motivación religiosa que anima su vida. Pero, al mismo tiempo, advierte no poca resistencia personal ante un compromiso de larga

duración. Se prefiere la experiencia temporal, el probar, el no arriesgarse demasiado.

Una participación verdaderamente activa es algo más que la simple colaboración en una campaña, con una implicación puntual reducida a un determinado programa. También hay que advertir que la participación en la vida de la Iglesia es incompatible con ese extraño acratismo que no quiere dejar de estar, pero huye de cualquier vinculación institucional, de creencias, de motivaciones religiosas.

Hay que comenzar por valorar la participación como una señal de pertenencia. El que no interviene, el que no colabora, no existe como miembro de la comunidad. Sería, en todo caso, un individuo parásito. También es necesaria la transparencia en las posturas sociales, políticas, religiosas. Bien definidas, sin ambigüedades, ni contradicciones entre convencimientos y conducta, entre la fe y la vida.

Será imprescindible la formación de una conciencia responsable y coherente con el compromiso cristiano de la fe. Y ese testimonio solidario y crítico que ayude a formar una personalidad justa, participativa y solidaria. "Los propios laicos han de tomar conciencia de la gloria y de la cruz de la dignidad derivada del bautismo por el que son hechos hijos de Dios, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, y han de asumir el compromiso de participar en la vida y misión de la Iglesia como miembros corresponsables según su peculiar dimensión secular. Participación en la triple función "profética", "sacerdotal" y "real" de la comunidad. (...) Como Iglesia en el mundo de la secularidad -familia, escuela, trabajo, descanso, medios de comunicación, política, marginación social...

- han de confesar la fe y denunciar las injusticias; ofrecerse a sí mismos y su actividad; servir al Reino de Dios promoviendo la dignidad de la persona, la justicia, la verdad, la paz, la solidaridad con los pobres... (CLIM 30-31).

Una formación adecuada

Si hemos hablado de la espiritualidad y de la participación, bien comprendemos que no se puede vivir como auténtico apóstol cristiano, ni esperar un compromiso durable, sin una adecuada formación. No se trata de cansar con conceptos teóricos sino de configurar la personalidad cristiana. De conocer la propia fe y sus exigencias, de adentrarse en los caminos de la oración, de ir creciendo en la caridad y en el ardor evangelizador.

También habrá que pertrecharse con un sólido entusiasmo evangelizador, que será siempre distintivo del apóstol seglar. El que ha conocido a Dios tiene que hablar de Dios. El que está cerca de Jesucristo quiere poner esa levadura liberadora del amor de Cristo en todas las realidades humanas.

En actitud misionera que lleva, por una parte, a la fidelidad al mensaje que Jesucristo ha puesto en sus manos y, por otra, a salir de la propia casa, de la parroquia, para llegar a todas las situaciones en las que se encuentran los hombres y las mujeres de este mundo. Una veces será el testimonio, otras la palabra, siempre la confianza en el Señor que envía. No se trata de imponer nada sino de ofrecer lo que se tiene. Ni empeño en reducir a los demás a las propias opiniones, ni incordiante proselitismo. Ofrecemos lo que hemos recibido: el Evangelio, con todas sus exigencias y con todas sus esperanzas. No se trata

de que vengan a nosotros, sino de que todos entren en el reinado de Dios.

Como seglar y en la Iglesia

Qué modelo de seglar es el que necesitamos en la Iglesia y en el mundo? Un hombre que inspire su vida en el Evangelio, y que en él encuentre la fuente constante de formación de criterios, de evaluación para su propio comportamiento. En el Evangelio conocido y aceptado en la tradición de la Iglesia y leído en comunión y fidelidad al magisterio de la Iglesia. Un hombre que escucha y responde a la palabra revelada de Dios, que participa en la liturgia y celebra los misterios de la fe en una comunidad eclesial, que acepta la cruz de Cristo llevada en la penitencia personal y en la celebración del sacramento, que vive coherentemente entre la fe y el comportamiento, que sirve a los pobres (Cf. Testigos de Dios Vivo, 30).

Esta disposición de vida personal y de entrega apostólica, no puede reducirse a un servicio intraeclesial, sino que ha de trascender al ámbito de propio grupo, de la propia asociación, para salir a evangelizar y llevar la forma de vida de Jesús a todos los ambientes y transformar la misma sociedad con la fuerza del Evangelio.

Un hombre, en fin, que hable un lenguaje, de palabras y de comportamientos, comprensible e inequívoco, que no deje lugar a la duda, sino que refleje fielmente la identificación con la vida y el mensaje de Jesucristo.

Confiamos en el seglar cristiano, no por un falso espiritualismo, sino por el convencimiento de que la gracia

del Espíritu, que ha recibido en el bautismo, operará en él de forma eficaz.

2. 3. COMPROMISO APOSTÓLICO

Respecto a la participación de los seglares en la misión de la Iglesia, el Catecismo del Iglesia católica dice lo siguiente: “Cristo realiza su función profética no sólo a través de la jerarquía, sino también por medio de los laicos. El los hace sus testigos y les da el sentido de la fe y la gracia de la palabra. Enseñar a alguien para traerlo a la fe es tarea de todo predicador e incluso de todo creyente” (904). “Los laicos cumplen también su misión profética evangelizando, con el anuncio de Cristo comunicado con el testimonio de la vida y de la palabra. En los laicos, esta evangelización adquiere una nota específica y una eficacia particular por el hecho de que se realiza en las condiciones generales de nuestro mundo: Este apostolado no consiste sólo en el testimonio de vida; el verdadero apostolado busca ocasiones para anunciar a Cristo con su palabra, tanto a los no creyentes como a los fieles” (905).

Juan Pablo II afirmaba que “la iniciativa de los cristianos laicos es particularmente necesaria cuando se trata de descubrir o de idear los medios para que las exigencias de la doctrina y de la vida cristianas impregnen las realidades sociales, políticas y económicas. Esta iniciativa es un elemento normal de la vida de la Iglesia: Los fieles laicos se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad. Por tanto ellos, especialmente, deben tener conciencia, cada vez más clara, no sólo de pertenecer a la Iglesia, sino de ser la Iglesia; es decir, la comunidad

de los fieles sobre la tierra bajo la guía del Jefe común, el Papa, y de los Obispos en comunión con él. Ellos son la Iglesia" (Pío XII, discurso 20 Febrero 1946; citado por Juan Pablo II, CL 9).

En resumen, la misión evangelizadora de los laicos tiene como fundamento el haber sido elegidos para ser testigos de la fe en el mundo, y hacerlo con obras y con palabras, y siempre como miembros activos de la Iglesia.

Misión ardua y liberadora

Si ha sido elegido en el bautismo y enviado al mundo, el apóstol seglar no puede refugiarse en el reducido y cálido cenáculo del propio grupo, tampoco en la sacristía de la evasión y del olvido, ya que fuera le están esperando los hombres y las mujeres necesitados de Dios. Tendrá que tomar la luz de Cristo y salir a la calle. El trabajo a realizar está bien definido: sembrar en todos los ambientes el buen grano del Evangelio. Del crecimiento de la planta y de los frutos se ocupará Dios.

Misión admirable y entusiasmante es la de ser testigos del amor de Cristo. Pero ardua, comprometida, difícil. Ya lo había advertido el Señor: Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros (...) Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es más que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán (Jn. 15, 18,20).

No hace falta decir que resulta imposible sembrar donde no hay tierra. En muchas ocasiones, es tanto el

deterioro a que ha llegado la misma dignidad de la persona, por el materialismo, la pobreza, la injusticia, la degradación moral y social, que la evangelización debe correr paralela al trabajo en favor de cualquier causa justa que promueva la liberación integral, completa, del hombre. "El sentido de la fe percibe toda la profundidad de la liberación realizada por el Redentor. Cristo nos ha liberado del más radical de los males, el pecado y el poder de la muerte, para devolvernos la auténtica libertad y para mostrarnos su camino. Este ha sido trazado por el mandamiento supremo, que es el mandamiento del amor" (Libertad cristiana y liberación 99).

Enviados por la Iglesia

Muchas son las cuestiones y los interrogantes que se presentan al evangelizador, al apóstol, al seglar comprometido con el Evangelio. ¿Se puede hablar de Dios en un mundo tan materializado? ¿Se puede ofrecer la Iglesia como espacio para encontrarse con una verdadera comunidad fraterna? ¿El Evangelio será capaz de superar la indiferencia de la sociedad? ¿El llamamiento a evangelizar puede romper la apatía de los cristianos a ser testigos de Jesucristo en medio del mundo?

Juan Pablo II, en su encuentro con los jóvenes (3-5-03) daba la contestación a esa dudas alentando a no tener miedo a ver en "Cristo la respuesta verdadera a todas las preguntas sobre el hombre y su destino". El Papa había recordado la necesidad de unir la acción y la contemplación, de ser artífices de la paz, de responder a la violencia con el poder fascinante del amor y el perdón: "Testimoniad con vuestra vida que las ideas no se imponen, sino que se proponen. "Nunca os dejéis desalentar por el mal! Para

ello necesitáis la ayuda de la oración y el consuelo que brota de una amistad íntima con Cristo”.

Pero también Juan Pablo II recordaba la obligación de ser apóstoles y de que los laicos tenían un papel de protagonistas en el compromiso con la nueva evangelización. Siguiendo este mensaje de Juan Pablo II podemos abrir unas líneas de reflexión y de empuje apostólico para nuestras asociaciones, movimientos apostólicos, comunidades eclesiales y, en definitiva, para el apostolado seglar:

- Recuperación de una verdadera identidad cristiana y de un inconfundible y valiente testimonio del compromiso personal y comunitario con Cristo. No podemos continuar siendo ciudadanos anónimos en los que poco cuentan los valores del Evangelio.
- Vivir un consciente sentido de pertenencia a la Iglesia, como hombres y mujeres llamados por Cristo y alimentados por su palabra y sus sacramentos. Cambiar la obsesión de la credibilidad, la aceptación y reconocimiento social de la Iglesia, por la de una verdadera comunión en Cristo y de fidelidad a lo que de él hemos aprendido.
- Sentirse verdaderos testigos, no de las propias ideas, sino de Jesucristo y de lo que él propone como camino hacia el verdadero encuentro con uno mismo y con un mundo nuevo que encuentra su mejor expresión y programa de trabajo en las bienaventuranzas.
- Asumir la oración, la interioridad, el encuentro personal con Dios como tarea imprescindible. Con las palabras de Juan Pablo II: “El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contempla-

ción. Sin interioridad la cultura carece de entrañas, es como un cuerpo que no ha encontrado todavía su alma... Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”.

La fidelidad y disponibilidad al magisterio de la Iglesia como condición indispensable para la fecundidad y eficacia del apostolado. Solamente de esta manera se garantizará el carácter de eclesialidad seglar. No puede ser buen apóstol el que no sabe ser buen discípulo en la escuela del magisterio de la Iglesia.

No cabe duda que el testimonio, personal y colectivo, es la gran fuerza para que el apostolado, el compromiso de anunciar y vivir el Evangelio, sea creíble y arrastre a los demás a seguir a Jesucristo. Ahora bien, no basta el testimonio. Tiene que haber una referencia explícita a Jesucristo. El apóstol es el enviado, no para hablar de sí mismo sino de Jesucristo y del Evangelio. Consecuencia de todo ello será un interés permanente por difundir la fe. No solo como una obligación de creyente, sino como un acto de bien en favor del prójimo. El que ha conocido la verdad, vive feliz en ella, ha encontrado la perla preciosa de la salvación y no puede menos, por caridad fraterna, que compartirla con los demás. El apostolado es un acto ineludible de caridad fraterna.

Los apóstoles, con María, la Madre de Jesús, reciben el Espíritu Santo y se hacen testigos del Evangelio en el mundo. Es la fuerza del nuevo Espíritu quien hace también hombres nuevos a los apóstoles. Es la novedad de la Buena Noticia que anuncian y de la que dan testimonio. No tenemos otro modelo para nuestra acción evangeli-

zadora que la promesa cumplida del mandamiento de Jesucristo: id por todo el mundo y anunciad el Evangelio. El Espíritu Santo estará siempre con los discípulos, con la Iglesia.

El Catecismo de la Iglesia Católica subraya que “los laicos, consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, están maravillosamente llamados y preparados para producir siempre los frutos más abundantes del Espíritu. En efecto, todas sus obras, oraciones, tareas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo diario, el descanso espiritual y corporal, si se realizan en el Espíritu, incluso las molestias de la vida, si se llevan con paciencia, todo ello se convierte en sacrificios espirituales agradables a Dios por Jesucristo, que ellos ofrecen con toda piedad a Dios Padre en la celebración de la Eucaristía uniéndolos a la ofrenda del cuerpo del Señor. De esta manera, también los laicos, como adoradores que en todas partes llevan una conducta sana, consagran el mundo mismo a Dios” (901).

Todos los miembros de la Iglesia tienen el deber de evangelizar: “La participación de los laicos en la vida y misión de la Iglesia no puede comprenderse adecuadamente si no se sitúa en el contexto de la Iglesia “misterio de comunión”. Comunión con Cristo: “Ya no vivo yo, vive en mí Cristo” (Gal 2-20). Comunión con el ministerio apostólico: Jesús instituyó a los Doce “para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar” (Mc 3,14). (CLIM 19).

2.4. LA COMUNIÓN EN LA IGLESIA

La finalidad del apostolado seglar está suficientemente definida: se trata de hacer un mundo conforme al

Evangelio. Si deseamos la transformación de la sociedad, necesitaremos de la comunión, de la unidad: “que sean uno para que el mundo crea” (Jn 17, 21).

Como dice el CLIM: “Lo que la Iglesia anuncia y por lo que vive -la plena comunión de los hombres entre sí y con Dios-, se hace realidad en la Iglesia comunidad que escucha la Palabra, parte el pan e invoca a Dios como Padre y es solidaria con los pobres. Por eso la transformación del mundo y la humanidad nueva se inician en la comunidad eclesial. Por eso hacer comunión es hacer misión” (23).

Comunión eclesial

El intercambio de dones, culturales y espirituales, no sólo es camino para el enriquecimiento mutuo, sino valoración y reconocimiento de la identidad y misión de cada uno, siempre unidos en la sólida comunión de la única Iglesia. Nada se pierde de la propia y más genuina identidad. El seglar, ofreciendo el valor de su propia secularidad a la comunión de la Iglesia, se reafirma en su propia vocación laical.

No olvidar que el apostolado seglar está plenamente identificado con la acción evangelizadora seglar de la Iglesia, por tanto la vinculación a la parroquia, a la diócesis, es una de las señas incuestionables de identidad de cualquier acción, de cualquier programa. El apostolado seglar no tiene, estrictamente hablando, programas pastorales propios, sino que asume los de la parroquia, los de la diócesis, los de la Iglesia. Programas en los que ciertamente han de participar los seglares, tanto en

el momento de la planificación como en la ejecución los mismos.

La comunión ha sido considerado como uno de los conceptos más importantes y sobre los que más se ha reflexionado en la iglesia conciliar y postconciliar. La comunión, *koinonia*, suele entenderse preferentemente como participación, sentimiento y unidad y misión común. Es una forma de ser, de estar y de actuar. El sentido más íntimo y profundo es el de la participación, por la gracia, en la misma vida divina. En la unión con Cristo y con aquellos que han sido llamados a la salvación por la obra redentora del mismo Señor.

“¿Qué significa la compleja palabra “comunión”? Se trata fundamentalmente de la comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Esta comunión tiene lugar en la palabra de Dios y en los sacramentos. El Bautismo es la puerta y el fundamento de la comunión en la Iglesia. La Eucaristía es fuente y cima de toda la vida cristiana. La comunión del cuerpo eucarístico de Cristo significa y produce, es decir edifica, la íntima comunión de todos los fieles en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia” (ChL 19).

En la Novo millennio ineunte leemos: “la comunión (*koinonía*), que encarna y manifiesta la esencia misma del misterio de la Iglesia. Es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da, para hacer de todos nosotros un solo corazón y una sola alma. Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano” (NMI 42).

Nada más lejos de la profundidad teológica del concepto que reducir la comunión a una visión técnica de organización, uniformidad, corporativismo, una sociedad de tareas, asociación con unos determinados objetivos, asamblea, incluso de simple comunidad.

Carisma, vocaciones y ministerios diversos, pero complementados en una misión evangelizadora corresponsable y participativa. Cada uno de los miembros de la Iglesia ofrece y recibe de los dones que el Espíritu da a la Iglesia.

Entendemos, pues, por comunión eclesial la inserción en el cuerpo místico de Cristo y la relación-participación en la vida de la Iglesia. Es también la catolicidad como relación entre la Iglesia local y la Iglesia universal.

Un solo Espíritu

Dentro de esa necesaria unidad de todos en Cristo, la comunión eclesial puede manifestarse de formas distintas. Así, hay una comunión eclesial de consenso, que es aplicación de la subsidiaridad y de la corresponsabilidad en la común y única misión de la Iglesia. Operativa, como diálogo que tiene su fundamento en la confianza en el otro, sin dejar uno de ser lo que es para el otro lo acepte. Pastoral: de servicio y colaboración en unas acciones evangelizadoras.

La comunión canónica sería la aplicación de la normativa del Código de derecho canónico: "Se encuentran en plena comunión con la Iglesia católica, en esta tierra, los bautizados que se unen a Cristo dentro de la estructura visible de aquella, es decir, por los vínculos de la profe-

sión de fe, de los sacramentos y del régimen eclesiástico” (c. 205). “Los fieles están obligados a observar siempre la comunión con la Iglesia, incluso en su modo de obrar” (c. 209).

La comunión jerárquica dice relación con los carismas y ministerios, que hay que ordenar para utilidad de toda la Iglesia. La jerarquía los reconoce, los ordena, los protege... Siempre la comunión eclesial se realiza teniendo en cuenta la doctrina de los apóstoles, la fracción del pan y las oración. Es la intercomunicación espiritual de vida entre los miembros que va más allá de la solidaridad. *Sentire cum Ecclesia*, que es unidad con los pastores. Lealtad en la investigación teológica, en la enseñanza, en los medios de comunicación social. Es la comunión de corazones, no sólo de ideas, sino de la común experiencia de Dios, encuentro permanente con Jesucristo. La Iglesia, toda ella, es una gran comunidad de los discípulos del Señor. Es el Espíritu el que constituye la Iglesia como una comunión orgánica en diversidad de vocaciones carismas y ministerios. Es, por tanto, evangélica, según el espíritu de las bienaventuranzas.

Miembros activos de la Iglesia

Se comprende fácilmente que “los seculares también pueden sentirse llamados o ser llamados a colaborar con sus Pastores en el servicio de la comunidad eclesial, para el crecimiento y la vida de ésta, ejerciendo ministerios muy diversos según la gracia y los carismas que el Señor quiera concederles” (Catecismo... 910).

La Iglesia, como pueblo y comunidad formada por los que quieren seguir fielmente a Jesucristo, es variada

y diversa, tanto en la propia identidad individual de las persona que la componen, como por la pluralidad de dones que se reciben del Espíritu Santo y por los cometidos y las acciones de Evangelio que hay que realizar. Son diversos los dones y variadas las presencias. Pero cada cristiano, como persona, con todas y cada una de las características individuales y sociales que esa realidad comporta, está atento a lo que Dios ha manifestado en Jesucristo, se une a la comunidad cristiana para escuchar la palabra de Dios y celebrar los sacramentos, vive en la fe de la Iglesia y en consecuencia con lo que cree y que trata de llevar, en testimonio y doctrina, a su ambiente familiar, social, laboral...

En esa Iglesia, y con dones y ministerios distintos, aparecen sacerdotes, consagrados y seglares. Cada uno con su vocación específica, con sus responsabilidades y cometidos. Todos formando la misma y única Iglesia. Por su número, por su presencia, por la necesidad que de ellos tiene la Iglesia, los seglares tiene una particular importancia en la acción evangelizadora de esta Iglesia.

Esa importancia secular no es, en forma alguna, como una benigna concesión de la jerarquía y delegación de responsabilidades, sino la respuesta del secular a su mismo compromiso de vivir como miembro activo de la Iglesia. Ese protagonismo secular, sin embargo, en nada entorpece ni limita el ministerio pastoral jerárquico, sino que es uno de sus mejores apoyos, pues contribuye a una participación más responsable, más unida y diferenciada, en el apostolado jerárquico de la Iglesia.

Por otra parte, la iniciativa secular no significa disgregación o segregacionismo, sino una relación directa y corresponsable con el ministerio pastoral del obispo. Es

en esa corresponsabilidad donde ha de aparecer, con signos claros e inequívocos, la comunión eclesial, no como simple realidad teórica, sino como una comunidad unida en el único Espíritu y participando en la misma finalidad apostólica de evangelización y santificación.

“Tienen el derecho, y a veces incluso el deber, en razón de su propio conocimiento, competencia y prestigio, de manifestar a los Pastores sagrados su opinión sobre aquello que pertenece al bien de la Iglesia y de manifestarla a los demás fieles, salvando siempre la integridad de la fe y de las costumbres y la reverencia hacia los Pastores, habida cuenta de la utilidad común y de la dignidad de las personas” (Catecismo 907).

Caminos de reconciliación

Motivo de sufrimiento es el desafecto eclesial de algunos seglares y la reticencia de algunos obispos acerca de la eclesialidad del apostolado seglar. Obligación, de unos y de otros, es la corrección fraterna y la denuncia profética. Quizás el camino de la solución esté en saber cambiar, no sólo las palabras, sino las actitudes, y asegurarse de que lo primero sea lo fraterno y sólo después la corrección. Y de la misma manera, primero lo auténticamente profético, y solamente después la denuncia.

Ante la indiferencia recíproca, aceptarse como cristianos y actuar en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo. Habrá que hacer, por tanto un trabajo de reconciliación con la propia identidad. Lejos de toda fatali-

dad, del nihilismo destructivo, de la desgana posmoderna. Ayudar a reconocer la propia vocación. No con afecto egoísta, sino como valor de generosidad al servicio de los demás. Convencimiento del valor y de las posibilidades del carisma y del ministerio.

Habrá que vivir con sentido de corresponsabilidad. La comunión como tarea y la unidad como meta. El amor a Dios y a los hombres envuelve la propia vida en la existencia compartida en el mismo amor que se nos ha dado en Jesucristo, y reconciliar al hombre con la Iglesia. Es la obra de Cristo. La comunidad de los creyentes presidida y servida por Pedro. En ella está el Evangelio y los sacramentos.

No ahogar el Espíritu, sucumbiendo ante el alud de cavilaciones, dudas, ambigüedades, esperando el día perfecto de una sociedad imposible. Dejarse llevar por el Espíritu de Dios es gustar la libertad presente en el conocimiento de que, más allá de cualquier duda, está la bondad de Dios como garantía para encontrar la verdad. Trabajo de reconciliación en la esperanza. Profeta y testigo de la esperanza ha de ser el cristiano, pues tiene que dar, ante el mundo, un testimonio creíble. La esperanza hace salir al hombre del propio yo y le abre a una gratuidad total. Aparece como don de Dios y así se ofrece. Ha sido enviado al mundo igual que Jesucristo: para mostrar el verdadero rostro de Dios. Es Jesucristo quien le envía para que de testimonio de Él y para que resplandezca en palabras y obras, pues el testigo da fe en nombre de quien lo envía y es, al mismo tiempo y en sí mismo, modelo de una forma de vida, de un mensaje de salvación.

Sacerdotes y diáconos

La exhortación *Christifideles laici* lo expresa con la máxima claridad: “para asegurar y acrecentar la comunión en la Iglesia, y concretamente en el ámbito de los distintos y complementarios ministerios, los pastores deben reconocer que su ministerio está radicalmente ordenado al servicio de todo el Pueblo de Dios (cf. Hb 5, 1); y los fieles laicos han de reconocer, a su vez que el sacerdocio ministerial es enteramente necesario para su vida y para su participación en la misión de la Iglesia” (ChL 22).

En la relación del sacerdote con los seglares, y particularmente con el apostolado laico asociado, ha quedado patente el mutuo apoyo que unos y otros se han prestado. El sacerdote recibe continuamente un estímulo para su vocación ministerial, al verse tan necesario en la vida y acción de los seglares.

Los laicos, por su parte, comprenden enseguida, la importancia del ministerio ordenado, como ayuda imprescindible para recibir la santificación por la palabra de Dios y los sacramentos.

Al mismo tiempo que ha disminuido el número de los sacerdotes, hay cada vez más deseo de que no falte nunca el sacerdote junto al apostolado secolar. Es cierto que los seglares quieren asumir sus propias responsabilidades, pero nunca pueden reemplazar al sacerdote en lo que es el propio ministerio consagrado. No es problema de sustitución del sacerdote, sino de distinguir mejor los cometidos y responsabilidades evangelizadora y pastorales. Y, de una manera particular, en lo que atañe a la formación y al acompañamiento espiritual de los laicos.

Con la instauración del diaconado permanente, había comenzado una nueva etapa en el servicio ministerial de la Iglesia. Numerosos fieles acudían a los obispos solicitando la gracia de poder servir como diáconos al pueblo de Dios, en la liturgia de la palabra y de la caridad, así como en otros ministerios propios de este oficio.

Son muchas las necesidades pastorales de nuestra diócesis, el diácono permanente va a encontrar un amplio espacio para el desempeño de su ministerio, pero ha de ser siempre fiel a la vocación y al envío que la Iglesia reconoce y ofrece. Todo y siempre para el bien de la Iglesia, pero cada uno con el carisma del ministerio que ha recibido.

El Diácono es el sirviente por definición, y por eso también la característica fundamental de su ejercicio ministerial. A cualquier cristiano le corresponde esta obligación de servir en la caridad y el amor fraterno, pero el diácono lo hace dentro de un orden sacramental. Todos hemos sido llamados, pero a algunos, en este caso a los diáconos, el Señor, por medio de los apóstoles, les ha elegido y enviado con unas gracias y ministerio que no pertenecen a la acción común de los fieles.

El diácono es el fiel que ha recibido un particular ministerio eclesial y que le pone junto al obispo y al presbítero para servir a la comunidad en la palabra y en el amor fraterno. No es un puesto nuevo, sino ir más adelante en la responsabilidad cristiana de la identificación con Cristo.

No puede haber, en forma alguna, confrontación entre laicos, diáconos y sacerdotes, sino una complementariedad de servicios y ministerios. Cada uno ha recibido de

Dios unos carismas y unas funciones que realizar. Siempre para bien de la Iglesia y para que pueda cumplir mejor su función evangelizadora.

2.5. DELEGACIÓN DIOCESANA DE APOSTOLADO SEGLAR

La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar de Sevilla como servicio de pastoral de la Curia, se inserta dentro de la unidad de acción Pastoral Misionera, tiene como fin ayudar a promover y ordenar el apostolado específico de los seglares en toda la comunidad diocesana.

La Delegación es, por tanto:

- Un medio al servicio de la acción pastoral de la diócesis en lo que se refiere al apostolado de los laicos.
- Cauce para el fomento y la promoción de la acción evangelizadora de los laicos.
- Ámbito para la inserción en la Iglesia particular de las asociaciones, movimientos e iniciativas y experiencias de apostolado seglar.
- Instrumento para promover la comunión, la colaboración y la coordinación de todas las asociaciones, movimientos e instituciones de carácter laical.
- Puente de comunicación y diálogo de los laicos asociados y no asociados con la diócesis y punto de referencia con la sociedad.

Finalidad y objetivos

Los fines generales de la Delegación son:

- Fomentar la unidad entre la fe y la vida; la fe y la moral en el apostolado –individual y asociado– de los laicos.
- La animación y promoción de la acción evangelizadora de los laicos en el mundo, atendiendo especialmente a los campos hoy más necesarios, como son: la familia, la mujer, la cultura, el trabajo, los medios de comunicación, la política, etc.
- El fomento de la participación de los laicos en la vida de la Iglesia y en el mundo.
- La formación integral –humana, espiritual, doctrinal y apostólica– de los laicos, atendiendo especialmente todas aquellas líneas de estudio y formación que sean de interés laical.
- La inserción en la diócesis y en sus proyectos y planes pastorales de las asociaciones y movimientos laicales.
- La comunión, coordinación y colaboración de todas las asociaciones, movimientos e instituciones de carácter laical, su promoción y acompañamiento.
- La comunicación y el diálogo de todas estas realidades con la diócesis y la sociedad.

Definición de las tareas permanentes

La Delegación Diocesana de Apostolado Seglar:

Ayuda al Arzobispo en la acción pastoral. Como servicio pastoral la Delegación Diocesana de Apostolado Seglar, tiene como misión ayudar al Arzobispo en el estudio, animación, promoción y coordinación de la acción pastoral y evangelizadora, representándolo ante el apostolado seglar y el laicado en general. Por ello, ha de ser puente que establezca los contactos adecuados y que

ayude al encuentro del Pastor que preside la Comunidad diocesana con el apostolado de los seglares y a los seglares con su Pastor. Sirviendo de órgano consultor para las cuestiones planteadas por el Arzobispo u otros organismos diocesanos respecto al laicado asociado o individual de la diócesis.

Discernimiento de las asociaciones y movimientos laicales. La Delegación Diocesana de Apostolado Secular ayuda al Arzobispo a realizar el discernimiento de cada una de las asociaciones y movimientos, teniendo en cuenta los criterios señalados en los documentos de la Iglesia relativos al apostolado de los laicos.

Impulsar el sentido de pertenencia de los mismos a la diócesis, el Plan Pastoral Diocesano. La Delegación Diocesana de Apostolado Secular cuidará especialmente de que las asociaciones y movimientos laicales vivan la pertenencia a la Iglesia particular y, como consecuencia, la sintonía y la colaboración en la realización corresponsable del Plan Pastoral de la Diócesis, de manera que todas las asociaciones y movimientos implantados en la diócesis, al igual que todo el apostolado secular organizado desde las parroquias, arciprestazgos y vicarías de zona, traten de responder, desde su propia identidad, a las orientaciones y prioridades marcadas por el Plan Diocesano de Pastoral y sus respectivas Líneas para cada año. Toda asociación y movimiento encuadrado en la Diócesis ha de sentirse miembro activo, tanto afectiva como efectivamente, en la ejecución del Plan Diocesano de Pastoral.

Promoción y acompañamiento de las asociaciones y movimientos laicales. La Delegación Diocesana de Apostolado Secular, ayuda al acompañamiento de los distintos movimientos, asociaciones laicales en su cami-

nar. La cercanía, el diálogo continuo, la presencia en sus actos significativos, la disponibilidad y la ayuda fraterna crean un clima de apoyo, de sintonía y de comprensión que favorece grandemente la colaboración de todos.

Impulsar la formación integral y permanente del laicado y su presencia en los ambientes y la sociedad. En colaboración con las instituciones formativas existente u otras que se pudieran promover por la diócesis, la Delegación cuidará e impulsará la formación integral y permanente de los seglares desde un proyecto marco común, en todas sus dimensiones: humana, espiritual, doctrinal y apostólica, y su presencia en los diversos ambientes pastorales.

Cuidar de la formación de los consiliarios. En colaboración con la Delegación del Clero y de la Vicaría de Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica, y ante la necesidad de una preparación para realizar un acompañamiento idóneo a los movimientos y asociaciones de laicos, la Delegación impulsará programas y medios para atender esta dimensión en el marco de la formación permanente del clero y en colaboración con los propios Institutos, asociaciones y movimientos laicales.

Relación con otros organismos de la Curia Diocesana

En el espíritu de la pastoral de conjunto indica por el Plan Pastoral Diocesano, la Delegación mantendrá una relación y colaboración constantes con las demás Delegaciones y organismos, de acuerdo con las normas y criterios establecidos en la Curia diocesana. Y especialmente con los que directamente tienen relación con algunos de los ámbitos en los que se articulan los Servicios de Pastoral de la Archidiócesis.

Así, en el ámbito de la formación integral, es oportuna una relación fluida con la Delegación de Catequesis, la Delegación de Liturgia y Ejercicios Espirituales, la Delegación de Enseñanza y muy especialmente la Delegación de Pastoral Universitaria.

En relación con la acción misionera, se tendrá una estrecha colaboración con la Delegación de Pastoral Juvenil, la Delegación de Orientación Social y la Delegación de Pastoral Familiar.

La pastoral sectorial también será objeto de interés y se trabajará coordinadamente con la Delegación de Pastoral Obrera, la Delegación de Pastoral de Migración y muy especialmente con la Delegación de Hermandades y Cofradías.

Relación con las Vicarías y Arciprestazgos. El trabajo de la Delegación se realizará contando con las programaciones de los Arciprestazgos y Vicarías y a su servicio. Para ello es necesario que los Vicarios comuniquen a la Delegación dichas programaciones y la Delegación se lo haga llegar a través del Vicario General y Moderador de la Curia. A su vez las Vicarías, al elaborar sus programaciones han de incluir los aspectos que se refieren al apostolado seglar. La buena coordinación de arciprestes, vicarios y delegado, todos en fidelidad al Plan Pastoral Diocesano, es la clave para que las iniciativas de la Delegación sean verdaderos servicios a toda la diócesis.

Establecer prioridades

Se prestará una especial atención a cuanto afecta a:

- El testimonio cristiano y la dimensión pública de la fe, en el conjunto del laicado y de nuestras asociaciones. La urgencia de un nuevo empeño evangelizador viene siendo una constante de los últimos años, en las diferentes orientaciones pastorales de nuestra diócesis para así, animar a los movimientos y asociaciones eclesiales, a buscar nuevas maneras de incidencia en la sociedad impulsando y potenciando asociaciones civiles y de participación ciudadana, como cauce de libertad, de acción solidaria y de sensibilización de los derechos individuales de las personas y de las familias.

- Impulsar la estructuración y la coordinación del laicado no organizado: ayudar a los laicos a que tengan una visión más amplia de la realidad diocesana que la de su propia parroquia, asociación o movimiento fomentando cauces que posibiliten el descubrimiento de la formación teológica y de las implicaciones sociales de la fe. Colaborar con los seglares e iniciar una tarea conjunta de los grupos de acción parroquial que ayude a avanzar en su coordinación, para que valoren el encuentro y el intercambio con otros grupos, movimientos y asociaciones y que vayan descubriendo la necesidad de un organización diocesana como fruto de la comunión misionera y de la eficacia apostólica en toda la diócesis. Ofrecer a los grupos parroquiales una formación sistemática, orientada al conocimiento y la profundización de su identidad eclesial y a que adquieran conciencia de la una nueva evangelización en toda la sociedad. Aprovechar las visitas pastorales del Arzobispo, para que se de a conocer a los seglares de las parroquias la realidad del apostolado seglar a nivel diocesano.

Se puede decir que el Delegado diocesano de apostolado seglar, tiene como primera función, la de sensibilizar y llamar a los laicos para que asuman su incuestionable participación en la vida de la Iglesia y su acción evangelizadora.

III

EL APOSTOLADO ASOCIADO

En razón de la multiformidad de los carismas y de no pocas razones culturales, son muchos los movimientos asociativos seculares que han existido y existen en la Iglesia. Algunos tienen ya una larga historia. Otros acaban de nacer. Muchos son los grupos, comunidades, asociaciones, equipos, movimientos, agrupaciones de todo tipo que, dentro de la Iglesia, realizan una labor apostólica. Todos son dignos de reconocimiento, de estima y de aliento.

Aunque cada uno, individualmente deba ser un apóstol, sin embargo, es necesario el apostolado asociado, no solo para ganar en eficacia, sino para garantizar mejor su condición eclesial, es decir, que no se actúa de forma individualista, sino en nombre y con el apoyo de la comunidad cristiana, que es donde se recibe la formación necesaria, el imprescindible acompañamiento y, sobre todo, la autenticidad del envío en nombre de Jesucristo.

“Como todos los fieles –dice el Catecismo–, los laicos están encargados por Dios del apostolado en virtud del bautismo y de la confirmación y por eso tienen la obligación y gozan del derecho, individualmente o agrupados en asociaciones, de trabajar para que el mensaje divino

de salvación sea conocido y recibido por todos los hombres y en toda la tierra; esta obligación es tanto más apremiante cuando sólo por medio de ellos los demás hombres pueden oír el Evangelio y conocer a Cristo. En las comunidades eclesiales, su acción es tan necesaria que, sin ella, el apostolado de los pastores no puede obtener en la mayoría de las veces su plena eficacia (900).

3.1. ASOCIACIONISMO APOSTÓLICO LAICAL

En estos últimos años, el fenómeno asociativo laical se ha caracterizado por un particular variedad y dinamismo. La asociación de los fieles ha sido una constante en la historia de la Iglesia. Ya en el Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales de 1998, el entonces Cardenal Joseph Ratzinger, lo resaltó con una intervención sobre los movimientos eclesiales y su lugar teológico, situó a estos movimientos como continuidad de otros movimientos apostólicos que se han dado a lo largo de la historia de la Iglesia.

En nuestros días, han experimentado un singular impulso y han nacido y se difunden nuevas asociaciones, grupos, comunidades, movimientos. "Podemos hablar de una nueva época asociativa de los fieles laicos. En efecto, junto al asociacionismo tradicional, y a veces desde sus mismas raíces, han germinado movimientos y asociaciones nuevas, con fisonomías y finalidades específicas. Estas asociaciones de laicos se presentan a menudo muy diferenciadas unas de otras en diversos aspectos, como en su configuración externa, en los caminos y métodos educativos y en los campos operativos" (ChL 29).

Esta variedad, muy lejos de ser motivo para la disgregación, y mucho menos para la confrontación o para la indiferencia, tiene que ser camino para el enriquecimiento recíproco y la comunión eclesial, y para ganar eficacia evangelizadora. No puede haber enfrentamiento, sino complementariedad; no indiferencia, sino una positiva colaboración y apoyo.

Comunidad de comunidades y de movimientos

Para realizar tan buena, y no poco ardua tarea como es la de evangelizar, habrá que comenzar por ver la condición desde la que partimos, que no es otra que la de bautizados y miembros de la Iglesia. Más en concreto, la realidad seglar de la misma parroquia a la que se pertenece.

En la parroquia hay movimientos eclesiales y nuevas comunidades eclesiales, siempre dentro de la única realidad parroquial. No nos empeñemos en vivir unos días que han pasado, ni querer ignorar lo que dice el Espíritu y lo que nos hace ver alrededor. Si en otro tiempo se hablaba de la parroquia como comunidad de comunidades, hoy tenemos que decir que se trata de una "comunidad de comunidades y de movimientos" (Ecclesia in America 41). En la parroquia no podemos ignorar, mucho menos marginar conscientemente a asociación ni movimiento apostólico alguno. Por otro lado, ningún grupo puede pretender apropiarse la santidad, ni el apostolado, que son patrimonio y obligación de toda la comunidad.

Todos han sido llamados. Es un derecho individual, y una obligación, el ser testigo de Cristo en medio del mundo. Sin embargo, es imprescindible el apostolado

seglar asociado. Los grupos, las asociaciones, las nuevas comunidades, los movimientos eclesiales pueden ser diversos y cada uno con una dimensión y finalidad concreta dentro de Iglesia. Siempre habrá que tener en cuenta que nuestra unidad no es meramente sociológica, sino trinitaria. Así lo dijo Jesús: "Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo (...) Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17, 18-21). Dentro de toda esa variedad y distinción, el apostolado seglar asume plenamente los proyectos concretos de la Iglesia. No hay otro cometido, ni otros planes pastorales que los que tiene la misma Iglesia.

La eclesialidad como criterio fundamental

Sea cual fuere el estilo de la asociación, movimiento o comunidad, siempre hay unos elementos comunes incuestionables e imprescindibles para todos: testimonio de la buena noticia de la salvación en Jesucristo, ayudar a la conversión personal y colectiva de los hombres, anuncio explícito de la vida y doctrina de Jesucristo, catequesis y vida sacramental, llenar el mundo con los valores del Evangelio.

Son muchas las gracias que concede el Espíritu y, también, abundantes y variadas las necesidades de los hombres. Los campos extensos y desiguales. Todo lo cual indica la necesidad que tiene la Iglesia de una pluralidad de asociaciones cristianas en las que miembros distintos, pero guiados por el mismo y único Espíritu, se esfuercen en una acción evangelizadora para el bien común. Variedad de comunidades que no es pluralismo disgregador, ni pretexto para lo competitivo o el proselitismo obsesionado

por el número de adeptos, sino gracia del Espíritu por la que se refleja mejor la unidad en lo diverso y ayuda al bien de toda la comunidad. La comunión con la iglesia, inseparablemente universal y particular, será el criterio de discernimiento para valorar el grado eclesial de una asociación, de una comunidad cristiana.

Las asociaciones de culto y caridad, como son nuestras Hermandades y Cofradías, aunque como tales asociaciones tengan sus fines específicos, deben integrarse con sus miembros en las tareas pastorales de la diócesis a través de su organización territorial, Vicarías, Arciprestazgos y principalmente en las Parroquias, sin olvidar que son siempre asociaciones cristianas, con ineludibles compromisos de fe y de caridad, y considerar como actividad apostólica general, no sólo la que se desarrolla en el interior de sus asociaciones, sino en todas las circunstancias de su realidad social y proyección pública.

En el momento actual de la vida de la Iglesia, han recobrado especial importancia y responsabilidad los movimientos apostólicos seculares. Nada puede emprenderse en la Iglesia, sin comenzar por la fidelidad íntegra al Evangelio de Jesucristo y sin una lealtad incuestionable al hombre concreto. Los movimientos apostólicos no pueden olvidar, sin desvirtuar su finalidad específica, un acción continuada en el mundo. Y es a través de esa acción evangelizadora, conscientemente programada, como se va educando en la fe los miembros del movimiento apostólico. No es que sean dos etapas sucesivas, sino es la inseparabilidad de acción y de fe que lleva a los movimientos apostólicos, a interesarse por los asuntos del ambiente donde viven y quieren desarrollar y emprender aquellas acciones que necesitan los hombres, para poder vivir dignamente según la verdad del Evangelio.

Los sacerdotes deben atender a la vocación y a las iniciativas propias de los seglares. Prestar atención al seglar, tanto individualmente como en sus asociaciones; ayudarles a encontrar los cauces apostólicos más oportunos, para que puedan realizar la misión que tienen en la Iglesia como seglares, y reconocer de buen grado, el derecho que les asiste como bautizados a participar en la vida y misión de la Iglesia.

La presencia en nuestra Iglesia de tantos movimientos apostólicos, de comunidades diversas, de numerosas y variadas asociaciones seglares, tiene que llevarnos a la confianza de que, en medio de una sociedad secularizada, el hombre puede seguir encontrando a Dios y vivir en justicia y caridad fraterna con sus hermanos.

Un tema de particular importancia es la de la relación entre los nuevos movimientos y comunidades eclesiales y aquellas asociaciones con una larga historia de presencia de Iglesia, que ha sostenido en muchos casos la participación del laico en la misma durante décadas, y en algunos casos siglos, como sería el de las llamadas Órdenes Terceras vinculados a la vida consagrada, o más recientemente, la Adoración Nocturna, Acción Católica, Cursillos de Cristiandad, entre otros.

Se proponen a continuación algunos criterios para el discernimiento y la construcción de una comunión estable, que sin duda, contribuirá a fortalecer la unidad eclesial y la eficacia evangelizadora. Es necesario, para todo ello, un asociacionismo abierto e integrador que tenga como centro la Iglesia local y por tanto que:

- Conozca como se articula la Iglesia local, como se organiza, cuales son sus objetivos y planes.

- Ofrece recíprocamente información sobre la vida y actividades de los movimientos y comunidades.
- Eduque en una identidad comunitaria y eclesial adulta que lleve a un compromiso con la Iglesia celebrativo, moral y apostólico. Sin agobios, planificando y actuando.
- Asume como propia, complementada con carismas específicos, la misión evangelizadora en la Iglesia local, Vicarías, Arciprestazgos, Parroquias.
- Refuerce en todos la llamada a la santidad. Que ayude a impulsar una vida plena con una fe viva.
- Fortalezca la formación integral de sus miembros. Nuevos medios de formación con métodos contrastados.
- Estimule el compromiso social de los cristianos. Hay que hacerse presente en el entorno social en el que se vive, así también se hace Iglesia.
- Potencie una presencia pública cristiana identificada e identificable. El testimonio sereno y desapercibido cala, la presencia debe de partir de nuestro propio compromiso vital.
- Suscite, con especial interés, la incorporación de los cristianos laicos no asociados en la vida de la comunidad eclesial.
- Realice un esfuerzo por buscar ámbitos de diálogo y comunión con los cristianos bautizados no practicantes, y muy especialmente, con aquellos que están alejados o se muestran indiferentes frente a Cristo y/o su Iglesia.

Sobre todo, habrá que tener en cuenta los criterios que ofrece San Pablo: "Siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás

como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo" (Flp 2, 3).

Un derecho y una responsabilidad

Los fieles, no sólo tiene libertad para asociarse, sino que es un derecho propio, y no una benévola concesión de la autoridad. "Las asociaciones no se establecen para sí mismas, sino que deben servir a la misión que la Iglesia tiene que realizar en el mundo; su fuerza apostólica depende de la conformidad con los fines de la Iglesia y del testimonio cristiano y espíritu evangélico de cada uno de sus miembros y de toda la asociación" (AA 19).

Y el Código de derecho canónico: "Los fieles tienen la facultad de fundar y dirigir libremente asociaciones para fines de caridad o piedad o para fomentar la vocación cristiana en el mundo; y también a reunirse para conseguir en común esos mismos fines" (c. 215).

Benedicto XVI convocaba a todas las asociaciones eclesiales, movimientos laicales y nuevas comunidades en el pasado Pentecostés en Roma, recordando el encuentro convocado por Juan Pablo II en 1998. Así él nos decía en relación al apostolado asociado en la Iglesia "el Espíritu Santo se sirve de las asociaciones y comunidades para despertar la fe en el corazón de tantos cristianos y para hacer que descubran la vocación que han recibido en el bautismo, ayudándoles a ser testigos de esperanza" y en otro momento nos dice "Jesús no se contenta con salir a nuestro encuentro. Quiere más. Quiere unificación... uniéndonos así con Él y con el Padre, con el Dios uno y trino".

Así mismo nos recuerda que "el Espíritu Santo, a través del cual Dios viene a nosotros, nos trae vida y libertad. Cuanto más da uno su vida por los demás, por el bien mismo, tanto más abundantemente fluye el río de la vida. Libertad y responsabilidad van juntas. La verdadera libertad se demuestra en la responsabilidad, en un modo de actuar que asume las corresponsabilidad con respecto al mundo, con respecto a sí mismos y con respecto a los demás. El Espíritu Santo nos enseña a mirar al mundo, a los demás y a nosotros mismos con los ojos de Dios", hace aquí un programa de vida para el laico hoy.

Mas tarde en relación al surgimiento de los carismas en la Iglesia subrayando que sus tres dones son inseparables " el Espíritu Santo, al dar vida y libertad, da también unidad. Son tres dones inseparables entre si. A Nicodemo que, buscando la verdad, va de noche con sus preguntas , Jesús le dice:"El Espíritu sopla donde quiere"(Jn 3,8). Pero la voluntad del Espíritu no es arbitraria. Por eso no sopla por cualquier parte; su soplo no nos dispersa, sino que nos reúne, porque la verdad une y el amor une". En relación a Cristo nos dice que somos su Cuerpo y que el Espíritu sopla donde quiere, ya que " su voluntad es la unidad hecha cuerpo, la unidad que encuentra el mundo y lo transforma. En Él la multiplicidad y la unidad van juntas. Él quiere vuestra multiformidad y os quiere para el único cuerpo. No nos evita el esfuerzo de aprender el modo de relacionarnos mutuamente", haciendo aquí un claro mensaje a la unidad en la diversidad de carismas y realidades eclesiales.

Hace también un llamamiento a la vocación laical, al laico, ya que el que ha "encontrado algo verdadero, hermoso y bueno en su vida –el único auténtico tesoro, la perla preciosa– corre a compartirlo por doquier, en la

familia y en el trabajo, en todos los ámbitos de su existencia. Lo hace sin temor alguno, sin ninguna presunción, sin desalentarse. Lo hace sin confines, porque es portador de una buena nueva destinada a todos los hombres, a todos los pueblos. El Espíritu Santo da a los creyentes una visión superior del mundo, de la vida, de la historia y los hace custodios de la esperanza que no defrauda." palabras de vida llenas de amor por el mundo.

Y finaliza subrayando una realidad que nos consuela y nos llena de optimismo y alegría hacia el futuro "a veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una programación atenta y de su sucesiva aplicación inteligente a través de un compromiso concreto. Ciertamente el Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier otra respuesta se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia". Recalcando finalmente que "la pluralidad se hace unidad y la unidad no rompe ni disminuye la pluralidad".

3.2. UNA NUEVA FORMA PARA LA PARTICIPACIÓN DE LOS SEGLARES EN EL MINISTERIO APOSTÓLICO Y PASTORAL

Tradicionalmente y sobre todo en la segunda mitad del siglo pasado la participación de los seglares en el ministerio apostólico y pastoral se articuló a través de la Acción Católica. Ya el P. Congar en su obra, "Jalones para una teología del laicado", indicaba que la Acción Católica alumbrada por Pío XI incorpora nuevos rasgos en relación al laicado, en primer lugar su naturaleza apostólica, por otro lado el carácter generalizado de la llamada, por tanto, dirigido a todos los laicos, y el llamado "deber laico" como respuesta al compromiso cristiano en

el mundo. Sin embargo, habría que esperar a Pío XII que ya no habla de participación, sino de cooperación, y va más allá, de la colaboración de los laicos en la pastoral del obispo y los sacerdotes. No habla de colaborar con la jerarquía sino de llevar entre todos la misión apostólica de la Iglesia, cada uno desde su puesto, tomando iniciativas y asumiendo la legítima autonomía que les confiere el bautismo. Así abre el camino de la cooperación y de la colaboración de los laicos en una misión que está confiada por Cristo a todo el cuerpo eclesial y no solamente a la jerarquía.

La Acción Católica, una realidad eclesial

Con la aprobación, por parte de la Conferencia Episcopal de las "Bases generales de la Acción Católica Española", comenzó un tiempo nuevo para esta realidad eclesial. Sin embargo, este renovado impulso se ha encontrado con unas estructuras orgánicas muchas veces sujetas a realidades complejas, con escasa presencia y que en muchos casos les cuesta adaptarse a nuevas formas de funcionamiento, a nuevos estilos, a la presencia de una amplia red de movimientos laicales y nuevas comunidades que a impulsos del Espíritu Santo han surgido en los últimos cuarenta años.

Por ello, cuando hablamos de impulsar con nuevo estilo esta forma de apostolado que coopera directamente con el obispo, y sus colaboradores, surgen por doquier recelos, ya que se tiene la idea de que se pretende reinstaurar un modelo, para muchos ya terminado.

Así, animamos a que la Acción Católica siga su camino. Reconociendo el papel que las mujeres de Acción Católica

y los movimientos especializados, como la Hermandad Obrera de Acción Católica, han estado desarrollando ininterrumpidamente en la vida de nuestra Iglesia diocesana. La Acción Católica debe reflexionar sobre su realidad y proyectarse al futuro con un renovado ímpetu apostólico. Seguiremos animando al Consejo Diocesano de Acción Católica para que contribuya a coordinar los diversos movimientos a él incorporados y los ayude a plantear el futuro desde la confianza y el optimismo.

Sin duda, la Acción Católica debe de seguir con sus esfuerzos por responder "a los desafíos de la nueva sociedad, con coherencia con la "Notas" que la definen, las orientaciones del magisterio y las demandas de nuestras comunidades". Por todo ello, Juan Pablo II la calificó como una "singular forma de ministerialidad eclesial" (Conferencia Episcopal Española, Los cristianos laicos, Iglesia en el mundo).

La apuesta por un apostolado asociado vinculado a la Iglesia local

Como quiera que la realidad pastoral en nuestra diócesis nos mueve a abrir horizontes y a allanar el camino para establecer nuevas líneas de acción, queremos impulsar en todas las parroquias un apostolado asociado vinculado a la cooperación con el Obispo y sus colaboradores los sacerdotes, abierto y sin formulas impuestas, libertad para que cada uno escoja su modelo y su camino, pero procurando todos la necesaria unidad eclesial.

Estos grupos laicales de ámbito parroquial, estos laicos en acción, que queremos impulsar en todas las parroquias, deber articularse como auténticos instrumentos de

apostolado para la Iglesia y para el mundo. A ello se supeditarán todas las pastorales sectoriales que serán siempre complementarias. Estos grupos de los cuales ya existen muchos, poco cohesionados y con dificultades, en muchos casos de continuidad y perseverancia, deberán tender a manifestar su vocación de forma habitual como un "apostolado de los laicos" en las diversas estructuras territoriales y pastorales de la diócesis, de forma estable, generando un movimiento asociativo abierto y vinculado a su lugar apostólico y a su entorno social, profesional, familiar, etc...

A todos los bautizados que no se encuentren vinculados a movimientos o asociaciones laicales se les ha de ofrecer la posibilidad de que en su propia parroquia, o colegio, o cuando pastoralmente se considere oportuno en unidades pastorales superiores, arciprestazgo y vicaría, a través de los medios propios de la diócesis se inicie un itinerario cristiano que ayude a vivir la fe y a comunicarla. Se utilizarán para ello metodologías reconocidas y avaladas que contribuyan a suscitar el interés de una formación continuada, en una comunidad abierta y participativa, según cada uno necesite. Se deberán utilizar también todas las tecnologías que la sociedad de la información pone hoy a nuestro alcance.

Nota esencial de estos grupos laicales será siempre la proximidad a la vida de la parroquia, teniendo siempre como fin apostólico el de la Iglesia diocesana y universal. La disponibilidad al servicio de la parroquia y de las estructuras diocesanas será otra de sus características esenciales, ayudando al Obispo y sus colaboradores en los planes y proyectos pastorales que se propongan como vocación y misión, programas y planes en los cuales han

participado, tanto en el momento de la planificación como en la ejecución de los mismos.

La presencia de estos grupos laicales, de estos laicos en acción, que ya son una realidad en algunas de nuestras parroquias, deberá ser, una simiente viva que haga florecer un laicado que cooperando con la jerarquía, ayude desde su vocación a cumplir la misión apostólica de la Iglesia para el mundo de hoy.

3.3. MOVIMIENTOS ECLESIALES Y NUEVAS COMUNIDADES

El Concilio Vaticano II propició la acogida de los nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo, indicando que "en las circunstancias actuales es de todo punto necesario que en la esfera de la acción seglar se robustezca la forma asociada y organizada del apostolado, puesto que la estrecha unión de las fuerzas es la única que vale para lograr plenamente los fines del apostolado" (AA 18).

La Iglesia universal y la local acogen como una novedad estas realidades del Espíritu ya que unos movimientos "se proponen el fin general apostólico de la Iglesia, otros, buscan de modo particular los fines de la evangelización y de la santificación; algunas tienden a la inspiración cristiana del orden temporal; otras dan testimonio de Cristo especialmente en la obras de misericordia y caridad" (AA 19), como se ve cubren todo el quehacer de la Iglesia, ayudándola a realizar su misión.

Estas instituciones eclesiales articuladas como asociaciones, movimientos o nuevas comunidades eclesiales tienen como signo interno una rica vida, articulada y

organizada con diligencia, sujeta a unas normas que ayudan a crecer como miembro de la institución y de la Iglesia, su espiritualidad queda muy definida generando ámbitos apostólicos y reforzando la identidad personal y del grupo, dando el movimiento seguridades espirituales e incluso sociales frente a un mundo complejo y pluralista donde prima el individualismo.

En mayo de 1998 se celebraba en Roma un Congreso mundial de los movimientos eclesiales. Juan Pablo II diría que "cada movimiento difiere del otro, pero todos están unidos en la misma comunión y para la misma misión (...) Su nacimiento y difusión han aportado a la vida de la Iglesia una novedad inesperada, a veces incluso sorprendente. Esto ha suscitado interrogantes, malestares y tensiones; algunas veces ha implicado presunciones e intemperancias, por un lado; y no pocos prejuicios y reservas, por otro. Ha sido un período de prueba para su fidelidad, una ocasión importante para verificar la autenticidad de sus carismas" (Discurso 30-5-98)

Garantía de autenticidad

"¿Cómo conservar y garantizar la autenticidad del carisma?, se preguntaba Juan Pablo II. Es fundamental, al respecto, que cada movimiento se someta al discernimiento de la autoridad eclesiástica competente. Por esto, ningún carisma dispensa de la referencia y de la sumisión a los pastores de la Iglesia... Ésta es la garantía necesaria de que el camino que recorréis es el correcto" (Discurso 30-5-98).

Si estamos seguros que quien impulsa estas nuevas realidades es el Espíritu Santo es necesario que las valo-

remos en cuanto estas asuman los criterios eclesiales de discernimientos indicados anteriormente. También será imprescindible el acompañar y ayudar con afecto fraterno a esos movimientos y comunidades en su integración en el conjunto de la vida y actividades pastorales, formativas y misioneras de la Iglesia local.

Lo que no puede existir es contraposición entre lo institucional y lo carismático. Ambas dimensiones "son igualmente esenciales para la constitución divina de la Iglesia fundada por Jesús, porque contribuyen a hacer presente el misterio de Cristo y su obra salvífica en el mundo. Unidas, también, tienden a renovar, según sus modos propios, la autoconciencia de la Iglesia que, en cierto sentido, puede definirse "movimiento", pues es la realización en el tiempo y en el espacio de la misión del Hijo por obra del Padre con la fuerza del Espíritu Santo (Mensaje 27-5-98).

En el mensaje que dirigió al II Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales y Nuevas Comunidades (junio 2006), Benedicto XVI subrayaba la necesidad de llevar la luz de Cristo a todos los ambientes dando testimonio de la libertad con la que Cristo nos ha liberado. El Papa les agradece la disponibilidad para acoger las iniciativas pastorales del Sucesor de Pedro y las de los obispos de las distintas iglesias locales, que son los custodios de la verdad y de la caridad en la unidad.

En la Iglesia local

El Cardenal Ratzinger en su intervención en el Congreso Mundial de Movimientos Eclesiales de 1998 subrayaba que los nuevos movimientos no pueden ni deben tener

choques con la Iglesia local, pero ve la necesidad de que ambos se purifiquen mutuamente. A las Iglesias locales le pide que no busquen solo la uniformidad de los modos pastorales, ya que cerrando las puertas a estos movimientos, se las cierran también al Espíritu Santo. A los nuevos movimientos les pide que se ofrezcan como don a la Iglesia, sin consideraciones singulares y excluyentes.

Esta cuestión le parece de tal importancia, que ya como Benedicto XVI en su viaje apostólico a Colonia, en el verano de 2005, nos dice que “la Iglesia ha de valorizar estas realidades y al mismo tiempo, conducir las con sabiduría pastoral, para que contribuyan del mejor modo posible con sus propios dones a la edificación de la comunidad, sin competir nunca unas con otras sino respetándose y colaborando juntas a favor de la única Iglesia, de la única parroquia como Iglesia del lugar” (A los obispos alemanes 21-8-05).

Prosigue indicando que “ esta auténtica comunión, por una parte, entre los diversos movimientos, cuyas formas de exclusivismo se deben eliminar y por otra, entre las Iglesias locales y estos movimientos, de modo que las Iglesias locales reconozcan esa particularidad, que a muchos les parece extraña, y la acojan en sí como una riqueza, comprendiendo que en la Iglesia existen muchos caminos y que todos juntos forman una sinfonía de la fe. Las Iglesias locales y los movimientos no son opuestos entre sí, sino que constituyen la estructura viva de la Iglesia” (Ib.).

Apostando por tanto, por una Iglesia universal sustentada en la Iglesia local en plena comunión con todos los movimientos eclesiales con presencia en la Diócesis, sin que grupo alguno pueda comportarse como si fuera una Iglesia dentro de la Iglesia, al margen de la pastoral dio-

cesana, cuando no rivalizando con ella, incluso haciendo casi imposible la concordia en la parroquia o la unidad de proyectos pastorales en la Diócesis.

Sin duda, la Iglesia local tiene que hacer su propia apuesta por el laicado, pero colaborando tanto con los movimientos laicales como los vinculados a los Institutos de Vida Consagrada. La diócesis tiene que reforzar la coordinación, al menos, de aquellos movimientos que por su importancia y fuerza, puedan ser un motor para la propia Iglesia diocesana. Proponiendo una clara e inteligente pastoral de conjunto, que ayude a todos a conocerse y apreciarse, con el fin de trabajar juntos, cada uno según su carisma, en la única Viña del Señor.

Tenemos que huir de la absolutización de los propios planteamientos espirituales y pastorales, no buscando el exclusivismo y ayudando a crecer en la común unión. Será necesario elevar el horizonte pastoral entre todos y buscar nuevos paradigmas de trabajo apostólico en común en beneficio de la Iglesia local. Hoy no es posible presentar al mundo, a la sociedad que nos rodea un mensaje compartimentado y sin junturas. Nos tenemos que presentar como el verdadero Cuerpo de Cristo.

Subrayar que aunque no faltan pruebas y dificultades en la vida de la Iglesia, estos desafíos formidables sólo se puede afrontar en comunión con todo el pueblo de Dios, pastores, y fieles. Sin duda, para todo ello, Dios sigue enriqueciendo con carismas nuevos a su Iglesia gracias a la creatividad y generosidad de su Espíritu.

La parroquia es la estructura eclesial más adecuada para el apostolado comunitario, pues en ella se dan cita los diversos grupos y asociaciones. "Acostúmbrense los

laicos a trabajar en la parroquia íntimamente unidos con sus sacerdotes, a presentar a la comunidad de la Iglesia sus propios problemas y los del mundo, así como aquellas cuestiones que se refieran a la salvación de los hombres, para, aportando las diversas opiniones, examinarlos y resolverlos; y a colaborar, según sus posibilidades, en todas las iniciativas apostólicas y misioneras de su familia eclesial" (AA 10).

Es necesario también un continuo contacto de los pastores con las diversas comunidades de apostolado que actúan en el ámbito de la parroquia. Tampoco se puede olvidar la necesidad de colaboración entre las comunidades mismas. Nunca debe haber rivalidades entre ellas; al contrario, debe existir entre ellas una cooperación mutua y cordial para afrontar las tareas apostólicas. Especialmente los líderes de esos grupos deben tener presente que, actuando sobre el terreno y en una comunidad parroquial, están llamados a realizar un programa de pastoral común, bajo la dirección de los pastores responsables. (Benedicto XVI, a los Obispos polacos 17-11-05)

En el encuentro con los Movimientos y Comunidades (3-6-06), Benedicto XVI recordaría la necesidad de hacer partícipes los demás del propio carisma, con libertad y responsabilidad. Igual que la creación está a disposición del hombre, éste no solo debe abusar de la creación, sino cuidarla. Igual los movimientos y comunidades en la Iglesia: tienen que llevar su propia vida a la vida del pueblo de Dios, porque "toda la Iglesia es un único y gran movimiento, animado por el Espíritu Santo, un río que atraviesa a toda la Iglesia".

3.4. LOS LAICOS Y LA VIDA CONSAGRADA

También la vida religiosa se ve envuelta en una transformación en este ámbito. Principalmente esta realidad se ha presentado como consecuencia de la colaboración de profesionales o voluntarios laicos que participan en las obras educativas, sociales, culturales, etc de las Institutos de Vida Consagrada, y que ven con interés el compartir el carisma de la congregación y que no tienen vocación para la vida consagrada. Por todo ello, muchas congregaciones se vienen planteando desde hace años revisar su propio carisma con el fin de incorporar a él a los laicos.

La relación entre la vida consagrada y los laicos se inscribe dentro del necesario intercambio de dones entre los distintos miembros de la Iglesia, así como la llamada común a la santidad y a la evangelización, particularmente ante los retos con los que el tiempo presente desafía la credibilidad evangelizadora de la Iglesia.

Que los laicos participen en los dones recibidos por los consagrados y que la vida consagrada pueda enriquecerse con la presencia de los laicos, es consecuencia de una comunión única en el mismo bautismo. No cabe duda que tendrán que cambiar mentalidades y actitudes en unos y en otros. El punto de convergencia será la misión común a la que son enviados: cumplir el mandamiento nuevo, llevar el Evangelio a todos los hombres y ponerlo en las realidades de este mundo.

Intercambio de dones

En esta colaboración entre consagrados y laicos, son de esperar notables y positivos efectos en orden a la vida

y misión de unos y de otros: irradiación activa de una espiritualidad vivida por los institutos de vida consagrada, introducir a los laicos en la experiencia de los consejos evangélicos y de la vida según el espíritu de las bienaventuranzas. Aunar esfuerzos, continuar algunas formas típicas del servicio de los consagrados y que pueden realizarse de manera conjunta.

También los consagrados, en la colaboración con los laicos, pueden descubrir aspectos de su propio carisma vocacional y nuevos elementos para el dinamismo apostólico. Incluso, aquellos miembros de institutos de vida consagrada que participan en "formas específicas de colaboración en iniciativas laicales, particularmente en organismos e instituciones que se ocupan de los marginados y que tienen como finalidad aliviar el sufrimiento humano, pueden hacer brillar la fuerza iluminadora del Evangelio en las situaciones más oscuras de la existencia humana. Cualquiera que sea la actividad o el ministerio que ejerzan, las personas consagradas recordarán, por tanto, su deber de ser ante todo guías expertas de vida espiritual, y cultivarán en esta perspectiva "el talento más precioso: el espíritu". A su vez, los laicos ofrecerán a las familias religiosas la rica aportación de su secularidad y de su servicio específico. (Vita consecrata 55, 56).

En la mejor tradición de los Institutos de vida consagrada, hay espléndidos capítulos sobre la unión de los laicos en formas diversas de asociación, que van desde las clásicas "terceras órdenes" hasta aquellos miembros asociados que comparten, durante un cierto tiempo, la vida comunitaria y la particular entrega a la contemplación o al apostolado del instituto, siempre que obviamente, no sufra daño alguno la identidad del instituto en su vida interna (Ib. 56).

Mutua colaboración

Las Instituciones de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica sostienen un número importante y muy significativo de centros de iniciativa social con proyecto educativo católico, residencias de mayores, guarderías, residencias de estudiantes, centros sociales y terapéuticos, hospitales, centros de educación especial, comedores asistenciales, etc... Una gran labor social es la que desarrolla la Iglesia a través de estos carismas. Y una gran aportación profesional y material también a nuestra sociedad.

A muchas de estas instituciones se ha vinculado, de una u otra forma, un número significativo de laicas y laicos. Es necesario resaltar que en relación con las nuevas formas de vida consagrada, existe no solo una vinculación espiritual sino también canónica, formando todos parte según su vocación de la misma institución, a través de las denominadas nuevas familias eclesiales.

Colaboración con los laicos en una doble y recíproca dirección: que los consagrados participen con formas específicas en iniciativas laicales y que los mismos seglares estén presentes, y de una manera activa, en la vida y acción apostólica de los institutos de vida consagrada. "No se puede realizar una seria y válida evangelización de los nuevos ámbitos en los que se elabora y trasmite la cultura sin una colaboración activa con los laicos presentes en ellos" (Ib 98). Tampoco puede haber una significativa participación laical en la vida consagrada sin la adhesión al espíritu de los institutos. Por eso se propone, incluso, el compartir, durante cierto tiempo, la vida comunitaria, la oración y el apostolado de una comunidad consagrada (Ib. 56).

La colaboración entre consagrados y laicos puede incluso, hacer brillar la fuerza iluminadora del Evangelio en las situaciones más oscuras de la existencia humana (Ib. 56). Los consagrados aportarán su experiencia de vida espiritual. Los laicos ofrecerán la rica aportación de su valor de secularidad (Ib 52).

El carisma, la espiritualidad y la misión de un instituto pueden ser compartidos con los laicos, en "continuidad con las experiencias históricas de las diversas Ordenes seculares o Terceras órdenes, se puede decir que se ha comenzado un nuevo capítulo, rico de esperanzas, en la historia de las relaciones entre las personas consagradas y el laicado" (Ib. 54).

Diversos son los modelos que existen de organización eclesial en el ámbito de los laicos vinculados con Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. Existiendo, por una lado, macroasociaciones organizadas como redes orantes de grupos y de personas, pequeñas asociaciones ligadas a monasterios y conventos, asociaciones infantil-juveniles de carácter colegial, Hermandades y Cofradías, grandes asociaciones tradicionales de mayores con obras sociales, pequeñas asociaciones religiosas creadas a partir de un voluntariado social, asociaciones grandes. Existen, también, desde siempre las terceras órdenes vinculadas a las grandes congregaciones históricas, ya indicadas, es significativa la presencia y el acompañamiento de miembros de estos Institutos en los llamados nuevos movimientos. La mayoría de las comunidades dedicadas a la educación tienen laicos vinculados, así como las dedicadas a obras asistenciales.

Existe así un laicado identificado con las congregaciones religiosas, con una misión compartida. Por ello,

el documento de 2002, "Caminar desde Cristo un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio", de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, subrayó como importante que los carismas de la fundación se abrieran a la participación de los laicos. Así, constata el documento la necesaria: cooperación apostólica; el florecimiento de nuevas asociaciones laicales y Órdenes terceras en torno a las familias religiosas; la solicitud de algunos laicos a participar en los ideales carismáticos de los Institutos; el nacimiento de nuevas formas institucionales de asociación a las congregaciones. Como novedad se hace una apreciación muy importante "hasta hace bien poco tiempo la colaboración ha venido en términos de suplencia", sin embargo, subraya el documento, ahora la colaboración nace de una motivación distinta, la exigencia de compartir las responsabilidades en la gestión de las obras del Instituto, y sobre todo, se resalta, por la aspiración de vivir aspectos de la espiritualidad y de la misión del Instituto.

Compartir el compromiso en la Iglesia local

En muchos pueblos y ciudades de nuestra diócesis existen en ámbitos parroquiales concretos, centros educativos cuya titularidad le corresponde bien a la diócesis, o en mayor número a congregaciones religiosas o instituciones eclesiales. Estos centros educativos, como así se recoge en sus respectivos idearios, son centros de irradiación apostólica de la propia Iglesia, por ello, es necesario que se encuentren los cauces de comunicación, cooperación y trabajo en común, entre estos y las parroquias. Una parte muy importante de las nuevas generaciones de la propia Iglesia, se encuentran en dichos centros, por eso

será necesario trabajar coordinadamente para que la formación religiosa de los niños y jóvenes de esos centros educativos, tenga tres objetivos concretos, el bien de la familia, su incorporación a los cauces de formación permanentes y la búsqueda de lazos estables de cooperación en el ámbito parroquial de cada uno.

Es necesario refundar, y al mismo tiempo potenciar, algunas obras como las Asociaciones de Antiguos Alumnos (AA.AA) de forma que sean matriz de redes apostólicas, sostén de los entornos y cantera para otras obras. Las AA.AA. pueden cumplir así, un triple objetivo: favorecer el agradecimiento de los antiguos alumnos, rememorando lo vivido, que esas experiencias iluminen el camino que cada uno continúa, promover el seguimiento, atención y receptividad a las opciones y palabras que la congregación les hace llegar, y ofrecer el compromiso en redes apostólicas.

En esta línea se debe de ver conveniente potenciar, animar y acompañar a las Asociaciones de Padres y Madres de Alumnos, AMPAS, que últimamente está siendo objeto de deseo de diversos colectivos sociales y políticos, por ser verdaderos instrumentos de articulación social. Estas instituciones, además de colaborar activamente en la vida del centro, han de ser consideradas como instrumentos apostólicos para la evangelización de cuantos a ellos le están encomendados. Sin duda, tenemos por delante una tarea compleja pero apasionante.

Como ya indiqué en mi carta pastoral sobre la familia, en septiembre de 2005, es el momento de que se revisen los objetivos y los intereses de estas asociaciones laicales, animando a que puedan ser un instrumento eficaz para acercar a nuestra Iglesia a aquellos que aun cuando

estando vinculados con nuestras obras, no participan, ni viven, ni se siente corresponsables de las mismas.

Sería una importante e innovadora forma de apostolado laical de carácter trasversal que los miembros de los consejos pastorales de las parroquias y grupos parroquiales, que de alguna manera estén vinculados a esta obras, así como, de otras asociaciones laicales, movimientos eclesiales y nuevas comunidades, participaran de forma plena en la gestión, organización y dirección de estos instrumentos pastorales vinculados a obras de Institutos de vida consagrada. Ningún colegio o centro debe de sentirse solo en su tarea apostólica, toda la Iglesia local, con sus capacidades y medios debe contribuir a suscitar el compromiso y la vinculación de aquellos que de una forma u otra, directa o indirectamente se benefician de ello.

Si hablamos de los colegios de titularidad eclesial, será necesario iniciar, o en su caso, continuar un proceso de discernimiento sobre los objetivos apostólicos de los mismos. Será necesario con urgencia implicar primero a los niños y jóvenes en su propia evangelización y al mismo tiempo a sus padres. Debemos de esforzarnos en estos años en reforzar esta tarea, el futuro de muchas de estas obras depende de ello. No debemos esperar a que dentro de unos años nos lamentemos de las posibilidades que el Espíritu Santo nos dio y no supimos aprovechar. Nosotros sabemos de quien nos hemos fiado y hemos comprendido cual es nuestra misión y conocemos el compromiso del Señor y el empeño que tiene de que se cumpla su voluntad.

3.5. LAS HERMANDADES Y COFRADÍAS UNA RIQUEZA PASTORAL Y SINGULAR PARA NUESTRA IGLESIA.

Según nuestros códigos y normas, una Cofradía es una asociación pública de fieles que pretende promover el culto, practicar la caridad cristiana y la evangelización, en particular la de sus propios miembros. Existe, pues, la Cofradía, no tanto para hacer cosas, más o menos admirables y dignas de respeto y hasta de aplauso, sino como un medio para ayudarse a vivir como cristianos, haciendo realidad, en obras y en palabras, el Evangelio de Jesucristo.

En esta carta pastoral se trata, sobre todo, de la participación de los miembros de las Hermandades como activos apóstoles seculares, comprometido en llevar el Evangelio a los diversos ámbitos de la sociedad.

Quizás nuestra realidad en muchos casos nos muestre situaciones difíciles, donde la incomprensión, la falta de vocación eclesial e incluso el interés de unos y otros desdibujan una misión que en nuestra tierra se hace vida, que hasta hoy nos hace vecinos, nos acerca, nos enseña costumbres e imágenes que para muchos, incluso dentro de la propia Iglesia forman parte del pasado.

Nuestras Hermandades y Cofradías, que hunden sus raíces en la historia de la Iglesia, nacidas para manifestar el misterio esplendoroso de nuestra fe de una forma sencilla, para acercar a los alejados la vida que se encierra en nuestra madre la Iglesia, han atravesado a lo largo de los siglos períodos de gloria y de zozobras, pero siempre se han mantenido fieles a su misión y quehacer.

En los últimos años, después del Concilio Vaticano II y aun cuando el nivel de práctica decae, las Hermandades y Cofradías, sobre todo en nuestra diócesis, gozan de un inusitado vigor, manejando medios materiales y humanos como ninguna otra realidad eclesial y social.

Para muchos, esta realidad sociológica y eclesial es objeto de preocupación por su influencia social. Para otros motivo de interés ó de recelo. Para la mayoría se tiene tan asumido que forma parte de su paisaje religioso, cultural o social. Que las Hermandades y Cofradías están ahí es una realidad, otra cosa muy distinta es analizar cómo están o incluso, todavía más importante, hacia donde evolucionarán en el futuro.

Son de Cristo y de la Iglesia

La Cofradía no puede encerrarse en sí misma, ni mirarse constantemente en el propio espejo. No se pertenece a sí misma. Es de Cristo y habla de Cristo; es de la Iglesia y camina con la Iglesia. Como razón de la venida de Cristo, y como inestimable herencia, hemos recibido la Iglesia, que es la comunidad, la familia, el pueblo que oye y sigue a Jesucristo. Es a la Iglesia a la que el Señor le ha dado el depósito de su palabra, la vida de los sacramentos, el mandamiento de la caridad y la misión de llevarlo y compartirlo con la humanidad entera. La Cofradía es de la Iglesia, por que en ella está y de su vida participa, y camina con la Iglesia, pues en ella ha nacido, y con ella quiere seguir a Cristo.

La Cofradía siente con el pueblo, está unida a él. No sólo no renuncia a la cultura, al modo de hacer, a la vida del pueblo, sino que lo asume y hace que, en todas las

expresiones religiosas de la Cofradía, se esté hablando con un lenguaje que el pueblo pueda comprender sin dificultad alguna, y reconocerse en él como algo propio. Tradiciones y costumbres, modos de hacer, sentimientos y emociones, no sólo son compatibles con una fe auténtica, sino que son necesarios para comprender y vivir los misterios religiosos. La fe no destruye lo humano, la cultura, el modo de hacer, sino que da dimensión de trascendencia a todo eso. Fe y cultura no se confunden, pero se ayudan. Por la fe, toma una vida distinta la simple expresión cultural. En lo humano, la fe encuentra buenos caminos para hablar del misterio de Dios. Las Cofradías son del pueblo, están formadas por hombres y mujeres de este mundo, y siente con el pueblo. Es decir, toma de su misma alma y lenguaje para manifestar y hacer comprensible el misterio de Dios.

Fidelidad y participación

Se traicionaría a sí misma la Cofradía si no considerara esta dimensión de fidelidad como algo sustancial en su vida y acciones. La Cofradía ha nacido con una finalidad religiosa y caritativa; ha sido aprobada por la Iglesia con la garantía de que había de cumplir sus objetivos fundacionales; los miembros de la Cofradía se han afiliado a ella confiados en que se les daría aquello que se les ofrecía. Sería, por tanto, un fraude imperdonable que la Cofradía no asumiera y ofreciera aquello que es la razón de su existencia: una vida cristiana, llena de autenticidad, y que se manifiesta en múltiples acciones culturales propias, y en una eficaz labor caritativa.

Que la Cofradía, en fin, no es una simple asociación de personas para conseguir unos objetivos más o menos

inmediatos. Es una forma de vivir en cristiano, de seguir a Jesucristo, de estar en la Iglesia, de caminar como ciudadanos de este mundo.

En nuestra diócesis el peso eclesial de las Hermandades y Cofradías se presume muy alto. La realidad es que el volumen de las mismas más de seiscientas, su implantación territorial, su diversidad y tipología, es una riqueza para nuestra diócesis. Pero, al mismo tiempo, suscita contradicciones y desajustes que en ocasiones hacen sufrir a muchos, pero también son motivo de consuelo y de soporte de fe de una gran parte del Pueblo de Dios.

Esta realidad eclesial ha de ser cuidada con interés por la comunidad diocesana. Esto conllevará, por parte de la propia organización eclesial, la revisión de muchas de sus actitudes para con las Hermandades y Cofradías. Pero a éstas se les ha de pedir un renovado esfuerzo, no solo en el ámbito eclesial, sino también social, como realidad laical en medio del mundo.

En muchas ocasiones se escuchan voces pidiendo mas autonomía para actuar, mas apoyo para realizar unas u otras tareas, sin embargo se hecha de menos un trabajo más cercano a los panes pastorales de al diócesis. Las Hermandades y Cofradías, con sus peculiaridades, como ya se ha indicado, son asociaciones eclesiales, y por lo tanto, un movimiento más de la Iglesia.

Por la singularidad y número en nuestra diócesis, en las últimas décadas, hemos articulado una organización diocesana en un doble sentido, por un lado se creó el Secretariado Diocesano de Hermandades y Cofradías, hoy, Delegación Diocesana de Hermandades y Cofradías, instrumento de servicio pastoral para la coordinación y

animación de estas, por otro lado, se ha dado cobertura jurídica a la federación o agrupación de Hermandades de determinadas ciudades o pueblos de la diócesis, a través de los Consejos de Hermandades o Juntas Superiores de Hermandades. Ambas realidades con pocos años a sus espaldas y en muchos casos con la necesidad de una mayor definición futura de sus tareas.

Es bueno y conveniente que la Hermandades y Cofradías se agrupen con el interés de organizar adecuadamente sus salidas procesionales ordinarias, para fortalecer sus vínculos, para propiciar trabajos comunes. Pero no se debe perder de vista que son cada una de las Hermandades y Cofradías las responsables de su misión. Los órganos de coordinación superior, no son más que unos instrumentos que colaboran en la tarea esencial de la Hermandad y Cofradía. Quizás en un futuro próximo habrá que seguir clarificando toda esta situación y proponer nuevos caminos que preparen esta realidad eclesial para el futuro.

Como un movimiento o asociación laical en la Iglesia, las Hermandades y Cofradías han de estar atentas a la realidad diocesana. En primer lugar, en la parroquia en la que estén, se tenga o no templo propio, han de participar activamente con el resto de los movimientos y realidades parroquiales en la construcción de la comunidad parroquial. Será muy positivo que el director espiritual, como acompañante eclesial, revise periódicamente conjuntamente con el Hermano Mayor y el párroco, en el caso que no sea el mismo, las líneas pastorales en las que se trabaja, su incardinación en la vida parroquial y su presencia social en su entorno.

Las Juntas de Gobierno deben de estar compuestas por personas idóneas y capacitadas para la labor que

tienen que realizar, estas serán junto al Hermano Mayor el grupo sobre el que se sostendrá toda la estructura de la Hermandad, por ello, se recomienda a todos los miembros de estas Juntas de Gobierno que hagan lo posible por formarse debidamente para llevar a cabo lo mejor posible su cometido de gobierno en la Hermandad. Asiduamente se han de reunir para compartir la Palabra de Dios y reflexionar sobre la acción de Cristo en sus vidas, su Hermandad y en su entorno social. En las Juntas de Gobierno la responsabilidad de la formación permanente reside en el Hermano Mayor, este podrá delegar esta función con respecto a la Hermandad pero no sería lógico que lo hiciera en relación con su Junta de Gobierno.

Independientemente y allí donde se considere oportuno, se podrá contar con la asistencia permanente de un laico o laicos que ayuden al crecimiento de la vida de hermandad, a la formación integral y a la incardinación en la realidad social. Sería muy positivo incrementar la relación con los movimientos eclesiales y grupos parroquiales, con el fin de propiciar un mayor conocimiento mutuo y una tarea de conjunto en aras de una mayor comunión eclesial.

Muchos de los problemas de coordinación intraeclesial y las posibles desconexiones entre las diversas pastorales se manifiestan en toda su crudeza en el ámbito de las Hermandades y Cofradías. Para ello será necesario que se conozca por parte de los dirigentes de estas instituciones la organización diocesana, se incardinan no ya en la vida de su parroquia, sino de su arciprestazgo y vicaría, participando en los consejos pastorales y que tengan conocimiento básico sobre el trabajo que desarrollan las distintas delegaciones diocesanas. Ello será el verdadero camino para el recíproco reconocimiento y para lograr

una sincera y activa participación en la vida de la Iglesia diocesana.

Una realidad en constante transformación

Una Hermandad no es solo una Cofradía, como ya conocemos, es un instrumento vivo de la Iglesia para una nueva evangelización con odres viejos, pero siempre con un vino nuevo y bueno. Este vino nuevo es la sangre de Cristo que nos llena de vida, nos conforta y nos ayuda a seguir caminando. Donde no exista comunidad no habrá Hermandad y por lo tanto no podrá haber Cofradía.

Salir de si mismas, no significa abandonar una historia, unas raíces, una tradición, antes bien, significa abrirse a nuevos retos, nuevas realidades, nuevas misiones que renovarán y llenarán de vida estructuras y tareas. Muchos opinan que el Concilio Vaticano II paso tímidamente sobre nuestras Hermandades y Cofradías, es verdad que muchos ritos y costumbres necesitan de aggiornamento, no tanto en las formas, como en el fondo, es verdad, que al igual que la mayoría de nuestro pueblo, los hermanos de estas corporaciones están bautizados pero no evangelizados, es verdad que el potencial eclesial y social es grande, pero también es verdad que si esta viña no se cuida, no se poda, y no se injerta plenamente en la realidad eclesial en la que se ubica, su fruto poco a poco se apagará casi sin darnos cuenta ante nuestros ojos.

Los tiempos que nos tocan por vivir serán apasionantes, veremos muchas cosas nuevas y conoceremos realidades insospechadas, el futuro de nuestras Hermandades y Cofradías, pasa por su incardinación plena a la vida de la Iglesia, la fidelidad a su espíritu fundacional y sobre

todo a la capacidad para adaptarse sin sobresaltos a un mundo que cambia y en el que siempre estará presente Cristo. No tenemos que tener miedo, como hubo en tiempos pasados, que algunas languidezcan y desaparezcan con la generaciones que las mantuvieron, el Espíritu Santo, el vivificador seguirá soplando y alentando nuestro genio creador y nos llenará de nuevas Hermandades y Cofradías que ayudarán como lo han hecho hasta ahora a aquellos que se quieran acercar y conocer la Buena Noticia de Jesucristo, muerto y resucitado.

IV

RENOVAR LA ACCIÓN ECLESIAL. ÁMBITOS Y SITUACIONES

La vocación cristiana es una invitación al apostolado ya que todos han sido llamados a trabajar en esa viña del Señor que es el mundo entero, que debe ser transformado en Reino de Dios. "Sin embargo, es posible advertir algunas líneas de tendencia que sobresalen en la sociedad actual. Así como en el campo evangélico crecen juntamente la cizaña y el buen grano, también en la historia, teatro cotidiano de un ejercicio a menudo contradictorio de la libertad humana, se encuentran, arrimados el uno al otro y a veces profundamente entrelazados, el mal y el bien, la injusticia y la justicia, la angustia y la esperanza (ChL 1-2).

Si tenemos en cuenta que los hijos e hijas de la Iglesia desarrollan sus vidas en el corazón del mundo, habrá que tener en cuenta la relación con el mismo según las características propias de cada uno, y también considerar en su singularidad el ámbito concreto en el que se necesita anunciar de nuevo a Cristo.

Hay que resaltar en este punto, y antes de iniciar un recorrido singular por el trabajo esencial que debemos

plantear para una evangelización actual según el pensamiento de nuestro Señor, apuntar que esta evangelización del mundo actual necesita de los medios de comunicación social. Habrá que integrar el mensaje cristiano en este mundo complejo de la comunicación. Por ello, y aun valorando esencial todo lo que vamos a plantear, no quedará completado si esta línea de comunicación no se refuerza, por ello será necesario disponer de una estructuras básicas de comunicación y unos cauces técnicos y profesionales adecuados, redefiniendo los medios de titularidad eclesial actuales de la diócesis apostando por las nuevas tecnologías de la información, para mantener nuestra presencia y potenciarla para que pueda ser percibida por todo el Pueblo de Dios y la sociedad en general.

Será necesario también reforzar los niveles de eficacia de nuestra comunicación interna e institucional, como sabéis recientemente hemos presentado el símbolo que a partir de ahora nos representará un bello logotipo que nos ayudará a presentar una imagen clara y común ante todos. Sin embargo, la más efectiva será la presencia en los medios de cristianos seculares, de personas que por su capacidad profesional o su papel en la Iglesia tienen que manifestar lo que piensan y viven. Pasemos ya a contemplar una rica y variada sinfonía de realidades y de matices que nos ayudarán a renovar la acción eclesial en nuestra Iglesia de Sevilla.

4.1. EN EL MUNDO Y CON LAS PERSONAS

Hombres y mujeres; niños, jóvenes, adultos, mayores, personas con discapacidad, enfermos... Todos son llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Dentro de esa llamada general al apostolado secular, exis-

ten numerosas formas y variedades de realizarlo y que dependen, tanto de las gracias recibidas por Dios, como de las condiciones personales y de los ambientes y circunstancias en las que cada uno se encuentra.

La Iglesia, una vez que ha contemplado el horizonte desde donde debe desarrollar su misión, debe reflexionar sobre su realidad interna y considerarla, a la vez, como Pueblo de Dios y como Cuerpo de Cristo. Habría que diseñar estructuras realistas que sean capaces de afrontar los problemas de la escuela y universidades, catequesis, relación con los poderes públicos, etc...

Sin embargo, muchos abandonan silenciosamente una institución que ya no les dice nada, cuyo lenguaje y formas no entienden. Un porcentaje determinado de padres tienen la sensación de no poder ya transmitir a sus hijos los fundamentos de la vida, y la catequesis no llega a esta realidad, los niños se forman sin relación alguna con lo religioso. El descenso de vocaciones sacerdotales y a la vida consagrada, la presencia de la juventud, la disminución de la práctica religiosa, cierta contestación desde la esfera intelectual. ¿Todo esto no será porque los católicos se dejan arrastrar por el ambiente social?

Por ello, lo esencial no es cambiar, sino comprender de forma colectiva las nuevas condiciones sociales y culturales del anuncio del Evangelio. Por ello, sólo cuando la Iglesia, a través de sus miembros y estructuras, tome conciencia del nuevo rumbo de las cosas, se producirán gradualmente cambios de mentalidades, de ideas y de estructuras. El Concilio Vaticano II rompió el concepto de un catolicismo constreñido en una sociedad compleja y ha establecido puentes relacionales, con valentía y claridad, con el mundo actual.

Estamos en el mundo y el él tenemos que trabajar, pero no se debe olvidar, como ha dicho Benedicto XVI, que la Iglesia no está par adaptarse al mundo, sino ara evangelizarlo (Mensaje 24-4-05).

La Iglesia tiene una sola misión, que es la de evangelizar, y un mensaje que proclamar: Cristo. Todas las tradiciones solo tienen sentido si nos abren a una comprensión concreta más precisa y profunda de Él, para la eternidad. Esa tradición cristiana es lo que nos permite avanzar, la memoria que permite anticipar, sin la cual no tendríamos futuro. Por eso la Iglesia misma ésta en camino hasta el final de la historia. El Espíritu siempre está en movimiento.

Ámbitos propios

Sin duda alguna, el ámbito más propio, y al que más atención se debe prestar, es el de la persona en sí misma, trabajando por su dignidad y el reconocimiento efectivo de sus derechos. Es, en definitiva la expresión de la caridad, que llega a la familia, al trabajo, a la educación, a la salud, a la marginación, a la cultura, a la vida pública y social... Es decir, abierto a todos y hablando con todos. El ámbito propio es el mundo, la realidad en la que viven los hombres.

Los conceptos que a continuación se exponen los consideramos esenciales para entender la realidad que intentamos exponer en relación con el papel del laico en la Iglesia y en el mundo. "La condición eclesial de los laicos, su pertenencia y participación en la vida y misión de la Iglesia, está caracterizada por su "índole secular". Los laicos por su novedad cristiana e índole secular, propia, pero no exclusiva, concretan la inserción de la Iglesia

toda en el mundo y para el mundo. Los laicos viven en el mundo, en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Y son llamados por Dios para santificar el mundo desde dentro, a modo de fermento. El campo propio de su acción evangelizadora es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, etc. Es urgente y necesario acentuar esta dimensión. Sin olvidar que la corresponsabilidad de los laicos comprende la edificación de la comunidad eclesial y su acción evangelizadora en la sociedad civil" (CLIM 26-27).

A todos debe llegar lo que Jesucristo ha traído para todos: la buena nueva del amor, de la justicia y de la paz. Con tan santa levadura puesta en las entrañas de la humanidad, no puede extrañar que este mundo se transforme en verdadero reinado de Dios. Y las cosas cambiarán a mejor. No por lo bien que lo hicimos, sino por la fuerza del amor que lleva dentro el Evangelio.

Ahora bien, ese Evangelio hay que hacerlo resonar y que se oiga con claridad. Sin desvirtuar la doctrina, ni ponerle sordinas ni camuflajes a la exigencia de compromiso y de fidelidad a lo que Dios ha manifestado. Dar a conocer el Evangelio y entusiasmar a los hombres para que sigan fielmente a Jesucristo.

Hacer presente a Cristo

Es a los seglares, a los laicos, a los que corresponde llegar a esa sociedad, apoyarse en esos valores humanos y anunciar explícitamente a Jesucristo. Los puntos de apoyo están en la cultura, en la vida social, en la familia, en el

trabajo, en la educación, en la economía, en los medios de comunicación, en todas las actividades humanas.

En todas sus acciones, la Iglesia no debe pretender otra cosa que el poner el Evangelio y el amor de Cristo como levadura que transforme el mundo en ese reino nuevo de justicia, de paz y de amor fraterno. Todos están llamados y a trabajar por ese nuevo Reino de Dios. Cada uno lo hará respondiendo a su propia vocación y a las gracias que de Dios haya recibido. La vocación cristiana es una llamada al apostolado. El laico, el seglar, tiene una misión especial que llevar a cabo, no solo presentando en el mundo el mensaje de Cristo, sino aplicándolo de forma concreta en las múltiples actividades y facetas de la vida. Así, como seglar, participa en la misión salvadora encargada por Cristo a la Iglesia.

Hay que manifestar a Cristo resucitado, asumiendo los desafíos que actualmente presenta el mundo a la Iglesia. Hemos sido llamados para buscar el Espíritu que vive y actúa en el corazón de los hombres. Habrá, pues que acoger el mundo, y su situación actual, con una mirada de esperanza. Esto es condición indispensable para la evangelización. Esa esperanza es la que anima la vida del apóstol seglar. Cada situación, cada edad, cada momento ofrece una interpelación distinta y una respuesta siempre nueva: la del Evangelio.

4.2. EL HOMBRE Y SUS EDADES

Aunque debe llegar a cada edad y a todos los ámbitos de la realidad social, el apostolado seglar tiene su espacio propio, y quiere responder a la situación histórica, tanto religiosa como humana y social, en la que se encuentra,

asumiendo desafíos y ofreciendo sinceramente el mensaje de Jesucristo.

Así mismo, cada miembro de la Iglesia, en las distintas etapas de su vida, tiene que asumir ese derecho y deber de ser apóstol. La forma y modo de hacerlo sí que estará supeditada a las características individuales y personalidad propia de la edad.

Los niños como protagonistas

Los niños y las niñas ven a la Iglesia como un grupo cristiano. Les gusta hacer cosas y ser protagonistas en sus celebraciones. Habrá que educarles, no sólo para conocer los contenidos de la fe, sino para vivir como testigos de Cristo en el ambiente donde se encuentran. Las acciones cristianas y los gestos de caridad les ayudan a crecer en la identificación con Cristo, y el deseo de colaborar para ayudar a que las cosas vayan mejor en el mundo.

Por que son riqueza de la Iglesia y fruto santo del amor humano nuestros niños y niñas, que acceden a esta gran familia de los hijos de Dios, han de ser cuidados, queridos y arropados por toda la Iglesia, son nuestro futuro, son la Iglesia del futuro, son nuestra esperanza. Quizás no sea este el momento de plantear en toda su profundidad una nueva pastoral de la infancia, sin embargo, es necesario que seamos conscientes de la importancia que tiene para toda la Iglesia que un niño se acerque acompañado por sus padres y padrinos a recibir el sacramento del bautismo, que lo reviste de Cristo y le da una nueva familia, nuestra familia la Iglesia, en una comunidad concreta. Sería necesario que toda la comunidad parroquial viviera como una fiesta cada nuevo cristiano que en su seno nace.

Los niños han de sentirse parte de la gran familia de la Iglesia, ¿Cómo podemos hacer ésto?, Preocupándonos de conectar con los padres, que durante los primeros años se mantenga alguna relación, se convoquen anualmente a todos los bautizados y sus familias, nos preocupemos dónde viven, a qué colegios asisten, si tienen problemas o sufren enfermedades, en definitiva realizar con ellos una pastoral cercana y familiar, que los prepare para que en el momento propicio puedan iniciar su camino de maduración en la Iglesia, desde una edad temprana, desde los pocos años, casi cuando aprenden a leer y se asumen las primeras destrezas escolares.

Cuando, en relación con las organizaciones eclesiales, laicales o de vida consagrada, evaluamos la marcha de la evangelización de la infancia, subyacen importantes interrogantes, no solo en relación con la eficacia del proceso catequético seguido, sino si se ofrece al niño y a la niña un espacio para participar en la vida de la comunidad. Quizás preocupados por tantos quehaceres se soslaya en muchas ocasiones tal circunstancia.

Parece que en los últimos años hay como un renacer de esta preocupación, especialmente las asociaciones laicales, los movimientos eclesiales y las nuevas comunidades, probablemente por su configuración están desarrollando una encomiable tarea para integrar a sus hijos en la rueda de la vida de la institución, vinculándolos, haciéndoles participes, en su medida según sus edades y circunstancias.

Los colegios de titularidad eclesial deben hacer un nuevo esfuerzo en buscar formulas compatibles que ayuden a que sus escolares, asuman el ideario del centro y con ellos sus familias. Posiblemente los próximos años nos

ayudarán a redefinir el marco escolar, quizás pasaremos momentos difíciles, pero todo será para bien. Seguro que la redefinición del marco escolar y la evolución de los titulares de los centros, así como, una mayor participación de los padres y el apoyo de otras instituciones, logrará dotar a estos centros de un itinerario abierto al futuro, donde junto a una excelente educación se contribuya a formar buenos ciudadanos y buenos cristianos.

La parroquia, verdadero centro neurálgico de cada barrio, de cada pueblo, debe ser consciente que tiene que ser un lugar de acogida, de cercanía para los niños. Cuando se pueda, sería conveniente que alguna Eucaristía sea la de los niños, la de la familia. Sabemos los buenos frutos que estas celebraciones están dando. Que cada parroquia piense qué puede hacer y cómo lo puede llevar a cabo y darle continuidad en el tiempo. Quizás habría que potenciar la figura del monaguillo, con un estilo renovado, pero resaltando sus responsabilidades y tareas. En muchos casos, el inicio a una vocación sacerdotal o a la vida consagrada tienen como simiente esa figura cercana al sacerdote, a la comunidad parroquial.

Cada nuevo curso vemos como muchos inician su preparación para la Primera Comuni3n. Hemos constatado, lo vemos con claridad, que este proceso aunque adecuado esta falto de un dimensionamiento m3s id3neo. Los ni3os tienen, casi desde que se inician en la lectura y adquieren sus primeras destrezas intelectuales, que comenzar, primero en casa, despu3s en la parroquia, coordinadamente con el colegio, cuando sea posible, un proceso de acercamiento a la fe. Por eso, es necesario integrar a los ni3os, desde la preparaci3n temprana a la primera comuni3n en un itinerario de vida cristiana que lo debe de acompa3nar toda la vida. Tendremos que buscar formulas,

redefinir procesos pastorales, acercar medios, a esta tarea no podemos renunciar, nos jugamos mucho en ello.

Los niños casi siempre están ocupados en su tiempo libre en alguna actividad musical, deportiva, de juegos, etc... Las nuevas tecnologías de la información abren también insospechados mundos, quizás son demasiadas cosas. Nosotros en la Iglesia siempre nos hemos ayudado de esas actividades, dignas de su nombre, para hacer presente nuestra doctrina, quizás en los últimas décadas, debido a la sociedad del bienestar en la que estamos inmersos, no hemos reparado que muchas de nuestras iniciativas en este campo se han ido apagando. Hay que poner en marcha, de una manera coordinada, actividades deportivas, culturales, recreativas que nos ayuden a hacer presente nuestros valores, en medio de una sociedad que en muchas ocasiones los olvida. De mucho fruto son siempre las actividades conjuntas, campamentos, encuentros, etc. Habría que pensar cuales son nuestras fuerzas en este campo e inspirados por el Espíritu Santo poner en marcha unas pocas iniciativas que nos sirvan de guía para avanzar hacia en futuro.

Los jóvenes se evangelizan

Son los jóvenes quienes deben ser los protagonistas y primeros agentes de su propia evangelización. Cada uno ha de asumir la parte que le toca en la tutela y la promoción de la dignidad humana y en el desarrollo de la vocación personal y social.

Para que la pastoral sea de verdad evangelizadora, ha de ser llevar una oferta llena de sentido, incuestionablemente cristiana y que responda a la situación concreta de

los jóvenes. Conocer y reconocer esta compleja realidad hará saber en qué condiciones ha de presentárseles el anuncio del Evangelio, qué signos conectarán con sus inquietudes, qué metodología será la apropiada a su modo de ser y qué agentes serán los testigos válidos para los distintos sectores de nuestra juventud.

El alejamiento de Dios ha provocado un vacío espiritual. Pero, en no pocos jóvenes, ese vacío les lleva a la búsqueda de la propia identidad y del sentido de la vida, a descubrir las raíces religiosas y la persona misma de Cristo. Necesitaremos renovadas y entusiasmantes iniciativas evangelizadoras destinadas a los jóvenes. No bastan los medios ordinarios de la pastoral; hacen falta asociaciones, instituciones, grupos y centros apropiados, iniciativas culturales y sociales para los jóvenes (*Redemptoris missio* 37).

Hay que promover una ilusionada participación de los jóvenes en la evangelización de la Iglesia, sobre todo en el campo de la juventud, donde ellos tienen que ser los primeros militantes apostólicos, así como los principales destinatarios. Estos son los objetivos que nos proponemos: presentación a los jóvenes del Evangelio de Jesucristo para convertirlos al reino de Dios e incorporarlos activamente en la vida y misión de la Iglesia; interpretar las aspiraciones de los jóvenes; acogida humanizadora y cristiana; informar y ofrecer cauces de integración en grupos diversos; ofrecer participación en acciones concretas; presentar y ofrecer la comunidad eclesial como el espacio en el que pueden realizar sus aspiraciones; llevar a los jóvenes a un ideal de vida y de verdad más altos; que los jóvenes se sientan protagonistas.

A los jóvenes, como miembros vivos de la comunidad, hay que ofrecerles una fundamentación más adulta en la

fe, que responda a las exigencias actuales de su condición de cristianos y les ayude a ser verdaderos agentes de la evangelización de otros jóvenes, siendo transformadores del mundo y constructores de la nueva civilización del amor. La presencia de los jóvenes cristianos en los ambientes juveniles es una exigencia y condición para la evangelización de los jóvenes. Todo ello podrá realizarse mejor si sabemos incorporar a los jóvenes en movimientos juveniles...

La necesidad de establecer vínculos permanentes

Cuando pensamos en qué edades podemos considerar hoy a los jóvenes capaces de asumir el inicio de un compromiso que irá madurando, estamos hablando de casi la adolescencia en la transición de los 14 a los 15 años, este es el momento de hacerle frente al proceso de secularización en que los neojóvenes se ven envueltos. Esta es la edad en la que hay que trabajar y después en el tránsito de la adolescencia y la juventud, de los 15 a los 17 años. Es esta todavía una edad escolar y es donde los niveles de práctica religiosa decae ostentosamente.

Posiblemente el proceso de secularización de los jóvenes no obedece tanto a su relación con la Iglesia, como una situación que afecta al conjunto de la sociedad. Por todo ello, hay que crear vínculos con la comunidad que impulsen compromisos fuertes de carácter general. Integrar al joven y al adolescente hasta conducirlo a la juventud madura y hacerlo en un ámbito de fuerte vinculación comunitaria donde la práctica y la formación religiosa será el componente más importante, pero no el exclusivo o único, porque la necesidad de los jóvenes actuales no es tanto de más libertad, sino de estructuras de acogida y encu-

dre que les doten de más significantes responsabilidades capaces de generar vínculos permanentes.

Significativo, como recordaba Benedicto XVI en Colonia en 2005, el escaso resultado, en materia de práctica religiosa, de determinadas escuelas cristianas que han sufrido los vaivenes de estos años y les cuesta articular y construir estructuras significantes.

Queda aquí planteado el reto, tendremos que salir de las palabras vacías, caminar hacia realidades tangibles, tender puentes de entendimiento generacional basado en el reconocimiento y el respeto mutuo, estando abiertos a diversos estilos de jóvenes, todos para Cristo.

Si subimos en edad resaltar que la idea de que la carencia de vida religiosa se traduce en una mayor inquietud y participación social, especialmente en ONGs solidarias, es falsa. De hecho, si excluimos los ámbitos deportivos y lúdicos, el contingente más grande de asociacionismo juvenil lo continúa aportando la Iglesia.

La imagen de la Iglesia entre los jóvenes y los universitarios es apreciada y positiva en su dimensión social y su preferencia por los pobres. Pero es negativa cuando piensan que la Iglesia mira hacia el pasado, que no se encuentra el sentido de la vida, y no tiene capacidad para orientar la vida pública.

Se tendría que hacer un esfuerzo, por parte de todos, para reforzar la capacidad de los colegios de titularidad eclesial, con el fin de transmitir una vinculación real a la fe, así como, potenciar de forma conjunta con la diócesis organizaciones juveniles católicas de una cierta envergadura.

Los jóvenes viven una religiosidad existencial y el catolicismo representa para ellos una religiosidad institucional. Los jóvenes demandan a la Iglesia respuestas a requerimientos personales y sociales más que al cumplimiento de determinadas normas cuyo contenido y sentido les parece irrelevante y anclado en el pasado.

Un problema muy serio que tenemos es el déficit de acompañamiento en el tránsito de la edad adulta, una vez que el joven ha encontrado en la Iglesia un espacio social para la construcción de su identidad. Con el primer trabajo (23-25 años) el tiempo libre se reduce, por otro lado, sus relaciones afectivas se van definiendo, así trabajo y matrimonio se van a configurar como los ámbitos de responsabilidad y realización, como los espacios fundamentales de vida, paralelamente se van dejando o reduciendo los compromisos. Se vive un alejamiento efectivo de la parroquia y de la su grupo eclesial, la etapa determinante de la iniciación cristiana no se completa. Se hace necesario por tanto, reconstruir la experiencia cristiana de Dios en medio de la experiencia del mundo.

La edad adulta, un tiempo de plenitud y de responsabilidades

Para este grupo esencial, que articula una Iglesia de futuro tendremos que pensar en nuevos modelos de relación, más descargados de responsabilidades y de tareas concretas y que ayuden a estos a mantener e incrementar su vida de fe y su compromiso cristiano.

Sabemos que existen problemas de acompañamiento de adultos, con una orientación preferentemente intraeclesial de su compromiso cristiano, escasa conciencia

socio-política, bajo tono misionero, configuración de micro-grupos con dificultades de inserción eclesial, junto a una minoritaria presencia militante en barrios y pueblos.

Hay adultos con una fe identificada, en edad de crianza de hijos, en los que la mujer trabaja. Es un pequeño grupo, a veces de personas aisladas, donde hay matrimonios cristianos y cristianos en familia, cuya fe no es compartida por su consorte. Tiene escaso tiempo disponible para la vida parroquial pues su vida esta sobrecargada por las responsabilidades familiares y laborales. Es frecuente un pequeño compromiso con acciones o organizaciones de voluntariado y de cooperación internacional, de derechos humanos, de trabajo por la paz. A menudo la vida de estos va por un lado y la vida de la parroquia va por otro. Esta es una situación fácil de resolver que cada uno contribuya con lo que pueda pero que se sienta responsable del todo.

Quizás aquí es donde el acompañamiento pastoral tendría más sentido. Habría que dedicar esfuerzos para vincular a estos laicos ya en la edad adulta, facilitando el contacto mutuo, para muchos podría ser suficiente la Eucaristía dominical vinculada a los centros apostólicos, colegios y parroquias, para otros podría ser interesante ofertar convivencias, días de retiro, etc. Generar más la necesidad que compromisos concretos. Posiblemente pasados unos años y si se mantiene y se acompaña esta situación estén en disposición de participar en alguna actividad de voluntariado y de pasar a una situación más comprometida.

En este ámbito de edad los niveles de vida cristiana son distintos, desde los creyentes motivados y comprometidos, que son el núcleo fuerte de nuestra Iglesia, a los católicos

practicantes, o practicantes ocasionales, llegando a los más alejados de la vida de la comunidad.

En los primeros, los creyentes comprometidos, a los que ya nos hemos referido de alguna forma anteriormente, siguen trabajando con ahínco, desde una fidelidad casi heroica. Pero su misión es principalmente intraeclesial, sintiendo preocupación por el futuro de la Iglesia, no sienten, en su gran mayoría, como misión esencial la humanización de la sociedad a la que el Señor les envía también hoy.

Un segundo grupo, que podemos denominar, católicos practicantes, se muestran fieles al cumplimiento del mandamiento de la práctica semanal de la Eucaristía, otra cosa será el grado de vivencia en relación con el Domingo cristiano. Tanto en el primer grupo, como en este, hay una quiebra importante en el segmento de población en la edad media de 30 a 50 años, podemos decir sin exagerar que existe un desierto eclesial en esta etapa de la vida. Incomprensiblemente es la edad de los padres y madres cuyos hijos acceden a los primeros sacramentos, especialmente bautismo y primera comunión, y son los padres que en gran número quieren que sus hijos reciban su educación en colegios de titularidad eclesial.

Un tercio de los bautizados se consideran no practicantes, no asisten a la Eucaristía dominical. Desarraigo, el ocio del fin de semana, la normalización social de la inasistencia. Sin embargo, este grupo tan mayoritario se siente parte de la Iglesia y acude a ella en momentos importantes de su vida, además de mantener una relación personal, y en muchos casos vinculada a la religiosidad popular o a otras prácticas de tradición familiar.

Llegamos al grupo de los más alejados, creen más que Dios existe, que propiamente en Dios. Apreciando del Evangelio sus valores humanistas. No oran salvo en momentos de gran importancia para sus vidas. Son los llamados cristianos sociológicos a secas, aceptan de forma pasiva esa tradición cultural en la que viven, viven bien y no se hacen muchas preguntas más.

Esta es la realidad que nos lleva a confirmar una grave pérdida del sentido de la fe. Con ello constatamos que existe una indiferencia creciente sobre la realidad de Dios. La forma teológica no vivencial de presentar la realidad de Dios no es atractiva, se desconecta de la realidad del hombre. La Iglesia tiene que esforzarse en presentar a Dios como parte viva y actual en la historia del hombre de hoy. Hablamos así no sólo de una crisis de creencias, de normas morales, de práctica religiosa, sino de algo más preocupante e hiriente, la indiferencia. No hablamos de ateísmo, hablamos de desinterés.

Pero ante todo esto sólo cabe la esperanza, la ilusión por el trabajo que inspirados por el Espíritu Santo nos queda por hacer. Quizás caminemos hacia una sociedad distinta, pero sabemos que la Iglesia está abierta para que todos cuantos quieran venir a saciarse de su vida, vengan y vean. Muchas serán las circunstancias que tendremos que ayudar a cambiar para que todos aquellos que se acerquen a nosotros, se sientan atraídos por el suave olor a Cristo, ese es nuestro reto y nuestra esperanza.

Apóstoles en la tercera edad

Cada uno fue llamado a su hora a trabajar en la viña del Señor (Mt. 20, 1-16). El tiempo y la edad es Dios quien

lo considera y determina. La ancianidad, la vejez, la tercera edad son un privilegio y regalo de Dios que ofrece nuevas posibilidades de trabajar en su campo y reino. De conocer mejor a Jesucristo y de poder vivir y comunicar el Evangelio. La oración puede ser más continuada y sincera, la palabra de Dios mejor acogida y guardada, la celebración sentida y participada. La misión asumida con entusiasmo.

Nuestros hermanos mayores son en la Iglesia una espléndida y eficaz fuerza de evangelización. Verdaderos miembros activos a los que encontramos en las más variadas actividades evangelizadoras de la Iglesia. Y no solo de la Iglesia, muchos de ellos, prestan un servicio a la sociedad impagable, son un vínculo muy seguro con la infancia, muchos abuelos y abuelas son un referente singular para sus nietos y nietas, aquellos los cuidan y los miman, estos se hacen querer y aprenden a querer de una manera nueva. El papel de los abuelos es insustituible, ellos tienen necesidad de seguir con su vida, pero realizan una tarea encomiable, transmiten valores, refuerzan cariños, siendo un eslabón muy importante en la transmisión de la fe.

En la Iglesia hay muchos caminos y carismas en los que participan indistintamente personas de todas las edades. También existen otros grupos con interés particular por las personas mayores, donde todo está dirigido y protagonizado por laicos mayores, como es el caso de Vida Ascendente, se dirige a todos, pero la iniciativa y el desarrollo lo han tomado y lo llevan a cabo personas de edad. Por ello, tratan de vivir atentos a la inspiración del Espíritu de Dios, escuchando la palabra del Señor, identificándose con Cristo, viviendo la gracia del Espíritu, en medio de las realidades de este mundo.

En todas nuestras parroquias y centros apostólicos se debería considerar necesario y oportuno abrir las puertas y motivar a muchos para que se integren, de alguna forma, en iniciativas que les ayuden a vivir su fe desde la realidad de su ser personas mayores, con alegría, con espíritu renovado, abiertos al apostolado y seguros de que su trabajo dará frutos de vida en un mundo que busca desesperadamente a Dios y no lo sabe.

Desde la Iglesia debemos animar para que aquellos mayores que lo deseen y estén en disponibilidad de ello, completen su formación, y no solo en relación con lo religioso. Son dignas de alabar y apoyar las iniciativas que contribuyen a enriquecer el acervo cultural de nuestros mayores, desde los niveles más básicos hasta la magnífica realidad de la universidad para mayores. Sin duda, la autorrealización y el sentirse bien consigo mismo y sus inquietudes ayuda a estar abiertos a nuevas tareas pastorales y apostólicas.

Hoy las personas mayores son la realidad más numerosa en la Iglesia, a muchos esto los llena de una lógica preocupación, sin embargo, "el Espíritu sopla donde quiere" (Jn 3,8). El moverá nuestro corazón y nos transformará. Lo que hoy son inquietudes, mañana serán gozos, lo que hoy nos interpela, mañana será nuestra gloria. Muchas cosas distintas pero Cristo siempre será el mismo y nos conducirá por el camino de la vida sin miedos y con esperanza.

A vosotros mayores se dirige la Iglesia a la que tanto amáis para deciros que os necesita a todos y a cada uno de vosotros, que sois una realidad viva, que transmitís no solo conocimientos y sensaciones, sino que transmitís emociones, recuerdos, transmitís vida, una vida que busca la felicidad del otro, la paz con todos.

4.3. EN SITUACIÓN ESPECIAL, TRABAJANDO PARA AQUELLOS QUE MÁS AMAMOS

Después de haber visto cómo en las diferentes edades se puede participar de la acción evangelizadora Iglesia, nos acercamos ahora a las personas que se encuentran en una situación especial, sea por razón de enfermedad, por cultura diferente, por estar reclusos en un centro penitenciario o por la condición social de exclusión. Se trata de un apostolado en esos ambientes que debe ayudar a estas personas para que puedan ser agentes activos de la evangelización, tanto en el propio ambiente como fuera de él.

Iniciamos seguidamente un recorrido, teniendo siempre como fondo la necesidad de una pastoral de conjunto, que realizará paradas en diversas pastorales sectoriales en ámbitos donde el sufrimiento, la incomprensión, la diferencia, la marginación y la ignorancia tienen asiento.

Si tenemos en la práctica unidad de vida y de misión ello se expresa en la realización de acciones comunes diversificadas. Todos somos Iglesia y todos hacemos la Iglesia, pero cada cual tiene su puesto, su responsabilidad, su carisma.

Enfermos y pastoral de la salud

El enfermo es un miembro privilegiado de la Iglesia. No sólo porque necesita una atención cuidadosa y especial, sino porque puede ser el más activo, el más ejemplar, el más unido a Cristo, el mejor y más eficaz apóstol y catequista.

Con los enfermos, como miembros activos, y para los enfermos, como objeto de la atención y cuidado, se realiza la "pastoral de la salud". Es decir, la disposición de una serie de acciones encaminadas a servir, con el Evangelio de Jesucristo, a los enfermos y, al mismo tiempo, hacer que esos enfermos participen activamente en la vida de la Iglesia, en la vida parroquial.

Siempre habrá que tener en cuenta que la pastoral de la salud trata de curar aquellas enfermedades que no tienen más que éste hospital para curarse: el de la amor misericordioso de Dios. Lo cual, no sólo no disculpa de poner todos los medios posibles a nuestro alcance para curar al enfermo y erradicar la enfermedad, sino que aún lo urge más con la responsabilidad de la conciencia cristiana.

Se puede decir que el objeto permanente de la pastoral de la salud es el de hacer que el enfermo se sienta verdadero miembro de la comunidad parroquial, que tenga un lugar preferente en la celebración de la Eucaristía, aunque no pueda asistir personalmente a ella; que reciba la catequesis adecuada y que él mismo se haga catequista en su entorno, tanto con la palabra como con el ejemplo de su vida; que se integre lo más posible en la acción evangelizadora de toda la parroquia; que sea maestro y testigo de oración y del sentido de reconciliación de la penitencia y el sacrificio; que sienta y procure la caridad fraterna

En muchas parroquias funcionan grupos de pastoral de la salud, que visitan a los enfermos, los conocen y acompañan, e incluso remedian soledades y quebrantos. Esta pastoral continuada debe ser ejercida con interés, los presbíteros y diáconos, atiéndanlos espiritual y sacra-

mentalmente. Los enfermos deberán estar siempre en el corazón de la Iglesia.

También existen grupos, más o menos organizados, muchos vinculados a la vida consagrada, que ayudan en la pastoral de la salud, que colaboran con los sacerdotes que atienden los hospitales. No es infrecuente que, en estos grupos, participen los mismos profesionales de la sanidad. El acompañamiento y orientación de estos grupos seculares es particularmente importante y necesario.

Las personas con discapacidad, colaboradores necesarios

La Iglesia siempre preocupada por las condiciones de vida de sus hijos, desde hace tiempo viene impulsando pastorales especializadas para personas con discapacidad física o psíquica. Es verdad que la sociedad ha desarrollado una batería de medidas y servicios y ha ampliado de forma importante la capacidad asistencial, pero no es más cierto que todavía queda mucho camino por recorrer, pero el camino andado está dando frutos reales de integración social.

Será necesario que pastoralmente se revisen las acciones pastorales de estos grupos y se ayude, en la medida de lo posible, para que estas personas sean motores de la acción apostólica hacia personas con parecida discapacidad, y para toda la comunidad. Como signo externo de nuestra voluntad de facilitar esa integración se deberá en un plazo prudente de tiempo de asegurar en todas nuestras parroquias y centros, el acceso adaptado.

En forma alguna, los minusválidos deben sentirse en la Iglesia simplemente como asistidos, sino que deben ser verdaderos sujetos activos en la vida eclesial y agentes de evangelización. También en este sentido tenemos que trabajar por la puesta en práctica el criterio de normalización. Será necesario eliminar, no solo las barreras físicas, sino otras muchas levantadas por prejuicios y por miedos injustificados.

Los mayores, son una preocupación y una responsabilidad para todos

Por ley de vida, todos envejecemos, pero la ancianidad no debe de ser un obstáculo para vivir la fe, ni siquiera cuando nuestras facultades queden mermadas de forma drástica, mientras quede vida, Cristo nos necesita para amar. Muchos de nuestros mayores viven en sus casas, otros quisieron marchas a una residencia, o la buscan con interés. Todos son apóstoles, todos están llamados a la vida. Cada parroquia debería pensar cómo puede colaborar en mitigar la soledad, las carencias, los sufrimientos, quizás no creando residencias, o centros de día, quizás no dedicando los escasos recursos por entero a esta tarea, pero es de justicia ayudar a mejorar la calidad de vida de sus mayores. Por ello, deberán al menos conocer cual es la realidad parroquial, ayudar en las necesidades y abrir cauces de colaboración con administraciones e instituciones.

Las personas mayores son una riqueza para la sociedad y para la Iglesia. No se pueden imponer jubilaciones imposibles, pues los años pueden alejar del ejercicio de una determinada actividad, pero nadie puede privar al hombre de seguir empleando su vida en servicio de los

demás. Las personas mayores. No son “clases pasivas”, sino verdaderos y activos agentes de evangelización.

Las nuevas adicciones que minan nuestro mundo.

Lo dicho para los mayores, nos sirve para este angustioso mundo de la drogadicción, el alcoholismo, la adicción al juego, al sexo, a situaciones de riesgo. Todos llegaron a esa situación por carencias afectivas, por problemas psíquicos, laborales, la vida les ha dejado cicatrices. Nuestra tarea debe ser siempre la de acogerlos, conduciéndolos a ámbitos de asistencia especializados, y ayudándoles a conocer cual es el sentido de su vida.

Pastoral penitenciaria

Las personas que por imperativo legal están privadas de libertad son el objeto de la pastoral penitenciaria. También las familias de los reclusos. Esta no se termina con la asistencia evangelizadora en las cárceles, sino que debe estar presente en los distintos ámbitos pastorales, particularmente en las parroquias, para sensibilizar a los fieles con este tema y realizar las acciones pastorales que procedan. Es una labor muy importante esta de contribuir a sensibilizar a toda la comunidad cristiana en los temas relacionados con los presos y con sus familias.

Figura central e imprescindible es la del capellán de la cárcel. Su cometido es estrictamente evangélico, con una atención respetuosa, discreta, espiritual y ofreciendo una adecuada orientación religiosa a los reclusos y celebrando con ellos los sacramentos.

Junto a los capellanes, el voluntariado. Hombres y mujeres, seglares, diáconos y personas consagradas, que ofrecen su tiempo y su ayuda a la atención pastoral en las cárceles y fuera de ellas a las familias de los reclusos. Más que simples "voluntarios" son auténticos ministros y servidores de la caridad que hacen presente la misericordia y la palabra de Cristo a sus hermanos para ayudarles a recuperar un camino, tal vez olvidado, que es el que Dios ha trazado a cada uno.

Tampoco pueden faltar reclusos que sean agentes de pastoral, ayudando a sus hermanos al acercamiento a Dios y a la Iglesia.

Pastoral gitana

Si presentamos aquí alguna línea de pastoral con los gitanos, dentro del apostolado seglar, es para resaltar esa acción evangelizadora con grupos marginales, no siempre por razones económicas o sociales, sino culturales

Hay que tener en cuenta que la pastoral gitana, aunque sea muy específica, debe estar dentro de la pastoral general de la parroquia y de la diócesis. Como lo está la pastoral misionera, penitenciaria, de la salud...

Con frecuencia hablamos del pueblo gitano como si se tratara de una comunidad definida, homogénea, con inconfundibles señas de identidad cultural. Nada más lejos de la realidad. El grado de integración social, la forma de vivir, el acceso a la educación y al trabajo, los niveles económicos y sociales son muy dispares, si bien el grupo mayoritario lo componen personas que malviven en asentamientos y viviendas insalubres, en barriadas marginales. Es

frecuente entre ellos el analfabetismo, las discapacidades, la exclusión social y la pobreza severa.

De esta misma situación derivan una serie de problemas, que van desde la discriminación y el racismo, hasta la relación con las sectas; desde la falta de escolarización o el absentismo escolar de los niños, hasta el analfabetismo de los mayores; desde la delincuencia, al tráfico de droga; desde la falta de acatamiento de las leyes, hasta la falta total de participación en la vida ciudadana.

Desde nuestros convencimientos cristianos y con la doctrina social de la Iglesia, cualquier discriminación de los gitanos es injusta y totalmente opuesta al espíritu del Evangelio. Pero tenemos que dar pasos más positivos. Deseamos, desde luego, que la pastoral gitana tenga unos efectos incuestionablemente liberadores, donde el valor de la persona y su dignidad queden siempre garantizados. Una pastoral que, lejos de cualquier alienación, tenga como objetivo la promoción del hombre, su libertad y el reconocimiento, sin limitaciones, de la justicia que le corresponde por el mero hecho de ser persona.

Sin embargo, y como se recogía en las conclusiones de las Jornadas de Pastoral Gitana (Madrid 1981 y 1983), por una parte debemos trabajar en la transformación en la realidad gitana hacia metas de una verdadera promoción humana, pero hay que plantearse seriamente, como objetivo pastoral, "la evangelización del pueblo gitano en su sentido de respuesta total al hombre desde la fe en Jesucristo". Lo podíamos dar y compartir todo con el pueblo gitano, pero cometeríamos con él una gran injusticia si dejáramos de anunciarles lo que es el valor más grande que tenemos: el misterio de Jesucristo muerto y resucitado.

Deseamos una pastoral gitana y realizada, preferentemente, por los mismos gitanos. Incorporando a los equipos de pastoral parroquial a gitanos bien preparados o que se les pueda formar debidamente. En una palabra: que los mismos gitanos sean los responsables y protagonistas de su propia evangelización.

Inmigrantes, una pastoral de ida y vuelta

Aunque no es algo nuevo, el tema de la inmigración ha tomado, estos últimos años, una gravedad y unas proporciones ciertamente considerables. No es un simple fenómeno social, sino una tremenda realidad humana, sufrida por unas personas concretas que buscan, en muchos casos, nada más que la posibilidad de sobrevivir.

Recordando nuestra historia más reciente, la tierra que pisamos ha sido testigo de muchas lágrimas en estaciones, de familias curtidas a muchos kilómetros de distancia de su casa y de su gente. Todo eso nos debe hacer caer en la cuenta del drama humano que conlleva cualquier desarraigo, sea por la causa que sea.

Son muchas las personas que llegan hasta nosotros, procedentes de los más diversos países, y en una situación de lamentable indigencia: pobreza, inseguridad, separación de la familia, falta de trabajo y vivienda, ilegalidad, desprotección... Las condiciones sociales y económicas de sus países de origen les han obligado a exponer hasta la propia vida, y que tantos la han perdido, para buscar el modo de salir de unas situaciones angustiosas.

Detrás de cada una de estas personas hay una historia de sufrimiento, de hambre, de indigencia, de imposibilida-

des ante lo justo y legítimo, de aspiraciones sin esperanza. Vinieron porque en su casa, si la tenían, no podían vivir, o porque querían hacerlo con mayor bienestar y seguridad.

La Iglesia trabaja para que se respete al inmigrante y sea acogido, no solo en su dignidad como persona, sino en su condición de hermano, aceptando las normales y legítimas diferencias culturales y religiosas.

Es verdad que tampoco ayuda mucho a la integración el que los inmigrantes se autoaislen metiéndose en su propio grupo nacional, cultural, religioso. Puede haber, también en ellos, un rechazo y muchos prejuicios respecto a la capacidad de acogida de nuestra comunidad.

Las comunidades cristianas han de ser lugares donde vivir la acogida y la gratuidad, sin discriminación, donde la persona inmigrante pueda sentirse reconocida. Los inmigrantes cristianos han de reconocer en nuestra Iglesia su misma fe y sentirse libres para vivirla y comunicarla. Se trata de hacer verdad entre nosotros: "Era extranjero y me acogisteis" (Mt 25,35).

La presencia de personas de otra cultura, de otra religión, es también ocasión providencial para el diálogo ecuménico, interreligioso, para buscar juntos el rostro del Dios vivo. Pero uno de los grandes inconvenientes para el diálogo y la integración de las personas es la pérdida de la propia identidad. El pensar que nos van a aceptar mejor por dejar de ser lo que somos, por el disimulo de las propias creencias, por la corrupción de la verdadera personalidad cultural y religiosa de cada uno. Aparte de otras connotaciones éticas, esa actitud de vejación de la propia identidad sería una enorme falta de respeto al

diferente, al que consideramos incapaz de aceptar esa misma razón de diferencia.

En cuanto a la integración religiosa, depende mucho, como es lógico, cuando se trata de personas creyentes o de aquellas que no lo son. Si son católicos, aunque de ritos o confesiones diferentes, o son creyentes de otras religiones. Para unos, la Iglesia será una comunidad de acogida. Para otros, el camino para el diálogo interreligioso. Siempre, y para todos, respetando al máximo la dignidad de la persona.

Nuestras parroquias, nuestras comunidades deben de estar atentas para acoger, si es necesario desde la asistencia, pero principalmente desde lo pastoral. Primero a los creyentes que quieren incorporarse a una comunidad, a un entorno eclesial. Al mismo tiempo a los cristianos alejados tenderles la mano para que cuando lo necesiten nos tengan hay como personas y como comunidad. Debemos de ser consciente que en la actualidad un 10% de la población española es inmigrante, que sus hijos representan más del 50% de los nacidos en los últimos años. Nuestra sociedad es ya multirracial y multicultural, nuestras pastorales deben de estar atentas a estos retos sabiendo dar respuesta a las nuevas situaciones, a las nuevas realidades que articulan hoy nuestra sociedad.

El Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, se hace eco de esta realidad y observa el fenómeno de la inmigración como uno de los más llamativos de nuestro tiempo, siguiendo a Benedicto XVI en su Mensaje para la Jornada de las Migraciones de 2006. Vemos como el diálogo interreligioso esta muy vinculado con este fenómenos masivo, por eso el Plan indicado recoge la necesidad de cultivar "la apertura, el respeto,

la acogida y las relaciones de buena vecindad con los no cristianos –diálogo de la vida– buscando la cooperación en la promoción de valores morales compartidos, como la justicia y la paz –diálogo de la acción–, desde la propia tradición religiosa –diálogo de la experiencia religiosa–, sin renunciar a presentar la mediación única y universal de Jesucristo y de la Iglesia”.

4.4. PASTORAL SOCIAL

Si la Iglesia existe para evangelizar, no cabe duda que las acciones pastorales, aunque realizadas directamente por un grupo de cristianos, es una actividad de la comunidad cristiana como tal, que envía a esas determinadas personas a evangelizar en el mundo. Es, por tanto, la pastoral social, obra de toda la Iglesia. Ni la comunidad cristiana en general puede desentenderse de ella, ni las personas que, de una manera particular asumen esa pastoral, pueden considerarla como obra propia y casi exclusiva de quien se sienta tan sensibilizado como imprescindible.

La pastoral social se realiza dentro de una pastoral de conjunto, es decir, unida y coordinada en la pastoral general, con la que la Iglesia quiere hacerse presente en medio de los hombres y hacerles partícipes del Evangelio que ha recibido. Todos están llamados a ser agentes en esta pastoral, que ha de asumirse en una visión de conjunto, pero, de una manera muy particular, esta es una acción pastoral seglar.

La participación de los laicos en la pastoral social y en el mundo del trabajo no sólo es imprescindible, sino muy propia de la condición del seglar cristiano. Aunque pueda

hacerse de una manera individual, sin embargo, la práctica cristiana exige una labor conjunta, particularmente activa y comprometida como es la de los movimientos apostólicos y de las asociaciones que tienen como objetivo principal la evangelización en el mundo del trabajo. Estos mismos movimientos y asociaciones deben ser los mejores animadores de la pastoral social parroquial y diocesana.

Siendo la pastoral social, la pastoral del mundo del trabajo una pastoral esencial, quizás habría que subrayar en esta época otras líneas apostólicas en el marco de la promoción de la justicia, la promoción de la paz, la lucha por los derechos humanos, la concertación social entre sindicatos, empresarios y sociedad, la lucha contra el cambio climático...

La pastoral del mundo del trabajo

Lo que Juan Pablo II decía acerca de la contribución al desarrollo de los pueblos, sirve para subrayar funciones y objetivos de la pastoral social: la Iglesia tiene una palabra que decir sobre la naturaleza del trabajo, sus condiciones, exigencias y finalidades y defensa de los derechos y recuerdo de los deberes. Así cumple su misión evangelizadora (Cf. *Sollicitudo rei socialis* 41).

De una manera más concreta, éstos son los objetivos que persigue en su acción evangelizadora la pastoral del mundo del trabajo.

- Llevar la presencia de Cristo al mundo del trabajo con un testimonio auténticamente evangelizador.

- Poner el Evangelio, como levadura eficaz de transformación, en la realidad en la que este inmerso cada uno.
- Encarnarse en el mundo del trabajo. Asumir como propias las aspiraciones, dificultades y el reconocimiento de los derechos y las obligaciones que a todos concierne.
- Ayudar a despertar la conciencia social en la comunidad cristiana, a través de la formación continua y de la presencia de agentes de esta pastoral.
- Promover la justicia social y la solidaridad. Impulsar una participación activa en instituciones políticas y sociales, sindicales y culturales.
- Acercar la Iglesia al mundo del trabajo y éste a la Iglesia.
- Impulsar el asociacionismo laical en el mundo del trabajo, potenciar en barrios y pueblos líneas de acción conjuntas con los diversos actores sociales y eclesiales, colaborar con Cáritas y otros organismos análogos.

Esta pastoral es obra de la Iglesia, y toda ella tiene que sentirse implicada en esta acción evangelizadora, en la que puede realizarse de una manera especialmente significativa, el testimonio creíble de una Iglesia cercana al mundo del trabajo.

En ambientes populares

De particular importancia para la evangelización es la presencia del apostolado seglar en los barrios más populares, en los que viven preferentemente sectores menos favorecidos socialmente. Ambientes con no pocos problemas sociales, de desempleo, droga...

La Iglesia está presente en estos barrios en las parroquias, en las pequeñas comunidades de religiosos y religiosas, que realizan una encomiable labor evangelizadora y social. También hay grupos de seglares comprometidos. Pero es necesario incrementar la presencia de movimientos y asociaciones laicales y conseguir una acción más activa de los seglares.

Es verdad que la Iglesia es plural y que tiene muchas realidades dentro de ella, pero no podemos ser una Iglesia aburguesada comprometida solo con los que tienen. Quizás sea en esos barrios, en los que aparentemente Dios ya no tiene sitio, donde esté nuestra mayor tarea.

En estas zonas pastorales habrá que pensar seriamente cuáles son las tareas más urgentes, y las decisiones más adecuadas para centralizar esfuerzos, establecer prioridades y salir de una situación de *in pass*, que el futuro hará insostenible. Aquí, el papel de los movimientos eclesiales y nuevas comunidades eclesiales surgidos con el Concilio Vaticano II serán de vital importancia. Así como el destinar sacerdotes dinámicos y entusiastas que vean cualquier problema como una oportunidad. Animando la piedad popular y la participación de todos los bautizados en la tarea común de la Iglesia. Tenemos que ganar el mundo para Cristo.

4.5. LA FAMILIA, EN EL CENTRO DE LA VIDA DE LA IGLESIA

Benedicto XVI, en el Encuentro Mundial de las Familias, resaltaba el modelo cristiano de matrimonio y familia, la fidelidad como respuesta a los desafíos del momento y el valor social y pedagógico de la familia cristiana.

La familia es una garantía para la salvaguarda de las mejores tradiciones. Por eso, reconocer y ayudar a la familia es “uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana” (Homilía 9-7-06).

Los primeros educadores de la fe

Será muy importante “que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero” (...) Por ello los padres han de ir devolviendo a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si éstos ven que sus padres -y en general los adultos que les rodean- viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana” (Encuentro 8-7-06).

Por su parte, los padres tendrán que renovar su fe para que puedan transmitir a sus hijos la fe de la Iglesia. “En este sentido, es muy importante la labor de las parroquias, así como de las diversas asociaciones eclesiales, llamadas a colaborar como redes de apoyo y mano cercana de la Iglesia para el crecimiento de la familia en la fe. (Encuentro 8-7-06).

“La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona aprende a dar y recibir amor. Por eso la Iglesia

manifiesta constantemente su solicitud pastoral por este espacio fundamental para la persona humana” (Encuentro 8-7-06). Como Iglesia doméstica y comunidad de vida y de amor, es una garantía de fidelidad a Dios y de servicio a la humanidad. “La fe no es, pues, una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad” (Homilía 9-7-06).

Una pastoral familiar bien programada

Una pastoral familiar, bien dirigida y programada, es el mejor camino para conseguir los objetivos que deseamos alcanzar. Esta pastoral necesita una estructura, una organización tanto diocesana como parroquial:

Agentes de esta pastoral familiar han de ser:

- La Iglesia local, con las distintas vocaciones y ministerios presentes en ella.
- La comunidad parroquial, que debe tomar viva conciencia de la gracia de la corresponsabilidad que recibe del Señor, en orden al cuidado de la familia. La parroquia es la comunidad-espacio idóneo, con su organización y agentes pastorales, para emprender y realizar esta pastoral especializada.

- Los sacerdotes son quienes han de sostener a la familia en sus dificultades y sufrimientos, acercándose a sus miembros, ayudándoles a ver su vida a la luz del Evangelio. Desde la parroquia, ir desarrollando, con suavidad y perseverancia, el plan propuesto de pastoral familiar. Los arciprestes han de llevar frecuentemente el tema de la familia a las reuniones del arciprestazgo.

- Los teólogos y expertos en problemas familiares pueden ser la gran ayuda, explicando exactamente el contenido del magisterio de la iglesia y el de la experiencia de la vida familiar (FC 73).

- Los religiosos y religiosas que ofrecen a la familia el testimonio de su vida consagrada, el apostolado directo a los más necesitados, que abre la propia casa para que las familias puedan encontrar el sentido de Dios, el gusto por la oración, el ejemplo concreto de una existencia vivida en caridad alegría fraterna (FC 74).

- Los laicos especializados que, tanto individualmente como por medio de diversas asociaciones, movimientos y comunidades, ofrecen su obra de iluminación, de consejo, de orientación y apoyo (FC 75).

- La misma familia, que es el primer agente de su propio apostolado, en virtud de la gracia recibida en el sacramento. Por el matrimonio reciben los esposos cristianos una peculiar misión, que desarrollarán sobre todo dentro de la propia familia con el testimonio, la formación cristiana de los hijos y con su inserción en la comunidad eclesial y en la misma sociedad.

–Las Asociaciones familiares, que han de suscitar un vivo sentido de solidaridad y favorecer una conducta de vida inspirada en el Evangelio, formando la conciencia según los valores cristianos (FC 72).

Es imprescindible el formar padres y educadores de la fe capaces de convertirse en agentes de esta pastoral. La familiar deberá ser “objeto y sujeto” de esta renovación pastoral.

4.6. EL MUNDO DE LA ENSEÑANZA. SEMILLAS DE FE VIVA

La educación es una llamada a la búsqueda de la perfección por el conocimiento, la preparación de las capacidades humanas y profesionales, la formación de una personalidad madura y completa.

La Iglesia que tradicionalmente asumió importantes cargas en este ámbito en el pasado, educando a generaciones enteras, sacando de la miseria del entendimiento a muchos, en la actualidad desarrolla una encomiable labor en el mundo de la educación, desde la primaria hasta la Universidad.

En la Universidad a través de estructuras pastorales estables o a través de laicos comprometidos, profesores, alumnos, personal de administración o servicios, se debe de realizar una pastoral de conjunto que refuerce la unidad pastoral interna y al mismo tiempo que acompañe a los que a lo largo de los años pasan por ella a crecer como cristianos y a mostrar a la sociedad el auténtico rostro de la Iglesia.

La Iglesia presente en el mundo de la educación

Los centros de titularidad eclesial, aportan a la sociedad un mensaje, una vida, un ideario, una fe. En la escuela pública, a través de la formación religiosa ayudamos a cuantos lo piden a crecer en su conocimiento de nuestra fe, y del sentido religioso de la vida. Casi periódicamente se ciernen sobre estos modelos educativos y áreas formativas oscuros nubarrones. En los próximos años será el momento de buscar modelos estables y acordes con nuestra realidad democrática. Todos tendremos que responsabilizarnos de ello.

A los titulares de los centros religiosos, se les pide valentía y ver más allá del momento presente, han de proyectar el futuro, para que las nuevas generaciones que los deseen pueda ser participes de su tareas. A los responsable de la formación religiosa en las escuelas públicas se les ha de exigir, no solo fidelidad al mensaje, sino una mayor implicación en la pastoral de conjunto de la zona donde se ubique el centro. Hoy ya no vale solo, transmitir la fe, hay que hacerla vivir, hay que participarla. Para ello, se tendrán que arbitrar formulas pastorales adecuadas.

Los profesores de religión en la enseñanza pública, no son meros profesores de una materia, que todos han de considerar esencial para la formación de los escolares que así lo pidan, son evangelizadores en el mundo de la educación. Cuídense con exigencia su integración con la pastoral de conjunto de la parroquia o arciprestazgo, la formación continua, la participación en la vida de la Iglesia diocesana ha de ser una prioridad inaplazable.

Los padres, los niños, los abuelos, los profesores, las personas que trabajan en los centros son los verdaderos

objetivos pastorales a implementar. Las Asociaciones de Madres y Padres de Alumnos, así como, las Asociaciones de Antiguos Alumnos serán un instrumento útil y dinámico, así como las asociaciones eclesiales de profesores, más adelante cuando hablemos de los movimientos laicales subrayaremos debidamente cual es el papel actual y futuro de estas asociaciones de vital importancia para la educación católica.

Cultura y Universidad

Un generalizado, y muchas veces indefinido, sentido de frustración, se ha ido adueñando de amplios sectores de la sociedad. Desorientación, inseguridad, sentimiento de desamparo intelectual, ético, doctrinal... Se nota la falta de auténticos líderes del pensamiento. La indiferencia y la ausencia de diálogo anulan la posibilidad de confrontación de ideas. Y lo que es autonomía del pensamiento se traslada al campo de la conciencia, de la moral, que ha quedado sustituida por una ética autónoma donde priva el subjetivismo del valor gratificante individualista por encima del valor y de la norma objetiva: lo que place, vale. Es el verdadero involucionismo, como regresión y pérdida de la capacidad del diálogo. En el fondo, la expresión de un enorme déficit de formación en muchos aspectos.

La contemplación del hombre desde el conocimiento de Dios lleva inexorablemente al interés por todos aquellos problemas en los que se debate la existencia del hombre contemporáneo. Revelación y existencia, fe y cultura, teología de la historia, serán quehacer permanente de esa escuela de auténtico diálogo y desarrollo de la cultura.

Ante las cuestiones tan importantes y graves que se le presentan al hombre de hoy, no cabe la inhibición del creyente, sino que debe ofrecer la fe y el testimonio de sus convencimientos. Una decidida vocación universitaria, libera del encerramiento academicista y crea esa verdadera "universitas" donde se busca la verdad y de donde sale el compromiso de hacerla brillar en las realidades temporales en las que se mueven los hombres.

Fe y cultura

Si vivimos dentro de una cultura concreta, ello no significa que el hombre se limita y agota en esa misma cultura, negando cualquier atisbo de trascendencia. El hombre no puede ser prisionero de unas determinadas circunstancias, olvidando su condición de libertad. Tampoco puede vivir a espaldas de una realidad que es fuente de un mejor conocimiento de la realidad iluminada por la fe. Será necesaria una constante referencia a la visión global del hombre, una confrontación racional entre las ciencias y el respeto de la intimidad e inviolabilidad de la conciencia humana.

En ese diálogo fe-cultura habrá que colocarse tan lejos del sincretismo, como de la absolutización y de la condicionante rigidez de las ideologías. Tampoco se puede caer en una especie de pensamiento neutro, sin criterios ni opciones, que más parece repliegue ante la falta de convencimientos, o de libertad para la afirmación de la verdad, que actitud receptiva para el diálogo. Nunca puede olvidar el cristiano su unión con Cristo y que el Evangelio es siempre el punto de referencia para el pensamiento y para la conducta.

Mientras la fuerza de la verdad lleva al hombre a la auténtica libertad, la ignorancia y el prejuicio lo esclavizan, el orgullo nubla la mente y aleja de la luz y del amor. La ciencia, el saber, buscan sinceramente la verdad. Pero el hombre creyente debe recorrer ese camino del encuentro con la luz de la fe. Habrá que unir la investigación científica a la oración, para estar más abiertos al sentido sobrenatural de la fe. Pues la verdadera sabiduría no es un simple humanismo, que en el hombre comienza y en el hombre termina, ni tampoco una cultura personal, más pendiente de la propia perfección que del servicio a los demás. Es favor de Dios para quienes buscan sinceramente el honor de su nombre.

Valores universitarios y virtudes cristianas

Teóricamente tendría que ser más fácil ser buen cristiano en la Universidad que en otros ambientes, porque, en principio, se supone que en la Universidad resplandecen una serie de valores: interés por la ciencia, la apertura del conocimiento, la unidad y complementariedad de saberes, el sentido universal, la visión trascendente de la existencia...

Valores, todos ellos, tan dignos de elogio que pueden ser presentados como referente de ejemplaridad. Necesitamos universitarios que sean auténticos maestros y líderes del pensamiento y de la opinión, que nos ayuden a superar la carcoma de la ambigüedad y el relativismo; que hagan de la ciencia una verdadera plataforma de apertura al conocimiento, sin exclusiones ni fronteras para otros caminos distintos de investigación y acercamiento a la verdad; que nos curen de esos pragmatismo inmediatistas que agotan enseguida las fuentes de la constancia

y el esfuerzo para adquirir la ciencia o para perseverar en la fe.

Los valores de comunicación, de intercambio, de interés por la verdad, de ayuda al crecimiento intelectual, de maduración en la fe, liberan a la comunidad académica del encerramiento en sí misma. Teóricamente, tendría que ser más fácil ser universitario responsable siendo buen cristiano, pues se supone que en el cristiano resplandecen las actitudes virtuosas siguientes:

No tenemos otra sabiduría para asentar actitudes y pensamiento, normas y código de conducta que el Evangelio. Lo cual supone aceptarlo como nuestra fuente permanente de inspiración actuando en coherencia con la fe recibida. Asumiendo el gozo y la responsabilidad que ello supone. Tan lejos del orgullo y el desprecio a los que viven de otra manera, como de una actitud rayando en lo vergonzante y jugando al disimulo.

No se trata de ser héroes, sino presentarse como cristianos. Antes de hablar con las palabras, ha gritado con fuerza el comportamiento. El amor a Dios y a los hombres envuelve la propia vida en la existencia compartida en el mismo amor que se nos ha dado en Jesucristo. Mas allá de la unidad, como valor humano, está la comunión en el mismo Espíritu de Dios.

Propuestas para una pastoral de conjunto en la Universidad

Ser universitario cristiano supone dar razón de Jesucristo, allí donde uno se encuentre. Para ello hace

falta una formación integral en la que no falte el sentido trascendente de la vida.

Podremos, organizar la tierra sin contar con Dios, pero, al fin, la organizaríamos en contra del hombre (Populorum progressio 42). Cuando proliferan las ofertas ideológicas más diversas, es tarea ineludible del universitario cristiano el anuncio de la salvación de Dios en Jesucristo, subrayando estos aspectos: el rostro paterno de Dios, fundamentación de una auténtica fraternidad interhumana, una ética que oriente en el respeto a los valores de la vida individual y social, interpelación de la realidad temporal a la luz de la fe y la esperanza futura.

Aceptación de una cultura universitaria cristiana, pero sin pensar que el hombre se limita y agota en esa misma cultura, negando cualquier atisbo de trascendencia. El hombre no puede ser prisionero de una determinada cultura, olvidando su condición de libertad. Tampoco puede vivir a espaldas de una realidad que es fuente de un mejor conocimiento de la realidad iluminada por la fe.

Mostrar interés por los resultados de la investigación científica, sin caer en la tentación, de un absolutismo tal que lleve al dogmatismo positivo, así como a una minusvaloración de los evidentes logros conseguidos por la investigación de muchos campos de la ciencia. Será necesaria una constante referencia a la visión global del hombre, una confrontación racional entre las ciencias y el respeto de la intimidad e inviolabilidad de la conciencia humana.

Apertura y práctica del diálogo intercultural e interreligioso. Hemos de estar abiertos a un permanente y positivo diálogo, ello no solo no supone una claudicación de los

propios convencimientos, sino una firme confianza en el valor de la fe que hace al hombre libre. Esta apertura llevará ante todo, al diálogo con personas diversas y concretas, a la aceptación recíproca de las diferencias, al amor e interés por la verdad.

Sensibilidad ante los problemas provocados por situaciones nuevas, confrontaciones ideológicas, cambios sociales, desarrollo y población, bioética..., para no caer en el fenomenismo, habrá que estar muy atentos, no solo a los datos del problema, sino a sus causas y a las propuestas de solución, así como al necesario discernimiento crítico ante el peligro del pragmatismo y del positivismo.

Muchas veces nos encontramos con interrogantes sobre cual es la pastoral más adecuada para la Universidad y en nuestra diócesis tenemos dos públicas, una con una gran carga histórica, investigadora y docente de gran calado social, toda una realidad creadora y sujeta a nuevas situaciones a nuevos criterios, y otra más reciente, pero que camina pujante, abriéndose paso con realismo y acierto. Existen también centros privados cuyos títulos están homologados por universidades extranjeras, que realizan su labor y aspiran a ofrecernos lo mejor. La Iglesia a través de sus instituciones desea que sus actuales centros en un futuro próximo se conviertan en una Universidad privada de inspiración católica. Queda mucha tarea, muchas etapas por cubrir pero debemos pensar que la educación universitaria y la actividad investigadora en la Universidad, sea o no su ideario católico, esta al servicio del hombre, es una tarea de todos por que aquí nos jugamos mucho.

Por ello, la pastoral universitaria orientada al diálogo fe y cultura, debe estar basada en una orientación de acción

conjunta con otras pastorales, aprovechando la realidad de los miembros de los movimientos eclesiales ya sea como personal estable, profesores y personal de administración o servicios, ya sea de los jóvenes que pasan por sus aulas. También es interesante que los jóvenes que vienen de zonas rurales o de parroquias del cinturón metropolitano sepan que pueden participar de esta pastoral. Aquí también los Colegios Mayores sostenidos por instituciones religiosas o por asociaciones de inspiración cristiana, tienen su sitio, trabajando en común con la pastoral universitaria en una acción de conjunto, la programación coordinada, el trabajo orientado a cubrir las necesidades de toda la comunidad universitaria. Nunca se debe de dejar, con los medios de los que se disponga en cada momento, de ofrecer el foro universitario como punto de encuentro, de debate, de presentación, de diálogo entre la fe y la razón.

La formación teológica para universitarios ha de ofrecerse desde la colaboración con los otros centros formativos de la diócesis, buscando su reconocimiento oficial y eclesial. La acción litúrgica y sacramental, la acción solidaria, las actuaciones asociativas formarán también parte de la pastoral universitaria de conjunto que ya se realiza y que se debe animar.

Ser cristiano significa estar en disposición de ser testigo, de dar razón, allí donde uno se encuentre, de la fe en Jesucristo. También en ese grande y complejo areópago que es la Universidad. Si es tan grande y tan complejo, no pretendamos caminar por él, y en cristiano, solo de una manera individual, será necesario participar en asociaciones, movimientos y en la propia pastoral universitaria, todo esto lo avala el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española, 2006-2010 ya que nos pide "fortalecer la pre-

sencia de la Iglesia en la Universidad y su entorno cultural” inspirada en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa* de Juan Pablo II.

4.7. LAICOS Y VOCACIONES

La promoción y aliento de las vocaciones no debe faltar en los programas pastorales, considerando la pastoral vocacional como una verdadera acción misionera, en el sentido de saber salir de nuestras muchas indiferencias y recelos sobre la eficacia final, y buscar a quienes han de ser servidores y ministros del Evangelio.

Ninguno puede sentirse ajeno a una responsabilidad que nos compete a todos ¿Cómo puede una parroquia, una comunidad cristiana, pedir el ministerio de un sacerdote sin haberse interesado por la promoción de vocaciones? La vocación es un regalo de Dios. A él hay que pedirle las vocaciones sacerdotales y religiosas que necesitamos para servir a la Iglesia de Jesucristo.

Pero no se trata sólo de vocaciones sacerdotales y religiosas, sino vocaciones de dirigentes, de militantes, de laicos comprometidos.

La comunidad busca sus servidores

El interés por las vocaciones es una de las más claras señales del amor a la Iglesia. Un apóstol cristiano sin preocuparse en la promoción y envío de vocaciones, sería como algo parasitario que se aprovecha del trabajo que otros realizan, sin aportar, cuando menos, su oración y positivo interés por una necesidad tan grande en la Iglesia

como es la de las vocaciones sacerdotales y religiosas. Solamente después de trabajar todo lo posible en esa promoción vocacional, una comunidad cristiana podrá sentirse tranquila al recibir la ayuda de otras comunidades a las que Dios ha bendecido con nuevas vocaciones.

Los movimientos apostólicos, las nuevas comunidades eclesiales, las distintas asociaciones de fieles, son con frecuencia quienes más echan de menos la presencia del sacerdote. Tienen necesidad del sacerdote como guía y director espiritual, como alentador y consiliario. Si estos grupos de fieles tienen verdadero amor e interés por sus asociaciones, no pueden olvidar que en sus proyectos debe estar también la colaboración en todo lo que respecta a la promoción y formación de vocaciones.

Responsabilidad compartida

Si hablamos de vocación, parece como si el problema fuera únicamente el de la falta de nuevas vocaciones y el envejecimiento de las que tenemos, cuando aquí lo que tratamos de señalar es la implicación, en particular de los laicos, de promover vocaciones de servicio a la acción evangelizadora, tanto de clérigos y religiosos como, en este caso, de vocaciones laicales, de hombres y mujeres que asuman responsabilidades muy directas de dirección y militancia.

Habrá que aclarar, ciertamente, el puesto y la responsabilidad que corresponde al sacerdote, al diácono y al seglar. Pero siempre teniendo en cuenta que no se trata de competencias y poderes, sino de servicio y ofrecimiento.

Buscar, discernir, alentar y fomentar vocaciones laicales que lleguen animen y cuiden de esos grupos, sectores y ambientes de los que hemos hablado. Serán esos mismos grupos los que han de sensibilizarse con el tema y la promoción de las vocaciones que necesitan.

4.8. OTRAS PASTORALES, OTRAS OPORTUNIDADES PARA CRISTO

Promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos es uno de los fines principales que se ha propuesto en el Concilio Vaticano II, puesto que única es la Iglesia fundada por Cristo Señor, aun cuando son muchas las comuniones cristianas que se presentan a los hombres como la herencia de Jesucristo (Unitatis reintegratio 1). Por ello es esencial seguir trabajado por la unidad, frecuentando el diálogo interreligioso y ecuménico.

Las Misiones y la Caridad

No podemos olvidar la evangelización más allá de nuestras fronteras, por ello, como la Iglesia particular debe representar lo mejor que pueda a la Iglesia universal, debe conocer muy bien que ha sido enviada también a aquellos que no creen en Cristo y para que llegue a todos el Evangelio. La dimensión universal de la acción evangelizadora y el espíritu misionero debe impregnar toda la vida comunidad cristiana (Ad gentes 20). Debemos, por tanto, seguir animando y promoviendo la información, la animación y la acción misionera.

Unificando el cuerpo, el mismo Espíritu por si y con su virtud y por la interna conexión de los miembros, produce

y urge la caridad entre los fieles. Por tanto, si un miembro tiene un sufrimiento, todos los miembros sufren con él; o si un miembro es honrado, gozan juntamente (LG 7). Cáritas es el instrumento pastoral que impulsa, coordina y lleva a cabo la acción caritativa y de solidaridad de toda la comunidad cristiana. Que todo el voluntariado socio-asistencial se vincule de alguna forma con la organización diocesana de Cáritas. Que todos colaboremos y promovamos las campañas de concienciación y sensibilización social. Caminamos quizás hacia nuevas estructuras y nuevas tareas, poco a poco el Espíritu nos mostrará que senderos tomar para acertar en una tarea tan importante y singular.

Pastoral litúrgica

Si la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia, y la Eucaristía su centro y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza, ella es, por tanto, agua que nos vivifica. Los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. La pastoral litúrgica orientada a la dignificación y santificación de los hombres en Cristo, realiza una importante labor no solo a través de sus procesos formativos, principalmente dirigidos a los laicos, sino que también debe animar la acción litúrgica en toda la diócesis, ayudar al discernimiento sobre la idoneidad de los candidatos para los ministerios laicales. Una tarea importante es ofrecer los elementos y los contenidos necesarios, a través de los medios de comunicación diocesanos, para que semanalmente se pueda vivir la liturgia. Animar la celebración del domingo cristiano, proponiendo líneas comunes para

las homilias, ofreciendo los materiales adecuados para los tiempos litúrgicos, es una tarea esencial para la pastoral litúrgica.

La pastoral litúrgica en nuestra diócesis es la responsable de los Ejercicio Espirituales sería muy oportuno que se prepararán tandas, tanto para sacerdotes y religiosos, como para los laicos. Esto supondrá crecer en la coordinación, realizar cronogramas y programar contenidos y designar personas responsables. Será necesario, por tanto, iniciar un trabajo que nos ayude a impulsar toda una línea de acción en este ámbito. La ayuda, la coordinación y la participación, con libertad, de los movimientos eclesiales será muy importante, no es cuestión de unificar y controlar, es cuestión de poner en común, personas, medios, edificios, líneas informativas, y todo lo que sea necesario para que todo aquel que quiera, en su parroquia, en su colegio, en su centros apostólico o social, pueda elegir diversas posibilidades para pasar unos días a solas con el Señor o encontrarse con Él por primera vez. Tradicionalmente el primer anuncio a nivel diocesano ha sido tarea de los Cursillos de Cristiandad, es necesario, que se analice que medios humanos y materiales, que estrategias de difusión, que líneas de colaboración interdiocesana habría que activar para este ofrecimiento fuera recibido y muchos se aprovecharán de esta llamada del Señor que hoy también nos convoca.

Para finalizar este capítulo indicar que el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010 indica que uno de los ámbitos de la acción misionera en la Iglesia "prestar atención a la incidencia evangelizadora que pueden tener hoy en España la celebración de determinados ritos y sacramentos (exequias, bautizos y bodas), celebraciones que cuentan con la presencia de personas

que sólo se acercan a la Iglesia en estas ocasiones. La preparación cuidadosa de estos actos, en particular de la homilía, la selección adecuada de lecturas y cantos, así como la caridad en el trato, son valiosísimos medios de evangelización”, no hace falta comentarlo, pongámonos como un objetivo posible y eso nos bastará y dará sus frutos.

V

LAICOS FORMADOS COMO IGLESIA Y PARA LA VIDA PÚBLICA

Nuestro Plan Pastoral Diocesano concreta su tercera línea de acción en torno a “optar decididamente por la formación del laicado en nuestras parroquias, movimientos y asociaciones”. Nos toca pues iluminar el camino a seguir en el futuro en esta realidad esencial, que es la formación, que la Iglesia tiene la necesidad y el compromiso de impulsar en cada momento.

El Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, estima como un don recibido durante los últimos años, “el avance en la formación teológica de los laicos”. Al hablar de la transmisión de la fe subraya “la tarea educadora de la Iglesia que comprende la catequesis de iniciación cristiana, la enseñanza religiosa y teológica, así como la integración del mensaje cristiano en la nueva cultura de la comunicación” siguiendo las líneas trazadas por Juan Pablo II en *Redemptoris missio*. La publicación, presentación y difusión del Itinerario de Formación Cristiana para Adultos, como un peculiar instrumento de formación para el apostolado seglar, es una de las acciones pastorales del este Plan Pastoral de la

Conferencia Episcopal Española que recientemente ha iniciado su camino, con el fin de que todos vivamos de la Eucaristía.

5.1. LA FORMACIÓN DEL LAICO

La diversidad de carismas y la pluriformidad es riqueza para la Iglesia, nunca las diversas perspectivas y diferencias han de llevarnos hacia una acomodación en la masa, a una deserción a la unidad, por eso hay que favorecer siempre una comunicación fluida y ordinaria entre todos los espacios eclesiales que hoy existen o los que pudieran existir en el futuro. Con ello, se lograría frenar una deserción silenciosa y callada que no debemos ignorar, remontando planteamientos particulares y bebiendo de la boca de la fuente que Dios tiene abierta y que se nos da en su Hijo, nuestro Hermano, en el amor insondable de su Espíritu Santo.

Las competencias profesionales de los laicos puestas al servicio de la Iglesia son una riqueza única, ya que desde su fe pueden abrir nuevos caminos para acercarnos sin miedo a las nuevas fronteras que la historia nos depara. Se ha de buscar el debate siempre desde el testimonio renovado. Nuestra generación se refugia en la inhibición a expensas de los logros del futuro, muchas veces cegada por la gran cantidad de medios a su alcance y sobradamente confiada, ensimismada en ella si misma y en una inconsciencia que puede tener consecuencias impredecibles.

Por ello, el CLIM nos dice, "es preciso sensibilizar a los cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, sobre la importancia de la formación para reconocer más plenamente y

asumir más conscientemente sus responsabilidades como laicos militantes en la vida y misión de la Iglesia; sobre la urgencia especialmente grave en nuestro tiempo, de superar la ruptura entre la fe y vida, entre Evangelio y cultura, y, en fin, sobre la necesidad de animar a todos a emprender, si no lo están haciendo ya, un proceso de formación integral, espiritual, doctrinal y apostólica, a fin de ser y vivir lo que confiesan y celebran, y anunciar lo que viven y esperan”(72).

Muchas son las ocasiones en las que la necesidad de formación integral sale a colación. Se subraya en el magisterio, se constata en nuestras estructuras pero avanzamos poco y con dificultades. Nos detendremos a continuación en reflexionar sobre estas cuestiones.

La formación elemento esencial en la vida de la Iglesia

No es esta una cuestión baladí ya que la formación es una exigencia para la maduración humana, cuanto más religiosa. Por todo ello, es necesario promover la formación del laicado, para que desde su fe cristiana sea capaz de ejercer sus responsabilidades en la vida pública, en la familia y en la vida eclesial.

Será por tanto, adecuado establecer procesos de formación integral del laicado a fin de que, a partir de la experiencia y la acción, se capacite para ejercer sus responsabilidades en la Iglesia y en la sociedad. Por esto, los destinatarios de la formación serán aquellos laicos y laicas necesitados de una formación teológico-pastoral, para que les capacite, para el ejercicio de su misión apostólica, bien desde la libre iniciativa como bautizados o desde

un envío eclesial concreto, en nombre de la comunidad cristiana.

No estará esta formación teológica dirigida solamente a llenar un vacío de conocimiento. Lo que ha de pretender es una formación teológica abierta a otras dimensiones educativas, dirigida al discernimiento, a la maduración de una vocación laical de seguimiento de Jesús y al ejercicio de una misión apostólica en la sociedad y en la comunidad cristiana.

La formación de los laicos no se debe considerar solo una acción humana, ya que el principal formador es Dios. Esta servirá a la persona pero en el contexto de la comunidad. La formación no es un fin en sí misma, es un proceso, un camino hacia la plenitud del ser cristiano. Es este el marco en el que Magisterio plantea la formación en la Iglesia misterio, comunión y misión.

Nuestra formación deberá de tender a coadyuvar en el crecimiento personal y el formar cristianos para la mediación secular, políticos, personas de ayuden a comunicar lo que vivimos y a abrir el mundo de la cultura a la realidad de la fe, padres y madres creyentes conscientes de la tarea educativa, trabajadores y profesionales que quieren que el mundo de la empresa, del trabajo, de la economía esté al servicio de las personas. También para los catequistas y monitores, educadores, voluntariado de la caridad y la justicia, cooperantes y monitores, educadores, cooperantes al desarrollo, animadores de las celebraciones de la fe, ministerios laicales. Es una formación para la sabiduría, sostenida por el Espíritu.

Por eso, el Concilio Vaticano II subrayó con claridad que los laicos "tengan en sumo aprecio el dominio de la

propia profesión, el sentido familiar y cívico y todas aquellas virtudes que se refieren a las relaciones sociales, esto es; la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza del alma, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana”(AA 4).

Traemos a colación la enseñanza de Juan Pablo II al respecto expuesta magistralmente en *Catechesi tradendae* “la renovación en el Espíritu será auténtica y tendrá una verdadera fecundidad en la Iglesia no tanto en la medida que se susciten carismas extraordinarios, cuanto si conduce al mayor número posible de fieles, en su vida cotidiana, a un esfuerzo humilde, paciente y perseverante para conocer siempre mejor el misterio de Cristo y dar testimonio de él” (72).

Una necesidad y una oportunidad para la fe

La vida cristiana se inscribe en un contexto económico, cultural, político y social en el que subyacen las preguntas de la fe y en el que tiene sentido la resurrección de Cristo. Muchas y distintas son las realidades que nos circundan, el abismo de la desigualdad Norte/Sur, la innovación tecnológica, la globalización, la multiculturalidad, la indiferencia hacia lo religioso, el creciente papel de la mujer, el diálogo interreligioso, la lucha contra el cambio climático, el cuidado de la naturaleza..., son realidades que no pueden ser desconocidas en la reflexión teológica hoy quedando al margen de esta misma la reflexión.

Es necesaria por tanto, una formación teológica del cristiano en una cultura plural y secular. La teología aporta lenguaje a la fe, se ayuda así a poner nombre a la realidad, a la tradición cristiana, confiriendo a la fe capacidad

de aportación cultural originaria. Las personas que se acerquen a este proceso formativo conocerán en profundidad su fe para que pueda ser vivida en consecuencia. En muchos suscitará una inquietud y el deseo de plantearse personalmente lo que significa ser cristiano.

Si como nos dice la *Christifideles laici* "la formación se los fieles laicos se ha de colocar entre las prioridades de las Diócesis y se ha de incluir en los programas de acción pastoral de modo que todos los esfuerzos de la comunidad, sacerdotes, religiosos y laicos, concurren a este fin"(57). Nuestra la Iglesia local debe garantizar a todos los laicos un proceso de formación integral, tenemos que decir que no partimos de cero, toda una tradición nos avala, la Escuela de Teología para seglares, el Centros de Estudios Teológicos a nivel diocesano, y otras iniciativa sostenidas por instituciones religiosas o movimientos eclesiales, como el Centro de Estudios Catequéticos, y multitud de iniciativas en Hermandades, movimientos, colegios y parroquias.

Como indica nuestro Plan Pastoral, "el Centro de Estudios Teológicos (CET), ha sido de gran ayuda para nuestra Iglesia diocesana en su quehacer formativo de sacerdotes, religiosos y laicos. Junto al CET, la Escuela de Teología para Seglares, la Escuela de Monitores de Catequesis, el Instituto de Liturgia, el Instituto de Espiritualidad y el Instituto de Vida Consagrada. El servicio de estas instituciones a la vida y la acción pastoral de la Diócesis, es una grandísima aportación a la realización del Plan Pastoral, cuando lo que necesitamos es inyectar en nuestras comunidades grandes dosis de formación cristiana, especialmente a los agentes de pastoral y al laicado en general".

Aunque propiamente en sí estas instituciones formativas no forman parte de la Curia Diocesana, si deben verse interpeladas por la nueva configuración pastoral de la diócesis que se concreta en los nuevos Estatutos de la Curia Diocesana de Sevilla que entraron en vigor el pasado 1 de septiembre de 2005. Los nuevos tiempos que nos tocan por vivir y la propia acción pastoral de la diócesis nos ayudarán a resolver y a tomar decisiones avanzadas respecto a aquellas cuestiones de futuro relacionadas con la organización de la planta institucional y docente de la formación en nuestra diócesis.

Como ya hemos subrayado anteriormente, la escuela y la universidad católica deben ofrecer a todos y especialmente a los católicos, unos cauces formativos adecuados en relación con toda la pastoral de formación de la diócesis, sus instituciones y medios.

La vocación laical, una formación teológico-práctica

Sin comunidad eclesial no es posible esta formación. Ya que se exige un proceso de acompañamiento, promoción y discernimiento desde las comunidades cristianas y los responsables eclesiales. Esta formación no será solo el resultado de una conciencia y un esfuerzo personal, sino, más bien de una conciencia y de un empeño eclesial. Para ello será oportuno territorializar la formación, acercando a la realidad social y eclesial donde se vive y se desarrolla la comunidad eclesial de los destinatarios de la formación. Será también necesario, transformar la formación en una acción esencial de la comunidad, además de un instrumento para la dinamización pastoral y evangelizadora.

Se ha de hacer depender la gestión de la formación de los responsables pastorales territoriales, diseñándose, siguiéndose y evaluándose por los formadores y los responsables diocesanos. Será por tanto una acción transversal que necesitara de buena disposición por parte de todos para conseguir los objetivos que se propongan. En todo el proceso formativo, desde el principio al fin será necesaria la interrelación y la presencia de la comunidad cristiana.

No es cuestión de aprender una doctrina, sino de ponernos en contacto y en comunión con Cristo a través de un encuentro personal con Él, que nos llevará a vivir el Misterio de Dios, en su Santísima Trinidad. Buscaremos la comunión trinitaria, que nos conducirá hacia la concreción de la vida cristiana, en su doble realidad eclesial y social.

Por ello, nuestro marco formativo deberá ser un medio eficaz para profundizar en el encuentro con Cristo y con nuestros hermanos los hombres en la realidad temporal y social en la que estamos inmersos. Nuestro yo será el yo de Cristo que debe ayudarnos a crecer en una fe vivida en medio de nuestra realidad social.

Una metodología abierta ante las diversas realidades pastorales y sociales

La iniciación cristiana debe ser santo y seña de nuestra tarea, una formación integral debe abarcar tres ámbitos esenciales, ahondando en la identidad cristiana común a todo bautizado, la apuesta por un equilibrio entre la vida cristiana y el compromiso con la sociedad, y todo ello, para transformarnos en testigos del Dios vivo, por

medio de nuestra palabra y de nuestra vida en medio de una sociedad que lo busca sin saberlo.

Como base metodológica de todo el proceso se ha de tender a buscar la verdad y el diálogo con el mundo, se ha de procurar florecer experiencias profundas que ayuden a comunicar lo vivido a los demás. La justicia será nuestra meta, la paz nuestra bandera, el bien común el objetivo a lograr entre todos.

El itinerario de formación cristiana para adultos, recientemente presentado bajo el impulso de la Acción Católica Española, nos dice que la fe y la identidad cristiana dependen de seis verbos: conocer, celebrar, vivir, orar, compartir y anunciar. Del crecimiento de estas seis dimensiones de nuestra fe dependerá una vida cristiana integral y equilibrada. Si completamos los verbos indicados encontraremos que es necesario conocer el contenido de la fe cristiana, para celebrarla en la liturgia cuyo centro es la Eucaristía, viviendo la fe en plenitud en todos los ámbitos y momentos de la vida. Para todo ello, es necesario orar personalmente con asiduidad, compartiendo la fe con la comunidad, para anunciar valientemente la fe en medio del mundo.

Nuestro Plan Pastoral nos propone que la formación de los laicos se realice con un método no especulativo sino experimental que posibilite el partir de la vida. La Palabra de Dios, la doctrina cristiana y el magisterio, la dimensión espiritual y el compromiso cristiano ante la sociedad deberán de ser las columnas sobre las que se ha de sostener toda estructura formativa básica e integral. La revisión de vida puede aportar también unas claves necesarias para concretar y reforzar esta formación.

Buscaremos métodos avalados y contrastados, utilizaremos las nuevas tecnologías que nos ofrece la sociedad de la información, trabaremos relaciones, construiremos experiencias, lanzaremos mensajes atractivos y creíbles, abriremos nuestras estructuras, exigiremos competencia y esfuerzo, celebraremos con alegría un nuevo camino para anunciar a Cristo.

Sin duda, para la gran mayoría la metodología del proceso formativo tiene que ser abierta, así igual que la vida se va construyendo con el tiempo y la sucesión de los acontecimientos, no tendremos que esperar a estar completamente formados para ser responsables. Una vez iniciado el camino el Señor nos dará la luz para que en cada momento podamos seguir trabajando por la construcción de su Reino, sin la necesidad de esperar a la conclusión del proceso formativo, que por otra parte no termina nunca.

Una formación permanente e integral

A la formación permanente se ha de acceder desde todos los niveles formativos. Como nos recuerda el CLIM "La formación implica un dinamismo, una actividad, una metodología y una preocupación que abarcan toda la vida y que estimulan la autoformación basada en la responsabilidad personal".

Nuestro Plan Pastoral Diocesano establece como una de sus acciones clave de su tercera línea de acción, "el promover en la Diócesis un programa o marco de formación integral del laicado, contando con los recursos ya elaborados por la Conferencia Episcopal Española, que ayude a construir la vida personal y social en coherencia

con la fe. Este marco o programa de formación, estará orientado al catecumenado adulto”

Con todo ello, promoveremos un laicado maduro, misionero y responsable con el objetivo de que esta formación permanente e integral no tenga otro fin que la promoción de comunidades eclesiales responsables, que ofrecen lo que tienen, sin imponer nada. Debemos reflexionar y tomar decisiones, debemos simplificar e impulsar iniciativas complejas que nos ayuden, debemos evitar la multiplicación de esfuerzos y construir una comunidad responsables, realista, creativa y flexible, que ofrezca su realidad al mundo, para que el mundo crea.

Seguimiento y acompañamiento

El CLIM nos recuerda que “los candidatos al sacerdocio, los sacerdotes y religiosos... han de formarse específicamente para reconocer y promover los carismas y responsabilidades de los laicos e impulsar la acción misionera en la comunidad y la presencia de los laicos en la vida pública. Es por ello, necesario que conozcan la realidad del apostolado seglar, actualicen su formación sobre la teología y espiritualidad del laicado y se capaciten para acompañar a los laicos con el estilo de fraternidad y colaboración que les permita respetar y promover el protagonismo y libertad que le corresponden por derechos”(CLIM 87). Así también, recoge la necesidad de que los laicos participen en la formación de los seminaristas y de los sacerdotes (Ib. 88).

Como un reto, nos plantea nuestro Plan Pastoral el acompañamiento pastoral de los laicos. La dedicación de algunos sacerdotes y seglares, y los religiosos que tengan

esa inquietud, a esta tarea específica, contribuirá a poner en común experiencias y preocupaciones, es oportuno que consiliarios y directores espirituales de instituciones y comunidades, así como los párrocos y vicarios parroquiales en sus zonas pastorales, se interpielen y busquen cauces de coordinación y de colaboración abiertos.

Así, el acompañamiento motiva, ayuda a abrir y descubrir nuevos horizontes, ilumina, ofrece conocimiento de la situación real, promueve un discernimiento abierto y sincero, tiene que ayudar que los que acompaña sean los protagonistas de su propio proceso formativo.

El acompañante siempre recuerda que es el Espíritu el hacedor de la conciencia, el constructor del yo personal. Nunca se debe olvidar la presencia del Vivificador. Nuestra autosuficiencia y coraje y tesón no lo sule. Él es quien sopla y mueve nuestro corazón endurecido por la vida y nos saca de nuestra autocomplacencia espiritual, y nos da su mano que nos alza de nuestro desaliento y nos transforma en personas nuevas. Nuestra docilidad será por tanto esencial para que el Paráclito nos sane y nos llene de sus dones. En suma, el acompañamiento espiritual en un proceso formativo debe ayudar a que los laicos aprendan a evolucionar no solo como creyentes, sino también, como personas, como hombres nuevos.

Cuiden los padres y madres de familia, los hermanos, los abuelos, orientar y acompañar el proceso de iniciación cristiana y la consolidación de la fe de los más jóvenes, ya que la familia es un lugar esencial para la formación del hombre, de todo cristiano por tanto.

Especialmente los esposos, consideren con el ejemplo y la palabra, ayudar a sus hijos para que puedan acercarse

a Jesús. Sin duda, el futuro de muchas familias dependerá de una consciente tarea formativa que acerque al niño a Cristo de una forma sencilla y cálida y lo introduzca en un proceso integral de formación que lo acompañe para toda su vida.

5.2. LOS LAICOS EN EL MUNDO

La Iglesia no puede ser ajena al hacer de los hombres en su esfuerzo por construir la ciudad secular. Los principios de subsidiariedad y de corresponsabilidad también nos afectan, sobre todo cuando se trata de apoyar a los más débiles. Aunque la Iglesia no tiene modelos políticos que proponer, tampoco puede cerrar los ojos ante los peligros totalitarios o fundamentalistas. “Los modelos reales y verdaderamente eficaces pueden nacer solamente de las diversas situaciones históricas, gracias al esfuerzo de todos los responsables que afronten los problemas concretos en todos sus aspectos sociales, económicos, políticos y culturales que se relacionan entre sí. Para este objetivo la Iglesia ofrece, como orientación ideal e indispensable, la propia doctrina social (CA 43).

“Un campo particular de compromiso de los fieles laicos debe ser la promoción de una cultura social y política inspirada en el Evangelio. (...) El compromiso social y político de los católicos, en efecto, nunca se ha limitado a la mera transformación de las estructuras, porque está impulsado en su base por una cultura que acoge y da razón de las instancias que derivan de la fe y de la moral, colocándolas como fundamento y objetivo de proyectos concretos. Cuando esta conciencia falta, los mismos católicos se condenan a la dispersión cultural, empobreciendo y limitando sus propuestas. Presentar en términos culturales

actualizados el patrimonio de la Tradición católica, sus valores, sus contenidos, toda la herencia espiritual, intelectual y moral del catolicismo, es también hoy la urgencia prioritaria. La fe en Jesucristo, que se definió a sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14,6), impulsa a los cristianos a cimentarse con empeño siempre renovado en la construcción de una cultura social y política inspirada” (Compendio..., 555).

Como nos dijo Juan Pablo II: “Para animar cristianamente el orden temporal -en el sentido señalado de servir a la persona y a la sociedad- los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la política; es decir, de la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (ChL 42).

Para todo ello, se hace imprescindible la presencia pública de los cristianos. Nadie quiere estar aislado en su entorno social, así la espiral del silencio se explica porque hay puntos de vista minoritarios, que acaban por dominar la escena pública y porque otros puntos de vista llegan a desaparecer por enmudecimiento de sus partidarios. Así, la reacción mayoritaria de los creyentes es el pacto de la separación de esferas. A todo esto se provoca una excepción, el compromiso contra la exclusión social, la reivindicación de la solidaridad y la justicia social, la defensa de las minorías étnicas, la postulación del desarrollo sostenible, las perspectivas de género, la acción por el desarme y los derechos humanos y el multiculturalismo. Por tanto, la identidad cristiana suele ser aceptada en la sociedad en tanto ética, pero excluida como religión, teología y espiritualidad.

Si convenimos que en muchas circunstancias el orden de las cosas se ha alterado habrá en cada instante que intentar plantear una estabilidad perdida. Por ello, habría que sentar las bases que hagan posible una relación mejor entre la realidad del hombre y la de Dios.

Hay que contemplar unas realidades que, en muchos casos, son contradictorias y polémicas, a la vez que complejas que la Iglesia suele mantener con su tiempo, con el mundo, entendiendo por mundo "la entera familia humana con el conjunto universal de las realidades que ésta vive" (Gaudium et spes 2,2).

Así, nuestro mundo es distinto en cada momento, por esto, ha de ser contemplado como una realidad cambiante sujeta al devenir de la historia, siempre deseosa de reconocimiento y contemplación. Por ello, nuestra Iglesia debe acercarse a ese mundo que es donde habría que actuar y dar testimonio, pero sin recuerdos, ni nostalgias del pasado. Siempre mirando al futuro con optimismo y alegría.

Es en nuestro mundo donde la Iglesia se tiene que hacer presente, actuar, dialogar, ser interpelada, siempre desde el testimonio sencillo y desapercibido, desde la vida y la palabra. El Concilio Vaticano II contempló una Iglesia que renueva su relación con el mundo.

Lo secular realidad y esperanza

La separación de la esfera política y religiosa, conlleva el desplazamiento de la religión fuera del espacio público. La Iglesia reconoce plenamente "la autonomía de las realidades temporales"(GS). No obstante el Concilio Vaticano

El no interpreta estos conceptos como independencia o separación. Ya que la fe no se aparta del compromiso histórico, no desprecia la realidad del mundo, sino que ayuda a una construcción más justa de todo lo creado.

Así, el Concilio acepta el término de "secularización", sin dar por definitivo el mismo, pidiendo que la Iglesia pueda ejercer sus actividades con respeto al Estado con total libertad (*Dignitatis humanae* 2). Por ello podríamos decir, que la secularización ha encontrado en el cristianismo sus bases culturales y espirituales.

La secularización es una realidad, una situación compleja, de la sociedad actual con respecto a la religión. Como concepto de separación entre Iglesia y Estado no provoca el conflicto sino un principio activo de colaboración. El secularismo es un proceso, sin embargo, que está dirigido al desplazamiento de la religión, llegando incluso a negar su posible existencia como realidad social. No es adecuado, por tanto, confundir los términos secularismo y secularización.

No obstante hablar de lo "secular" no deja de ser un concepto de orden religioso, por ello, hablar de secularización en muchos casos supone una hegemonía perdida de lo religioso sobre la realidad social.

Podría ser más adecuado referirnos a la situación actual como una realidad social en sí misma que desarrolla un proceso que no debe estar orientado a marginar a nadie, y por tanto que camina emancipado hacia adelante, buscando un futuro mejor para todos. En muchos casos, toda obligación que incorpore alguna cultura del esfuerzo, de trascender a uno mismo y vincularse fuertemente a una comunidad, a unas responsabilidades o a un

compromiso. El capital social es básico y se construye en base a la confianza, la participación, la responsabilidad, la comprensión mutua, y los comportamientos y valores compartidos que unen a los miembros de las comunidades y redes humanas y hacen que la acción cooperativa sea posible.

La Conferencia Episcopal Española, en su Plan Pastoral 2002-2005, nos situaba en otro escenario, el de la secularización interna de los creyentes y de los pastores: "La cuestión principal a la que la Iglesia ha de hacer frente hoy en España no se encuentran tanto en la sociedad o en la cultura ambiental cuanto en el propio interior; es un problema de casa y no sólo de fuera". Por tanto, habría que ver con preocupación la insuficiente incidencia de la fe en la existencia cotidiana de los cristianos, pastores y vida consagrada incluidos.

Subrayando esta idea el reciente Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2006-2010, indicando que una de sus preocupaciones, "el problema de fondo que una pastoral de futuro tiene que prestar la máxima atención, es la secularización interna", lo plantea como una cuestión principal para nosotros.

Tenemos que trabajar para que la memoria cristiana permanezca en nuestra sociedad, para transmitir la fe, para ayudar a aquellos más jóvenes que consolidan su fe, pero todo ello sin el papel esencial de madres y padres será una tarea de colosos. Por esto, nuestros colegios, los colegios de iniciativa social con proyecto educativo católico, deben de ser esencialmente centros de irradiación apostólica y evangelizadora. Y nuestras parroquias tendrán que, solas o en compañía de todo el entramado religioso de su entorno, constituirse como un motor de

la evangelización. Para realizar esta misión hace falta auspiciar una mayor participación de los laicos, a través de redes asociativas innovadoras en sus métodos y en sus fines. Que promueva una mayor relación transversal y centrada en la Iglesia local, cada uno con su carisma, pero todos con una sola misión.

Pero tenemos esperanza, la fuerza de Dios se realiza en nuestra debilidad (2 Co 12, 9-10). A pesar de que nos encontramos en una crisis de la tradición, de las instituciones y un individualismo que nos agobia, la tendencia nihilista de nuestra cultura, el ansia por el consumismo. Además muchas veces la comunidad cristiana no tiene experiencia de fe, desdibujando los contenidos esenciales, valoramos más la ética que la vida de fe, tendemos a la fragmentación y en muchos casos con reacciones inadecuadas ante el impacto cultural, estando expectantes respecto del porvenir.

Algunos plantean que la secularización conlleva inevitablemente una disminución de la fe, y por tanto, a una creciente expansión de la falta de esta, y por ello, una falta de influencia social, que hoy no buscamos. En muchos casos, nos encontramos que al querer asegurar la trascendencia a costa de todo, se malinterpreta la historia y, en muchas ocasiones la realidad.

Por ello muchos, cuando subrayan la realidad de la secularización, vuelven la vista al pasado, donde la sociedad recibía de la Iglesia su impronta, tanto en la vida individual como social. Cuando se habla en un incremento de la secularización, se puede alimentar la nostalgia de una sociedad que ya no existe.

Fe vivida en medio del mundo

Muchos se preguntan: ¿no está abocada la Iglesia a una lenta desaparición, a la erosión de sus símbolos y de los dogmas que la caracterizaron, en suma, a la pérdida de la influencia social?

Cabría preguntarse en este punto: ¿cuál es el verdadero desafío? Y afirmaríamos que la indiferencia. No importan las cuestiones religiosas, se dejan de lado como cuestiones sin interés, verdaderamente este es nuestro auténtico desafío como creyentes hoy.

Nuestro Plan Pastoral Diocesano también se hace algunas preguntas respecto a ciertas ideas que flotan en el ambiente, rozando casi la sensación de frustración. ¿No será que estamos anclados en una acción pastoral de tareas sin orientación común? ¿Buscamos lo fundamental o nos perdemos en detalles? ¿Repetimos siempre lo mismo, sin dejar lugar a la creatividad? ¿Tratamos de centrar nuestra acción en la comunidad o trabajamos en tono a ocasiones o grupos? Nuestra acción, ¿está abierta a los demás y a sus problemas o está excesivamente encerrada en nuestros templos? Una pregunta flota por encima de todas: ¿hacia dónde vamos?

Para los fatalistas recordarles las palabras del Beato Juan XXIII en la apertura del Concilio Vaticano II, que subrayaba que los "profetas de las calamidades" que "inflamados del celo religioso, carecen de rectitud de juicio y de ponderación en su modo de ver las cosas. En esta situación actual de la sociedad sólo ven ruinas y desastres; suelen decir que nuestra época ha empeorado profundamente en comparación con los siglos pasados, y se comporta como si la historia, que es maestra de nuestra

vida, no tuviera nada que enseñarles y como si en los tiempos de los conflictos pasados todo lo concerniente a la doctrina cristiana, las costumbres y la justa libertad de la Iglesia fuese perfecto”.

En muchos casos la vida de fe se hace presente en comunidades precarias, pero que viven de la utopía y su vida cobra sentido, estas realidades no pueden ser tomadas como referencia de una Iglesia abierta al futuro, ya que el Evangelio nos lanza al mundo donde se deberá tener una presencia real y no utópica. Mucho más en una sociedad cambiante sujeta a nuevos signos, con escaso valor permanente y en continuo movimiento.

Los que creemos tenemos hoy que jugar una baza importante, no tanto de denuncia cuanto de promover, estimular, alentar el avance de nuestra sociedad. Por todo ello, la Iglesia debe conocer su papel y hacerlo comprensivo, viendo como una oportunidad apreciada el contribuir y participar en el diálogo que la sociedad actual tiene abierto en su seno. Una sociedad que tiene problemas de gestión, de distribución de bienes y servicios, de transmisión de saberes y competencias, de violencias externas e internas, de resolución de problemas éticos generados por nuevas técnicas y en la evolución de las costumbres.

La sociedad en estas situaciones de elección posibilitan a la Iglesia nuevas tareas, la cual debe entrar en el debate social, aportando su tradición moral, su sabiduría secular y su concepción de hombre. Así la Iglesia se ha de comprometer con todos para descubrir lo que realmente esta en juego y los riesgos que entrañan las situaciones propuestas.

Con ello la Iglesia, al hablar desde su doctrina y sin pretender dictar la única solución social posible, participa en el juego del pluralismo; incitando a otras concepciones ideológicas y filosóficas a intervenir en el debate y a pronunciarse en lo que para estas tiene sentido.

La Iglesia por tanto, tiene que aceptar convertirse en interlocutora y parte del diálogo, dejando de reivindicar una posición de dominio social. Se ha de proponer un mensaje moral y antropológico como fuente de sentido para aquel que quiera tomárselo en serio. Se suscita así un interés moral, iniciándose un proceso social de búsqueda del bien y de lo justo.

Una presencia viva en la sociedad

Hemos avanzado en la catequesis, en la liturgia, en la formación y la asunción de responsabilidades de los laicos, se han transformados los seminarios, etc..., pero la presencia institucional de la Iglesia parece decrecer. Por ello, hoy como siempre, es importante la participación de los laicos en los distintos ámbitos de la sociedad civil, animando y renovando el tejido social.

¿Que actitud pastoral, debe adoptarse ante un individualismo creciente "una religión a la carta" que contribuye a una fragmentación de esta presencia institucional, pero que puede presentar nuevas y originales modalidades de relación con el catolicismo? Hay que habituarse a reconocer las modalidades diversas de pertenencia religiosa.

Surgen así movimientos de afirmación de la identidad cristiana, muchos recuperan en estas comunidades

el gusto por vivir, de orar, de participar en la vida de la Iglesia. La figura del militante suele ser la de un antiguo indiferente que en un momento determinado de su vida toma en serio su fe. El creyente medio se ve interpelado por el militante que lo acusa de vegetar, de una práctica rutinaria, frente a las urgencias y la llamada de Dios, en este punto hay que medir muy bien las actitudes para no caer en el sectarismo.

Se mantiene, también, el rico debate sobre cristianos de presencia o cristianos de mediación, ambos modelos son importantes, que cada uno escoja el que más encaja con su realidad personal. La sociedad necesita del fermento cristiano, al mismo tiempo que se hace imprescindible una presencia organizada y definida. El Concilio Vaticano II nos muestra de nuevo el camino " muchas veces sucederá que la propia concepción cristiana de la vida, les inclinará en ciertos casos a elegir una determinada solución. Pero podrá suceder, como ocurre frecuentemente y con todo derecho, que otros fieles, guiados por una no menor sinceridad, juzguen del mismo asunto de distinta manera, En estos casos de soluciones divergentes, aun al margen de la intención de ambas partes, muchos tienden fácilmente a vincular su solución con el mensaje evangélico. Entiendan todos que en tales casos a nadie le está permitido reivindicar en exclusiva a favor de su parecer la autoridad de la Iglesia. Procuren siempre hacerse luz mutuamente con .Un diálogo sincero, guardando la mutua caridad y la solicitud primordial por el bien común" (GS 43).

Es necesario madurar, encontrar nuevos equilibrios. ¿Descubrirán estas nuevas comunidades nuevos modos de presencia cristiana en el mundo, o se identificarán con la figura complaciente de unos cristianos dichosos y contentos de estar juntos aunque desligados de su res-

ponsabilidades sociales? ¿Es necesario reafirmar una visibilidad pública porque la Iglesia ha perdido parte de su presencia social? ¿Es suficiente con exponer cifras de bautismos, comuniones, ordenaciones, colegios, obras asistenciales, matrimonios, etc...? ¿Es adecuado medir la vitalidad en cifras? ¿Reforzar la visibilidad pública no podría caer en ser en ocasiones una demostración más de una diversidad de curiosidades culturales o folclóricas?

No basta con estar ahí para tener sentido, los signos no hablan por su carácter manifiesto, sino por el sentido que sugieren. Solo una visibilidad que genere sentido coherente con el mensaje evangélico y con sus destinatarios será comprendida y dará fruto.

En medio de nuestra sociedad la Iglesia ha de saber vivir en comunidades fraternas vigorosas, que comprendan su fe, en la oración y en la celebración, y activas en los sectores sociales más variados. No puede haber una comunidad católica que no dé muestras, principalmente para sí misma, de ser una comunidad viva.

Liderazgo cultural e intelectual

Al sector que podemos llamar intelectual del catolicismo, universidades, institutos eclesiásticos, teólogos y pensadores cristianos, le corresponde un verdadero papel del liderazgo, no sólo en la formación de las personas, sino en la promoción y desarrollo de un verdadero e imprescindible diálogo entre la fe y la cultura. Superación de la confrontación entre lo ortodoxo y la praxis con el verdadero magisterio de una teología como ciencia de Dios y de cuanto al misterio y a la experiencia de Dios se refiere.

El estudio, la reflexión, el diálogo, pueden ser cruz y carga. Para poder llevarla con el Espíritu del Señor, hará falta tener en cuenta que: la Palabra de Dios es la única fuente de la verdadera sabiduría. Lo cual no quiere decir que despreciemos otras fuente para el conocimiento y la ciencia, pero que a cada cual le demos su valor. Ni fideísmo evasivo que desconfía de la ciencia, ni una ilustración orgullosa que anula en la ciencia el espacio para Dios. No es científico ni honesto -como decía Juan Pablo II- cerrar los espacios del pensamiento a los horizontes del misterio. Es necesario cultivar una ética del pensamiento...

En resumen, y siguiendo el Compendio de la doctrina social de la Iglesia: la cultura debe constituir un campo privilegiado de presencia y compromiso para la Iglesia y para cada uno de los cristianos. La dimensión ética de la cultura es una prioridad en la acción social y política de los fieles laicos. La cuestión de la verdad es esencial para la cultura. Los cristianos deben trabajar para dar su pleno valora la dimensión religiosa de la cultura (554-559).

Por ello, hay que dar un nuevo impulso a la vida intelectual de la Iglesia. Es necesario, por tanto, el ejercicio necesario de la razón en el acto de fe.

Existe una cultura católica y una formación teológica que se mira demasiado en si misma, demasiado preocupada por los problemas eclesiales, demasiado limitada por sus medios humanos, institucionales y financieros.

La labor intelectual de la Iglesia sigue siendo una cuestión capital. Ya que surgirán nuevos problemas, ante los cuales la inteligencia católica puede quedar desfasada si nadie ha adquirido los instrumentos intelectuales necesarios para afrontarlos. La vitalidad intelectual supone

más audacia que temor, más afán de progresar que de defender lo adquirido, más interés por la relación con el otro que por la complacencia en sí mismo.

No puede haber una comunidad eclesial que no de muestras, primeramente para ella de ser una comunidad viva. Es necesario hoy, como se ha indicado, dar un nuevo impulso a la vida intelectual en la Iglesia. Hay que vivir pero también es necesario dar razón de nuestra fe. No podemos caer en un vacío intelectual. Es vital para el futuro refundar y sacar de una tendencia marginal los institutos filosóficos y teológicos de la Iglesia. Salir de la autocomplacencia y de una estructura cultural encerrada sobre sí misma, demasiado preocupada por los problemas de la propia Iglesia y muy limitada en cuanto a sus medios financieros y humanos. Se hace así necesario potenciar cauces para la investigación intelectual allá donde sea posible, en todos los campos que se vean necesarios y a través de aquellos, que adecuadamente preparados, lo puedan realizar, ya sean en el ámbito civil, ya sean en el religioso, para que den los frutos que la Iglesia y el mundo necesitan.

La labor intelectual de la Iglesia es hoy una labor capital. Se debe trabajar en cambiar el ritmo del proceso actual de desconfianza profunda, sobre todo por que en pocos años surgirán nuevas realidades, nuevos problemas, ante los que el conocimiento católico debe estar en vanguardia impulsando los instrumentos intelectuales necesarios para comprenderlo y afrontarlos desde la fe. Los laicos en muchos casos están tomando el relevo y lo han de tomar más en el futuro, para ello es necesario potenciar una mayor audacia, valorando desde la realidad actual el momento en que vivimos y reforzar más el interés por avanzar que de mantener lo adquirido No

obstante no le falta razón a una de las preocupaciones que el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal 2006-2010 expone en relación a la “aparición de nuevas formas de disenso teológico y eclesial”, del que también se hace eco la reciente Instrucción Pastoral Teología y Secularización en España.

Criterios de participación

La participación de los creyentes en el debate democrático afronta hoy importantes retos. La Constitución *Gaudium et Spes* (43) reconoció a los católicos el auténtico valor de la diversidad de sus opciones políticas. En muchos casos se ha pasado de la pluriformidad a la disensión, existe poco interés en escuchar a los demás, hay poco diálogo. Sin embargo, se debe seguir buscando la comunión. Hay que huir de las tensiones de los conflictos.

Seguimos el CLIM: “Las comunidades cristianas sensibilizarán y ayudarán a todos sus miembros -especialmente a los laicos- a tomar conciencia de la dimensión socio-política de su fe, les animarán a participar en la vida pública, les facilitarán la adecuada formación y les acompañarán en sus responsabilidades y compromisos (CLIM 53).

Si la participación en la vida pública es una exigencia de la condición y misión laical, se debe cuidar:

- La promoción de la justicia, de la verdad, de la vida, del respeto a la dignidad y derechos de la persona, de la solidaridad, son elementos esenciales e indisolubles de la misión propia de la Iglesia, que es la evangelización.

- Una misma fe puede expresarse en diversos compromisos políticos, siempre que estén en coherencia con los criterios de actuación implicados en la fe, tal y como se explica en las enseñanzas sociales de la Iglesia.
- Por su índole secular, corresponde a los laicos propiamente, aunque no en exclusiva, el ejercicio de las profesiones y actividades seculares: y, en consecuencia, su presencia en la vida pública, coherente con la fe, es presencia de Iglesia.
- “A los cristianos laicos, técnicamente preparados y debidamente formados, corresponde crear y promover las instituciones y asociaciones que estimen más necesarias y aptas en los distintos ámbitos de la sociedad civil” (CLIM 62).

La Iglesia no se identifica con ningún poder político, ni con una cultura determinada, por ellos ha de poder vivir en la diversidad. La unidad de la Iglesia nace porque hay diversidad de culturas que se reconocen poseídas por el mismo Espíritu. Por ello, la Iglesia es una esperanza, capaz de ayudar al avance del mundo hacia una unidad que no sea nivelación, y hacia una aceptación de las diferencias que no confunda y que contribuya a construir una comunidad humana más responsable y libre.

En una sociedad en la que ninguna institución prevalece, la Iglesia debe aceptar el legítimar su palabra, sus hechos y sus realidades. Los cristianos están llamados a ser colaboradores del mundo para que este responda a su finalidad.

La caridad política

Hagamos ya el elogio de los hombres ilustres, nos dice la Escritura (Ecles 44, 1). Entre ellos han de estar los que fueron consejeros y guía del pueblo. Es decir los que se dedicaron, con serio compromiso de bien, a la actividad en la vida pública.

El Compendio de la doctrina social de la Iglesia expone lo que significa la presencia de los católico en la política, así como unos criterios orientadores:

- Es una expresión cualificada y exigente del empeño cristiano al servicio de los demás. "La búsqueda del bien común con espíritu de servicio; el desarrollo de la justicia con atención particular a las situaciones de pobreza y sufrimiento; el respeto de la autonomía de las realidades terrenas; el principio de subsidiaridad; la promoción del diálogo y de la paz" (565).
- Necesidad del componente moral en la vida social y política. "Una atención inadecuada a la dimensión moral conduce a la deshumanización de la vida asociada y de las instituciones sociales y políticas, consolidando las estructuras de pecado. Vivir y actuar políticamente en conformidad con la propia conciencia no es un acomodarse en posiciones extrañas al compromiso político o en una forma de confesionalidad, sino expresión de la aportación de los cristianos para que, a través de la política, se instaure un ordenamiento social más justo y coherente con la dignidad de la persona humana" (566).
- La preparación para el ejercicio del poder, que los creyentes deben asumir cuando sus conciudadanos

democráticamente se lo confía. “El ejercicio de la autoridad debe asumir el carácter de servicio, se ha de desarrollar siempre en el ámbito de la ley moral para lograr el bien común” (567).

–El testimonio cristiano como un deber fundamental, que puede llegar incluso al sacrificio de la vida en nombre de la caridad y de la dignidad humana (570).

Como dice Benedicto XVI: “En la realización de esta tarea, los políticos cristianos necesitan contar con la ayuda de la Iglesia. Aquí se trata, en particular, de la ayuda a tomar conciencia de su identidad cristiana y de los valores morales universales que se fundan en la naturaleza del hombre, a fin de que se comprometan, con una conciencia recta, a promoverlos en los ordenamientos civiles, con vistas a la edificación de una convivencia que respete al hombre en todas sus dimensiones” (A los Obispos polacos 17-11-05)

Con todo, nunca se ha de olvidar que es “de gran importancia, sobre todo en una sociedad pluralista, que se tenga un recto concepto de la relación entre comunidad política e Iglesia, y que se distinga claramente entre aquello que los fieles cristianos hacen, individual o colectivamente, en su nombre en cuanto ciudadanos, guiados por la conciencia cristiana, y lo que hacen en nombre de la Iglesia juntamente con sus pastores” (ib., 76). (A los Obispos polacos (17-11-05).

“Nosotros –decían los obispos españoles– queremos subrayar aquí la nobleza y dignidad moral del compromiso social y político y las grandes posibilidades que ofrece para crecer en la fe y en la caridad, en la esperanza y en la fortaleza, en el desprendimiento y en la generosidad;

cuando el compromiso social y político es vivido con verdadero espíritu cristiano se convierte en una dura escuela de perfección y en un exigente ejercicio de las virtudes. La dedicación a la vida política debe ser reconocida como una de las más altas posibilidades morales y profesionales del hombre” (Católicos en la vida pública, 63).

Por tanto, la búsqueda del bien común ha de estar en la raíz de la intención política, pero ello no se improvisa debemos esforzarnos por ayudar a aquellos que han de prestar ese servicio. Así debemos de reconocer y animar a cuantos de entre nosotros tengan cualidades para prestar este servicio a la sociedad.

Laicidad inteligente y laicismo

El progreso no puede convertirse en verdad oficial de una sociedad verdaderamente laica porque puede ser contrario al bien común. En un estado democrático y laico la Iglesia sabe muy bien que el mensaje cristiano refuerza e ilumina los principios básicos de toda convivencia, como son el don sagrado de la vida, la igualdad e inviolabilidad de los derechos de toda persona, el valor irrenunciable del matrimonio y la familia. Por todo ello, hace falta una verdadera educación en la fe, que no es tarea de una sociedad laica. Son las familias y las comunidades eclesiales los responsables principales de esa tarea, aunque también el ámbito de la educación obligatoria.

Debemos reconocer que nos cuesta comprender y aceptar una sociedad laica. Sin embargo, debemos plantear con audacia una presencia visible e incisiva en la sociedad. Si los cristianos somos una minoría, nuestro verda-

dero problema es el diluirnos en medio de la masa, sin presencia significativa en la sociedad.

Debemos de ser conscientes de que la Iglesia, como dijo el Concilio Vaticano II, no tiene respuestas para todas las preguntas que acucian a la humanidad. Por ello, debemos formular nuestras creencias y nuestras convicciones éticas en un lenguaje más comprensible.

Una democracia sólo puede aspirar a una ética de mínimos, cuando el Evangelio propone una ética de máximos. Se da sentido a la democracia, cuando el triunfo de la mayoría necesita de la necesaria integración de las minorías. Así, diálogo y laicidad son inseparables.

Por todo ello, nos toca apostar por la imaginación y la creatividad en nuestra Iglesia. Sin duda, será necesario fortalecer el sentido de pertenencia eclesial, premisa indispensable para todo el proceso de "aggiornamento" esperado.

Junto a la laicidad hay un contra valor llamado laicismo. El carácter laico de una sociedad no implica el proselitismo de ideas no creyentes. El carácter público de una fe religiosa no significa en absoluto la pretensión de una sociedad confesional. Debemos prepararnos para convivir y proponer nuestra fe.

Por todo ello, la Iglesia considera que, en sociedades modernas y democráticas, puede y debe haber plena libertad religiosa. Así, en un Estado laico son los ciudadanos quienes, en el ejercicio de su libertad, dan un determinado sentido religioso a la vida social. Sin duda, un Estado moderno ha de servir y proteger la libertad de los ciudadanos, y también la práctica religiosa que

ellos elijan, sin ningún tipo de restricción o coacción. No se trata de un derecho de la Iglesia, como institución, se trata de un derecho humano de cada persona, de cada pueblo y de cada nación.

Por tanto, la clave de la comprensión del debate está en separar laicidad y laicismo. No podemos consentir que la vida religiosa se reduzca a la esfera de la vida privada de los ciudadanos.

Según palabras de Benedicto XVI, es legítima una sana laicidad del Estado en virtud de la cual las realidades temporales se rigen según sus propias normas, sin excluir sin embargo esas referencias éticas que encuentran su último fundamento en la religión. La autonomía de la esfera temporal no excluye una íntima armonía con las exigencias superiores y complejas que se derivan de una visión integral del hombre y de su eterno destino. Así se lo manifestó el Papa al Presidente de Italia (24-6-05). Y, posteriormente, en un mensaje al encuentro sobre "libertad y laicidad" dijo que "parece legítima y provechosa una sana laicidad del Estado... Una laicidad positiva que garantice a cada ciudadano el derecho de vivir su propia fe religiosa con auténtica libertad, incluso en el ámbito público... "Que la laicidad no se interprete como hostilidad contra la religión, sino por el contrario, como un compromiso para garantizar a todos, individuos y grupos, en el respeto de las exigencias del bien común, la posibilidad de vivir y manifestar las propias convicciones religiosas" (11-10-05).

El principio de laicidad exige al Estado que asegure el libre ejercicio las actividades religiosas, culturales y caritativas de las comunidades de creyentes. "Por desgracia todavía permanecen, también en las sociedades

democráticas, expresiones de un laicismo intolerante, que obstaculizan todo tipo de relevancia política y cultural de la fe, buscando descalificar el compromiso social y político de los cristianos sólo porque estos se reconocen en las verdades que la Iglesia enseña y obedecen al deber moral de ser coherentes con la propia conciencia" (Congregación para la doctrina de la fe: El compromiso de los católicos en la vida pública, 24-11-02).

Una cuestión de conciencia

Ni la sociedad ni el Estado pueden obligar a una persona a actuar contra su conciencia, ni impedirle actuar conforme a ella. Pero, las leyes injustas colocan a la persona moralmente recta ante dramáticos problemas de conciencia: cuando sean llamados a colaborar en acciones moralmente ilícitas, tienen la obligación de negarse. Además de ser un deber moral, este rechazo también un derecho humano elemental que, precisamente por ser tal, la misma ley civil debe reconocer y proteger: "quien recurre a la objeción de conciencia debe estar a salvo no sólo de sanciones penales, sino también de cualquier daño en el plano legal, disciplinar, económico y profesional" (Evangelium vitae, 73, 74).

La fe comporta una responsabilidad, unos compromisos, una lealtad, una coherencia. No se pueden hacer equívocas distinciones entre lo público y lo privado, lo religioso y lo profano, las ideas y el comportamiento. Responsabilidad individual y privada es la opción de pertenencia a una religión, a profesar unas creencias. Pero no puede reducirse al ámbito de lo privado la vida en coherencia con la fe que se profesa, pues la conducta, el comportamiento, tiene que ser consecuencia visible de

unos convencimientos personales. La conciencia se siente incómoda ante esas banderas desplegadas clamando por la tolerancia y cayendo, en el mejor de los casos, en una decidida opción de indiferencia ante valores fundamentales para la dignidad humana, como pueden ser la fe, la lealtad, el sentido ético de las acciones, la coherencia del comportamiento con las convicciones religiosas.

Como ha dicho Benedicto XVI, “los mártires de la Iglesia primitiva murieron por su fe en el Dios que se había revelado en Jesucristo, y precisamente así murieron también por la libertad de conciencia y por la libertad de profesar la propia fe, una profesión que ningún Estado puede imponer, sino que sólo puede hacerse propia con la gracia de Dios, en libertad de conciencia (A la Curia Romana 22-12-05).

Al finalizar este capítulo, habrá que recordar lo que dice el Catecismo de la Iglesia católica: “Los fieles han de aprender a distinguir cuidadosamente entre los derechos y deberes que tienen como miembros de la Iglesia y los que les corresponden como miembros de la sociedad humana. Deben esforzarse en integrarlos en buena armonía, recordando que en cualquier cuestión temporal han de guiarse por la conciencia cristiana. En efecto, ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios” (912).

* * * * *

El apóstol seglar vive en actitud permanente de fidelidad al mensaje de Jesucristo. No se trata de imponer nada, sino de ofrecer lo que se tiene. Vive como discípulo de Cristo, da testimonio de fe con obras y palabras, anuncia el Evangelio e invita a seguir a Jesucristo, asume como

propio el fin apostólico de la Iglesia. Misión propia del apóstol seglar es la de saber descubrir, con la iluminación del Evangelio, todo el valor que Dios ha puesto en el hombre y en todas las realidades humanas.

El perfil del apóstol respondería a los rasgos siguientes: incuestionable coherencia y unidad entre la confesión práctica y personal de la fe y el testimonio público, el anuncio del mensaje de Jesucristo y el compromiso en la edificación del Reino de Dios en el mundo. Abierta y positiva disponibilidad para la participación en el ministerio apostólico y pastoral de la Iglesia. Perfecta comunión con el magisterio del Papa y el ministerio pastoral del Obispo, no como algo impuesto desde un imperativo de obediencia, sino como libre y gozosa respuesta al compromiso eclesial del bautismo. Sentido de Iglesia, con la ilusión de participar en la vida y en la misión de una comunidad universal, que vive en la historia de este mundo concreto y en la esperanza de la realización definitiva del Reino de Dios.

Este es nuestro último y primer objetivo: Jesucristo. Que mantengamos la unidad, como miembros de la Iglesia empeñados en la evangelización, para que el mundo crea en Jesucristo.

+ *C. Amigo Vallejo*
Card. Amigo Vallejo

Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Sevilla, 8 de septiembre de 2006
Natividad de la Virgen María

ÍNDICE

Introducción	000
I. ASAMBLEA DIOCESANA DE LAICOS	000
1.1. Que sean uno para que el mundo crea	000
<i>Protagonista: el Pueblo de Dios</i>	000
<i>Asamblea Diocesana</i>	000
<i>De laicos y para laicos</i>	000
1.2. Un itinerario para la misión	000
<i>Fases de un proyecto</i>	000
<i>Objetivo prioritario</i>	000
1.3. Con la ayuda de los maestros	000
<i>Los retos del momento</i>	000
<i>Nuestro Plan Pastoral Diocesano</i>	000
<i>Con fortaleza y esperanza</i>	000
II. IDENTIDAD APOSTÓLICA	000
2.1. Un tiempo de gracia para los seglares	000
<i>Momento importante</i>	000
<i>El Espíritu Santo nos acompaña</i>	000
<i>En la misión de la Iglesia</i>	000
<i>Un tiempo nuevo</i>	000
<i>Ser testigos de Jesucristo</i>	000
<i>Multiforme variedad</i>	000
<i>Identidad laical</i>	000

2.2. Vida y espiritualidad del seglar cristiano	000
<i>Con el testimonio de la propia vida</i>	000
<i>Espiritualidad laical</i>	000
<i>Personalidad apostólica</i>	000
<i>Participación activa y eclesial</i>	000
<i>Una formación adecuada</i>	000
2.3. Compromiso apostólico.	000
<i>Misión ardua y liberadora</i>	000
<i>Enviados por la Iglesia</i>	000
2.4. La comunión en la Iglesia	000
<i>Comunión eclesial</i>	000
<i>Un solo Espíritu</i>	000
<i>Miembros activos de la Iglesia.</i>	000
<i>Caminos de reconciliación</i>	000
<i>Sacerdotes y diáconos</i>	000
2.5. Delegación Diocesana de Apostolado Seglar . .	000
<i>Finalidad y objetivos</i>	000
<i>Definición de las tareas permanentes</i>	000
<i>Relación con otros organismos de la Curia diocesana.</i>	000
<i>Establecer prioridades</i>	000
III. EL APOSTOLADO ASOCIADO	000
3.1. Asociacionismo apostólico laical	000
<i>Comunidad de comunidades y de movimientos .</i>	000
<i>La eclesialidad como criterio fundamental.</i>	000
<i>Un derecho y una responsabilidad.</i>	000
3.2. Una nueva forma para la participación de los seglares en el ministerio apostólico y pastoral.	000
<i>La Acción Católica, una realidad eclesial</i>	000
<i>La apuesta por un apostolado asociado vinculado a la Iglesia local</i>	000
3.3. Movimientos eclesiales y nuevas comunidades. .	000

<i>Garantía de autenticidad</i>	000
<i>En la Iglesia local.</i>	000
3.4. Los laicos y la vida consagrada	000
<i>Intercambio de dones.</i>	000
<i>Mutua colaboración.</i>	000
<i>Compartir el compromiso en la Iglesia local . . .</i>	000
3.5. Las Hermandades y Cofradías una riqueza pastoral y singular para nuestra Iglesia.	
<i>Son de Cristo y de la Iglesia</i>	000
<i>Fidelidad y participación</i>	000
<i>Una realidad en constante transformación</i>	000
 IV. RENOVAR LA ACCIÓN ECLESIAL. ÁMBITOS Y SITUACIONES	 000
4.1. En el mundo y con las personas	000
<i>Ámbitos propios</i>	000
<i>Hacer presente a Cristo</i>	000
4.2. El hombre y sus edades.	000
<i>Los niños como protagonistas</i>	000
<i>Los jóvenes se evangelizan</i>	000
<i>La necesidad de establecer vínculos permanentes</i>	000
<i>La edad adulta, un tiempo de plenitud y de</i>	
<i>responsabilidades</i>	000
<i>Apóstoles en la tercera edad.</i>	000
4.3. En situación especial, trabajando para aquellos que más amamos.	000
<i>Enfermos y pastoral de la salud</i>	000
<i>Las personas con discapacidad, colaboradores</i>	
<i>necesarios.</i>	000
<i>Los mayores, son una preocupación y una</i>	
<i>responsabilidad para todos.</i>	000
<i>Las nuevas adicciones que minan nuestro mundo</i>	000
<i>Pastoral penitenciaria.</i>	000

	<i>Pastoral gitana</i>	000
	<i>Inmigrantes, una pastoral de ida y vuelta</i>	000
4.4.	Pastoral social	000
	<i>La pastoral del mundo del trabajo</i>	000
	<i>En ambientes populares</i>	000
4.5.	La familia, en el centro de la vida de la Iglesia .	000
	Los primeros educadores de la fe.	000
	Una pastoral familiar bien programada	000
4.6.	El mundo de la enseñanza, semillas de fe viva. .	000
	<i>La Iglesia presente en el mundo de la educación</i>	000
	<i>Cultura y Universidad</i>	000
	<i>Fe y cultura</i>	000
	<i>Valores universitarios y virtudes cristianas</i>	000
	<i>Propuestas para una pastoral de conjunto en la</i>	
	<i>Universidad</i>	000
4.7.	Laicos y vocaciones	000
	<i>La comunidad busca sus servidores</i>	000
	<i>Responsabilidad compartida</i>	000
4.8.	Otras pastorales, otras oportunidades para Cristo	000
	<i>Misiones y Caridad</i>	000
	<i>Pastoral litúrgica</i>	000

V. LAICOS FORMADOS COMO IGLESIA Y PARA LA VIDA PÚBLICA

5.1.	La formación del laico	000
	<i>La formación elemento esencial en la vida de la</i>	
	<i>Iglesia</i>	000
	<i>Una necesidad y una oportunidad para la fe</i> . .	000
	<i>La vocación laical, una formación teológico-</i>	
	<i>práctica</i>	000
	<i>Una metodología abierta ante las diversas</i>	
	<i>realidades pastorales y sociales</i>	000
	<i>Una formación permanente e integral</i>	000
	<i>Seguimiento y acompañamiento</i>	000

5.2. Los laicos en el mundo	000
<i>Lo secular realidad y esperanza</i>	000
<i>Fe vivida en medio del mundo.</i>	000
<i>Una presencia viva en la sociedad</i>	000
<i>Liderazgo cultural e intelectual.</i>	000
<i>Criterios de participación</i>	000
<i>La caridad política.</i>	000
<i>Laicidad inteligente y laicismo.</i>	000
<i>Una cuestión de conciencia.</i>	000